

BIBLIOTECA PARA NIÑOS
VIDAS DE HOMBRES CÉLEBRES
Hernán Cortés EL CID CAMPEADOR ALEJANDRO MAG



PIZARRO



El Gran Capitan



COLON



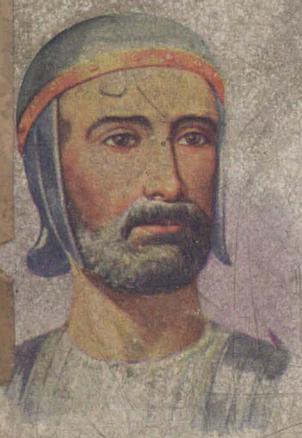
VIRIATO



Cervantes



ANIBAL



BIBLIOTECA
PARA NIÑOS

VIDAS

DE

HOMBRES CÉLEBRES



EDITORIAL
RAMÓN SOPENA, S. A.
PROVENZA, 95
BARCELONA
1935

ALEJANDRO MAGNO
ANIBAL
VIRIATO
EL CID CAMPEADOR
JIMÉNEZ DE CISNEROS
EL GRAN CAPITAN
CRISTÓBAL COLÓN
VASCO DE GAMA
HERNÁN CORTES
PIZARRO
CERVANTES
QUEVEDO
LOPE DE VEGA
MOZART
FRANKLIN
GODOY
MORATIN
VÄGNER
DANTE DE ALIGHIERI
DON JUAN DE AUSTRIA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE LOS CENTROS

Published in Spain

Derechos reservados.

VIDAS DE HOMBRES CÉLEBRES

ALEJANDRO MAGNO

Fué este rey de Macedonia, nacido en Pella, en 356 antes de Jesucristo, el guerrero más grande de toda la antigüedad, y su nombre se ha immortalizado en todos los pueblos.

Era hijo de Filipo y de Olimpia, y desde la infancia reveló los rasgos que habían de distinguirlo, mostrándose arrastrado por la ambición y teniendo en alto aprecio la autoridad real.

—Mi padre no me dejará hacer nada—exclamaba cada vez que llegaba la noticia de otra victoria de Filipo.

Y habiéndosele preguntado, al ver su habilidad, en la carrera y en la lucha, si disputaría el premio en los juegos olímpicos, replicó :

—De buena gana lo haría si supiera que había de hallar reyes para rivales.

A los diez y seis años de edad, durante una de las guerras que mantuvo su padre, gobernó el reino, y los embajadores persas, llegados en aquel tiempo, quedaron admirados de la precocidad de su talento, pues les hizo Alejandro un sin fin de preguntas

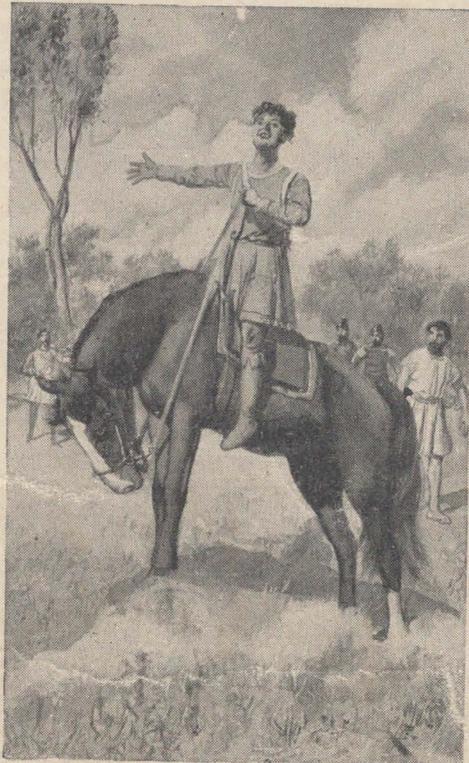
sobre administración, caminos, distancias y fuerzas del imperio de Persia, como si pensara ya en su conquista.

Agil, diestro, arrojado, hacía de la caza y de todos los ejercicios violentos sus diversiones favoritas. Fué el único que pudo domar el famoso caballo *Bucéfalo*, cuya bravura salvaje había vencido a los jinetes más diestros, y al verle Filipo, abrióle los brazos entusiasmado exclamando :

—Hijo mío, busca otro reino, el de Macedonia es pequeño para ti.

A los trece años de edad, después de haber recibido la educación elemental de sus maestros Leónidas y Lisímaco de Arcamania, Alejandro tuvo por maestro a Aristóteles, quien escribió para su discípulo un libro sobre el arte de gobernar y dió al hijo de

Filipo cuantos conocimientos poseía entonces la humanidad ; la música, la lira, la medicina, la filosofía y más que nada la poesía épica alimentaban su alma. Filopemen y su padre le enseñaron el arte de la



guerra, haciéndole tomar parte en varias batallas y confiándole en la famosa de Queronea el mando de una de las alas del ejército macedónico, con la que destrozó el batallón sagrado de los tebanos, decidiendo la victoria. Entonces tenía Alejandro diez y ocho años escasos.

No había cumplido aún los veinte años de edad cuando sucedió a su padre en el trono, y todo pareció conjurarse contra él: los tracios y los ilirios se sublevaron; los grandes de la corte de Macedonia trataron de despojarlo; en Atenas celebraron con regocijos públicos el asesinato de Filipo, creyendo que con él acababa el imperio ma-



cedónico, que era obra suya; los tebanos degollaron a los macedonios que guardaban la ciudadela, y Demóstenes levantó las ciudades griegas contra el nuevo rey. Alejandro marchó con la rapidez del rayo contra los tracios y los getas, a quienes sometió, hizo una alianza con otros pueblos bárbaros, entre ellos los celtas, y avanzó sobre Grecia. Al llegar a Beocia exclamó:

—Cuando yo estaba en Iliria, Demóstenes me calificaba de niño; cuando llegué a Tesalia de adolescente: quiero mostrarle al pie de las murallas de Atenas que soy un hombre.

En efecto, Tebas, después de una resistencia heroica, es tomada por asalto y arruinada, y Atenas, como las demás ciudades que se habían alzado a la voz de Demóstenes, se entrega sin resistencia, llena de espanto por lo ocurrido en Tebas; y el vencedor, demostrando ser un hombre, como deseaba, perdona a la metrópoli de la civi-

lización. Pasa después a Corinto, reúne a los diputados de la Grecia, y, arrebatándoles con su elocuencia, consigue que se admita su proposición de llevar todos los helenos coligados la guerra al poderoso rey de los persas, para vengar sus invasiones, y que lo nombren jefe supremo de los ejércitos que debían ir a la lucha contra Persia.

Antes de salir de Macedonia, Alejandro confió el gobierno de ella a Antípater y repartió todos sus bienes entre sus amigos.

—¿Qué guardas para ti mismo? — preguntóle Pérdicas, asombrado de tanta generosidad.

—Guardo la esperanza — contestó Alejandro.

Quiso consultar el oráculo de Delfos sobre la expedición que proyectaba, y como la pitonisa se resistiese, Alejandro la obligó violentamente a subir al trípode, y aquella exclamó:

—Hijo mío, nada hay que te resista.

—Ese oráculo me basta — replicó el conquistador —; no quiero oír otro.

En la primavera del año 334 aquel capitán de veintidós años comenzó la memorable expedición, llevando consigo, para conquistar el mayor imperio del mundo, el pequeño, pero excelente, ejército de su padre, compuesto de pueblos nuevos (tracios, ilirios y macedonios), guiado por expertos generales y sostenido por la ciencia, el genio y la táctica de los griegos; son 35.000 hombres de infantería, mandados por Parmenión, 4.500 de caballería, al mando de Filotas, víveres para 40 días y en dinero 70 talentos (365.000 pesetas); la conquista les proveerá en lo sucesivo.

Darío Codomano, rey de Persia, no estaba preparado contra esta invasión; pero, según los cronistas persas, escribió a Alejandro, apenas hubo éste desembarcado, un mensaje en el que, titulándose «el rey de los reyes del universo, el sol que alumbra el mundo y que luce sobre la cabeza de Alejandro, jefe de bandidos», le manifestaba que, aunque inesperada, no le sorprendía su venida, porque conocía el amor al robo que tenían los griegos, y le aconsejaba que se retirase inmediatamente, si no quería

que pereciera todo su ejército. Al mensaje acompañaba una caja llena de oro, testimonio de las inmensas riquezas de Darío, semillas de lirio, para representar el número de sus soldados, una bolita para que el *niño invasor* jugara con sus generales, y un látigo para que con él pudiera castigarlos.

Alejandro aceptó aquellos presentes, y encabezando su contestación con estas palabras: «Alejandro, rey de Macedonia, al titulado rey de los reyes del universo, al débil y mortal ser que se atribuye un carácter divino y se considera como el más poderoso de los monarcas de la Tierra», le decía que los regalos que había mandado constituían agradables presagios: la caja de oro venía a ser como las primicias de los tesoros persas que muy pronto le pertenecerían; los granos de lirio significaban el número de partes en que el reino sería dividido; la bola era el emblema del poder universal, y el látigo le serviría para dar a su enemigo el justo pago de sus insolencias.

Pocos días después, Alejandro destrozaba el primer ejército de 40.000 hombres que los persas le opusieron, y aquella victoria le entregó toda el Asia Menor. Continúa su marcha victoriosa asegurando sus comunicaciones, recorre vencedor la Lidia, la Asiria, la Caria, Mileto y Halicarnaso; conquista la Frigia, la Capadocia y la Cilicia, donde toma la ciudad de Tarso; y tan hábil político como general audaz, sabe que el mejor aliado contra el despotismo es la libertad, y por esto restituye a las ciudades griegas asiáticas sus antiguas constituciones democráticas.

Después de una grave enfermedad, contráida por haberse bañado sudando en las frías aguas del río Cidno, Alejandro lucha con Darío en la batalla de Issos, dada el 29 de noviembre del año 333, y el rey de los persas, a quien salvan la obscuridad de la noche y la velocidad de su caballo, deja en poder del vencedor sus armas, su esposa, madre e hijos y sus tesoros. 100.000 hombres habían sucumbido por su causa.

Prosigue sus conquistas el rey de Macedonia y se apodera de Damasco, Tiro, Jerusalén y Gaza; los egipcios reciben al héroe ma-

cedónico como a su libertador—hecho que ya se había verificado en muchas provincias del Asia—, y consternado, el «rey de los reyes del universo» le envía embajadores para ofrecer al *hijo de Júpiter*, como le llamaba, la cesión del Asia hasta el Éufrates, 10.000 talentos y la princesa Statira, su hija, por esposa, con una dote de 30.000 talentos.

—Yo aceptaría si fuera Alejandro — dijo su general Parmenión.

—Y yo también, si fuera Parmenión—repuso Alejandro.

Pidió todo el imperio y continuó su marcha hacia Egipto, donde echó los cimientos de la nueva ciudad, que tomó su nombre, y se llamó Alejandría, centro y lazo de unión entre el Oriente y el Occidente, así para el comercio como para la cultura intelectual.

En las llanuras de Arbelas encontró al ejército persa, compuesto de 1.000.000 de infantes y 200.000 caballos, y el 2 de octubre del año 331 ganó la más famosa batalla de la antigüedad, que decidió la suerte del imperio: Darío dejó sobre el campo 300.000 muertos y un gran número de prisioneros, mientras que Alejandro sólo perdió 100 hombres y 1.000 caballos. Seguidamente, Alejandro aseguró los nuevos territorios conquistados, posesionándose de las capitales y entrando triunfalmente en Babilonia, donde se apoderó de los tesoros de Darío; en Persépolis, cuyo palacio de 40 columnas quemó en parte; en Pasargada, donde se coronaban los reyes, y en Ecbatana. Buscó luego a Darío, que recorría las comarcas no sometidas en petición de auxilios, y le alcanzó cuando dos favoritos del desdichado rey persa habíanle encadenado y le daban de puñaladas.

Alejandro trató de consolar a Darío en sus últimos momentos.

El imperio de los persas estaba destruido, y el conquistador macedónico completó su obra sometiendo a diversas naciones guerreras de las regiones montañosas. Al mismo tiempo, Alejandro organizaba su conquista con la elevada inteligencia de un político y de un civilizador, modificando la administración de los persas en lo que tenía de anárquica y despótica, separando con cuidado las autoridades civil, militar y fiscal, respetando en to-

das partes la religión nacional y las costumbres, procurando, en fin, fundir en un solo pueblo a vencedores y vencidos, mezclar las naciones, las ideas, las religiones y los usos en una unidad material y moral que el mundo antiguo no conocía, y que la misma filosofía no había imaginado siquiera. Desgraciadamente, había dos hombres en Alejandro, el discípulo de los filósofos griegos, el conquistador, y el hijo de una raza semibárbara, civilizado superficialmente por las letras griegas, y que conservaba aún las violentas pasiones y el orgullo de la edad heroica. De ahí esa mezcla de grandes acciones y de actos insensatos, de inspiraciones generosas, de frases nobles, de despotismo y de crueldad, de vicios y de virtudes que formaban el contraste de su vida. Adoptó las costumbres, el lujo y la magnificencia de la corte persa, y al compás de las costumbres varió también el carácter de Alejandro, que se entregó a los placeres y a los excesos degradantes de la embriaguez. Babilonia corrompida a su nuevo vencedor más pronto de lo que había corrompido a los propios persas. Filotas y Parmenión mueren, el uno apedreado y degollado el otro, so pretexto de que aquellos dos grandes generales habían conspirado contra su vida; Clito, que en la batalla del Gránico había salvado la vida a Alejandro, muere también a manos de éste, por una palabra imprudente proferida en un festín; el filósofo Calístenes paga también con la vida su negativa a postarse delante del conquistador; en una palabra, Alejandro se impone por el terror a los descontentos, y para demostrar su indomable fortaleza, destroza él solo un furioso león. Pero todo en vano; los actos heroicos



del rey macedonio, si entusiasman a los jóvenes, no seducen ya a los veteranos, que se niegan a rendirle adoración y a seguirle a la conquista de la India.

—Vuestro rey os guía, y confía que no le faltarán leales — decía a sus gentes; pero el ejército le abandonó, y el magno general tuvo que renunciar a nuevas empresas.

Mas, de vuelta en Babilonia, recibió embajadores de todas las partes del mundo, y aquellos homenajes acabaron de perturbarle, haciéndole concebir inmensos proyectos. Quería construir una escuadra de mil navíos, conquistar la Arabia, rodear el África, penetrar en el Mediterráneo, someter a Cartago, fundar, en fin, una monarquía universal, de la que sería capital Alejandría. Pero estos planes, formados por una insaciable ambición, no habían de intentarse siquiera, porque a los 32 años y 8 meses de edad, el 21 de abril de 323, sorprendióle la muerte a Alejandro, víctima de los excesos de un banquete, de su conducta relajada, de las fiebres

propias de aquel clima, o, lo que es menos probable, de un veneno.

En su lecho de muerte, previendo que sus capitanes se disputarían con las armas en la mano su sucesión, dijo que *sus funerales serían sangrientos*. Se abstuvo de designar heredero, y a los que le preguntaron a quién dejaba el imperio, contestó:

—Al más digno.

Napoleón, que era el hombre más capaz de apreciar su genio y su carácter, dijo en su *Memorial de Santa Elena*, refiriéndose al héroe macedónico:

«Alejandro conquistó con un puñado d

hombres una parte del globo, calculándolo todo profundamente, ejecutándolo con audacia, dirigiéndolo con sabiduría. Revelóse al mismo tiempo como gran guerrero, gran político y gran legislador. Por desgracia, cuan-

do llegó al cenit de la gloria, el éxito trastornó su juicio y endureció su corazón: principió con el alma de Trajano y acabó con el corazón de Nerón y las costumbres de Helio-gábalo.»

ANÍBAL

En la famosa Cartago, ciudad africana, rival de Roma y capital de la poderosa república cartaginesa, nació este celeberrimo general el año 247 antes de Jesucristo.

Su padre, Amílcar Barca, le trajo a España, donde mandaba los ejércitos cartagineses, y, cuando sólo contaba nueve años de edad, le hizo jurar sobre los altares de los dioses odio eterno e implacable a Roma.

Desde tan temprana edad, pasó Aníbal su vida en el campamento acostumbrado a todo género de fatigas.

Muerto su padre, en 228, le sucedió en el mando su yerno Asdrúbal, y, asesinado éste, en 221, el ejército eligió como general a Aníbal, que contaba entonces veintiséis años de edad.

«Educado — dice Tito Livio, citado por Lafuente — entre el ruido de las armas, endurecido su cuerpo en el ejercicio de la guerra de España, su maestra en el arte militar, como la llama Floro; codicioso de gloria, de ánimo arrogante y esforzado, tan sereno en los peligros como audaz en los combates; tan enérgico como prudente y tan avisado como brioso; reconocido por el mejor jinete y por el mejor peón de todo el ejército; tan hábil para formar el plan de una expedición como activo para ejecutarlo; tan dispuesto a saber obedecer como apto para saber mandar; tan paciente y sufrido para el frío y calor como sobrio y templado en el comer y en el beber; modesto en el vestir y acostumbrado a dormir sobre el duro suelo; el primero siempre en el ataque y el último en la retirada, con aventajada y sobresaliente disposición para las cosas más inconexas, no pudiera la república haber encomendado a manos más hábiles y dignas la suerte de las armas y el engrandecimiento de sus conquistas: que la crueldad de que se le acusa, la deslealtad y

la perfidia, la falta de temor a los dioses y de respeto a la religión y a la santidad del juramento, no habían de servir de reparo y escrúpulo al Senado cartaginés, con tal que en pro de la República los empleara.»

Su elección, empero, halló tenaz resistencia en el Senado cartaginés, en el partido aristocrático, que censuraba la inconveniencia de hacer hereditarios en una familia los mandos militares; pero triunfó el partido popular y fué confirmado el nombramiento hecho por las tropas.

Para acallar a la facción rival de su familia, necesitaba Aníbal realizar hechos brillantes, y, por lo tanto, un vasto campo en que desplegar sus grandes dotes de guerrero, y proporcionarse grandes riquezas con que apagar la sed hidrópica de oro que devoraba a su patria.

Penetró, pues, por el interior de la península ibérica, en la que hoy llamamos Castilla la Nueva, subyugó varios pueblos, siguió por el territorio carpetano, conquistó a Salmántica (hoy Salamanca), y con ésta y otras expediciones adquirió lo que se proponía: renombre militar, la confianza de sus soldados y tesoros inmensos para Cartago.

Pero estas pequeñas conquistas no eran más que los preludios de la magna empresa que acariciaba: abatir el orgullo de Roma, atacándola en el corazón mismo de Italia. Faltábale un pretexto para medir sus armas con los romanos, y lo halló en una cuestión de límites entre los turboletas y los saguntinos. Aníbal atacó a Sagunto, y arruinó la ciudad después de un sitio de ocho meses, epopeya grandiosa que se describe en esta misma BIBLIOTECA, en la serie de *Episodios históricos*.

En Roma causó emoción hondísima la noticia de la destrucción de Sagunto: desbordóse la indignación de los ciudadanos, que

acusaban al Senado de haber sacrificado por su indolencia y flojedad una ciudad aliada y de haber comprometido el buen nombre de la República; la guerra era ya una necesidad, estaba en el sentimiento público, y pueblo y Senado unánimemente la resolvieron.

Con objeto, sin duda, de hacer más patente a los ojos del mundo la justicia y fundamento de la campaña que iba a emprender, Roma envió nueva embajada al Senado cartaginés, para preguntar si la destrucción de Sagunto había sido obra de Aníbal o había éste procedido de acuerdo con la República; y como la respuesta no fuese satisfactoria, el principal de los cinco enviados, Quinto Fabio Máximo, plegando la halda de su toga y extendiendo su brazo, dijo:

—Senadores, aquí os traigo la paz y la guerra: escoged.

—Elige tú mismo — le respondieron a una voz.

—Pues bien, escojo la guerra — contestó el embajador, soltando el manto.

—La aceptamos — exclamaron todos.

Y así quedó declarada la segunda guerra púnica entre Roma y Cartago.

Aníbal, que después del sitio de Sagunto habíase retirado a Cartagena (Cartago Nova), enterado de lo sucedido entre su patria y Roma, envió al África 15.000 españoles para la defensa de la República, mientras de allí traía numerosos mauritanos, y en la primavera siguiente se dispuso a romper las hostilidades. Encarga a su hermano Asdrúbal la defensa de España, dejándole numerosas fuerzas de mar y tierra; confía a Hannón 11.000 hombres para mantener las comunicaciones entre el Ebro y los Pirineos, y con 100.000 infantes, 12.000 caballos y 40 elefantes, se pone en marcha contra el enemigo, y después de varias escaramuzas y combates, a fines de octubre llega al pie de los Alpes, cubiertos de nieve, y se dispone a escalarlos; empresa espantosa y hasta entonces sin ejemplo. Pero, ni las nieves le acobardan, ni las inmensas rocas le asustan, ni le arredran los precipicios, ni le detienen las emboscadas que a cada paso le arman aquellos montañeses: en sólo quince días realiza la inaudita ascensión, y desde la cumbre de los Alpes ense-

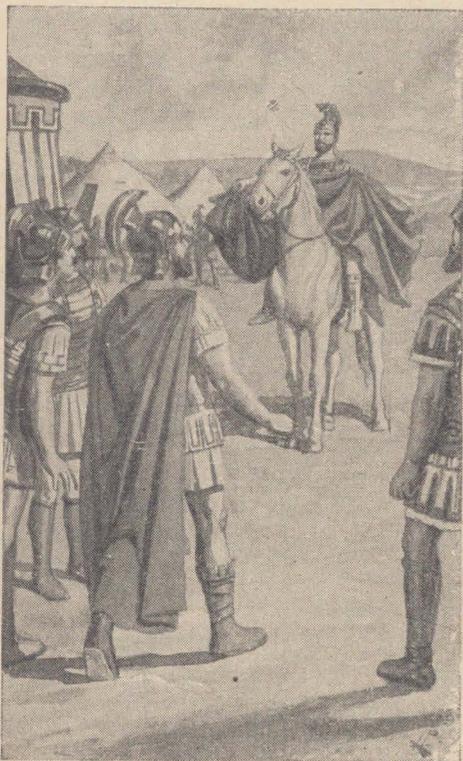
ña con alegría a los soldados las fértiles llanuras del Po, y les señala el punto donde debe hallarse Roma. Si penosa fué la ascensión, fuélo aún más la bajada; grandes masas de hielo sepultaban a hombres y caballos; y los habitantes de aquellas regiones, ocultos entre las rocas, defendían con flechas y piedras el terreno invadido. Pero Aníbal de todo triunfa y todo lo arrolla; todos le siguen, porque el dios de su patria (ha dicho) se le ha aparecido en sueños y le ha prometido la victoria y trazádole en las roscas de una serpien-



te el sendero que debe seguir. Es su marcha la más atrevida de que nos da noticia la historia militar de la antigüedad. Veinte siglos después — observa un historiador — se alababa Napoleón de haberla repetido; pero es mayor la gloria de Aníbal, que desde los Pirineos marchaba guiado por las confusas noticias de la imperfecta geografía de su tiempo. Abrió caminos e hizo calzadas, de modo que, por donde antes trepaba con dificultad un hombre solo y desarmado, podía marchar entonces un elefante con todos sus aprestos.»

Por fin pisó el suelo de Italia, pero las bajas sufridas fueron enormes: del grande ejército que había sacado de Cartagena sólo le quedaban 20.000 infantes y 6.000 jinetes, todos españoles o nómadas, e iba a luchar con un pueblo que podía oponerle 800.000 soldados aguerridos; pero suplió el número con la habilidad y la audacia.

El cónsul Escipión, que había sido enviado contra él para detener su avance, le esperó al pie de los Alpes, y en la primera batalla formal entre cartagineses y romanos, fueron



éstos vencidos; el cónsul Sempronio trató de detener al invasor a orillas del Trebia, y también fué derrotado, con pérdida de 30.000 hombres, dejando a Aníbal dueño de la Galia Cispadana. Se le unen los galos, y Aníbal, hallándose otra vez al frente de 90.000 guerreros, atrae al cónsul Flaminio a una posición desventajosa; y un nuevo ejército romano es derrotado a orillas del lago Trasimeno, sucumbiendo el propio Flaminio.

La noticia de este tercer desastre difundió el espanto en Roma, y fué nombrado dictador Quinto Fabio Máximo, quien procuró en-

detener al enemigo, pero sin aceptar la pelea. Aníbal continuaba asolando las tierras de Italia; pero Fabio logró estrecharle cerca de Casilino, en un desfiladero, donde se le creyó perdido irremisiblemente. Mas el sagaz general cartaginés, recordando la estratagema que en otra ocasión habían empleado los celtíberos con su padre, soltó en dirección de los romanos dos mil bueyes con sarmientos encendidos sobre las astas, y a favor del desorden que esparcieron en las filas enemigas, sacó a salvo su ejército.

Pocos días después derrotaba al cónsul Minucio y á otros muchos que le sucedieron, hasta que el pueblo, sospechando que los patricios estaban de acuerdo con el enemigo, quiso tener un cónsul plebeyo, y nombró a Varrón, hijo de un carnicero, quien se jactaba de que le bastaba un día para derrotar completamente a los cartagineses. El presuntuoso cónsul marchó contra el enemigo y, hallándolo en Cannas, desplegó arrogante-mente delante de su tienda el manto de púrpura, señal de la batalla.

La memorable batalla de Cannas librada en agosto de 216 inmortalizó a Aníbal, le señaló al mundo como el mejor capitán de los tiempos antiguos, y llenó de luto y estupor a Roma. 80.000 infantes y 7.000 caballos presentaron los romanos al combate, entre ellos la flor de sus ejércitos; menos de la mitad eran a la sazón los soldados de Aníbal. Peleaban con él los galos con sus largas espadas, los españoles con sus cortos y aguzados sables, los terribles honderos mallorquines y la feroz caballería nómada. Cebáronse unos y otros en la matanza y cansáronse sus brazos de acuchillar enemigos. ¡Más de cincuenta mil romanos quedaron tendidos en el campo, y de diez a doce mil fueron hechos prisioneros! Siete celemines de anillos arrancados a los cadáveres fueron derramados en el vestíbulo del Senado de Cartago.

Mas Aníbal, aunque vencedor, no podía marchar todavía contra Roma, en la que había muchos defensores; pidió auxilios a Cartago, y mientras llegaban se retiró a Capua. Cartago, empero, no auxiliaba a su general, y Roma tuvo tiempo de rehacerse y

vencer a los cartagineses, que una a una fueron perdiendo todas sus conquistas.

Al mismo tiempo, Escipión, triunfante en España, para alejar de Italia a su enemigo, llevó la guerra al África, y la ingrata Cartago, como medio de salvación, llamó a Aníbal que, al cabo de 16 años de continua lucha, tuvo que abandonar a Italia para socorrer a su patria.

Comprendiendo el insigne general cartaginés el peligro que amenazaba a sus compatriotas, entrevistóse con Escipión; y bajo el pabellón de una tienda de campaña los dos guerreros más grandes de la antigüedad, Aníbal, el genio de Cartago, y Escipión, el genio de Roma, se ven, se acercan y entablan plática sobre los destinos del mundo; pero resultando de la entrevista el convercimiento de que una de las dos Repúblicas tenía que dejar de existir, se encomendó de nuevo la decisión a la suerte de las armas, y dióse entonces la famosa batalla de Zama, en la que Roma tuvo el desquite de Cannas; el genio del grande Aníbal — como observa Lafuente — sucumbió ante el genio del gran Escipión, y Cartago quedó vencida y humillada por su propia culpa y no por la del más insigne de sus hijos.

Aníbal, de regreso a Cartago, se hizo nombrar *sufeta*, cargo análogo al de cónsul en Roma, e introdujo algunas reformas en el gobierno de la ya pequeña y desarmada república; pero sus incesantes manejos para

suscitar enemigos a Roma le obligaron a huir secretamente a Siria, donde tomó parte activa en la guerra que sostenía el rey Antíoco con los romanos.

En la corte de aquel príncipe encontráronse de nuevo Escipión y Aníbal, y, en una de sus entrevistas, preguntó el primero:

—¿Quién te parece que ha sido el mayor de los generales que ha habido en el mundo?

—Alejandro — contestó Aníbal.

—¿Y después de Alejandro?

—Pirro, rey de Epiro.

—¿Y el tercero?

—El tercero yo — respondió Aníbal con arrogancia.

—¿Qué dirías, pues, si me hubieses vencido?

—Entonces — repuso Aníbal — me contaría yo el primero de todos.

Como una de las condiciones de la paz impuesta por Roma al rey Antíoco fué la entrega de Aníbal, éste tuvo que huir nuevamente y buscar un asilo en Bitinia; mas hasta allí le persiguió el odio de los romanos, y, no pudiendo escapar, como se propuso, porque el

rey Prusias le tenía bien custodiado, el vencedor de Cannas, para no caer vivo en manos de sus enemigos, tomó un veneno que siempre llevaba en su anillo, pronunciando estas célebres palabras:

«—Libremos a Roma de sus inquietudes, ya que no sabe esperar la muerte de un anciano.»

El insigne general cartaginés murió a la edad de sesenta y cuatro años.



VIRIATO

I

Arrojados de España los cartagineses, los españoles no hicieron más que cambiar de dueño ayudando a los que se hacían sus aliados, pues los romanos, lejos de mostrarse amigos, convirtieron en dominación afrentosa lo que hasta entonces dijera que era alianza; y para sacudir el nuevo yugo, los hispanos tuvieron que emprender nueva lid, excitados por los famosos príncipes Indíbil y Mandonio, que lograron infiltrar en los corazones españoles el espíritu de independencia.

Al principio las insurrecciones fueron parciales, por falta de unidad y de medios, y porque España, después de haber sacrificado la flor de su juventud en auxilio de sus nuevos tiranos, veíase sola contra el inmenso poder de la triunfante República Romana; pero, como sobre todos los pueblos pesaba igualmente la tiranía del dominador, apenas sosegada una ciudad reproducíase la insurrección en otra, y la orgullosa Roma tuvo que enviar a España un poderoso ejército al mando del cónsul Marco Porcio Catón, llamado el Censor, que si fué célebre por la austeridad de sus costumbres y sus virtudes como administrador, no lo fué menos por la crueldad inaudita que desplegó, como guerrero, en nuestra patria.

Pero las sublevaciones continuaron; los celtíberos fueron vencidos muchas veces por la superioridad del número, mas nunca pudieron sujetarle los codiciosos pretores y procónsules que acrecentaban la irritación de este noble pueblo con su insaciable sed de riquezas. El Senado romano, que en otro tiempo había sido modelo de virtud y austeridad, en vez de castigar la rapacidad de los pretores, solía premiarlos con largueza y graduaba su talento o su gloria por las riquezas que llevaban a Roma cuando fenecía el tiem-

po de su gobierno. Por eso eran tan codiciadas las pretorias de España, y por eso fueron enviados dos monstruos, Lúculo y Galba, que, con sus crueldades, su avaricia y sus infamias, especialmente el último, dieron ocasión a la guerra de los lusitanos.

Si el ejército de Lúculo señalábase en la España Citerior por el sangriento rastro que a su paso dejaba, pues el mismo general excitaba a la matanza y al pillaje a sus soldados, Galba, por su parte, no se conducía en la región lusitana con menos perfidia y monstruosa crueldad. Pero, viendo éste que pasando a cuchillo sin compasión a los habitantes de las ciudades que caían en su poder no podía acabar con la rebeldía de aquellos eternos luchadores, y que Roma no adelantaba nada en su conquista, varió de sistema, fingiéndose conmovido de la suerte de los lusitanos. De pronto depuso toda hostilidad contra ellos, díjoles que estaba dispuesto a remediar sus necesidades, que les daría tierras de cultivo, donde podrían vivir con holgura y tranquilidad, dedicados a los trabajos agrícolas; les agobió a concesiones, concedió, en fin, tanto, y tanto prometió, que los lusitanos, de natural sencillo y franco, dieron completa fe a sus buenas palabras, creyeron en su lealtad, y preguntábanse admirados si era aquél el mismo cónsul que tan bárbaramente les había tratado hasta entonces. Mas apenas, fiando en su falsa amistad, los lusitanos habíanse dispersado e, indefensos, estaban entregados a las faenas del campo, el infame Galba mandó pasarlos a cuchillo sin distinguir clases ni sexos; y, no satisfecho con tan inaudita traición, vendió como esclavos en las Galias a los jóvenes lusitanos que no perecieron en el degüello general.

Algunos escaparon; pocos, pero los suficientes para pregonar la traición y hacer pagar cara a Roma la execrable conducta del pretor Galba.

II

La guerra por la independencia española habíase hecho hasta entonces por sorpresa, sin organización ni disciplina y sin jefes, fiando en la intuición individual y el valor de los soldados; pero, en lo sucesivo, el ejército tendría un caudillo que, con pericia y acierto admirables, dirigiría aquellos brazos tan aptos para la lucha.

Entre los pocos lusitanos que habían logrado escapar de la horrible matanza ordenada por Galba, hallábase un pastor de constitución vigorosa, de corazón grande, incansable, ágil, de fuerzas hercúleas, acostumbrado a poco alimento, a poco sueño y a mucha fatiga; un hombre de alma tan elevada cuanto era su condición humilde, que, recorriendo los pueblos de España, pregonó la traición del infame Galba, y lo hizo con tal fuego, que sus acentos hallaron eco en el país y en poco tiempo se reunieron diez mil combatientes decididos a vengar tamaño ultraje y a acabar con la aborrecida dominación romana.

Los lusitanos hicieron irrupción en la Turdetania (Andalucía), hacia el estrecho de Cádiz; pero Vetilio, que había sucedido a Galba, les salió al encuentro, obligándoles a detenerse en lugares ásperos y fragosos, y como el hambre empezaba a apretar, se pensó en enviar emisarios al pretor para tratar de la paz. Entonces el mismo pastor que había promovido aquel levantamiento general salió de las filas y les arengó virilmente:

—¿Habéis olvidado — les dijo — la traición de Galba? ¿Es que fiáis aún en la palabra de ningún jefe romano? Pactar la paz equivale a poner voluntariamente el cuello bajo la cuchilla del opresor. Por mi parte, antes que aceptar pacto alguno, prefiero abrirme paso con la espada entre las filas enemigas, y, al frente de los que quieran seguirme, triunfaré o moriré con la honra de un hombre esforzado.

Este breve discurso reanimó a los lusitanos, sintiéronse inflamados de ardor hasta los más pusilánimes, y, todos a una vez, aclamáronle jefe. Aquel pastor era Viriato.

III

Satisfecho Viriato de tan buena resolución, ordenó como primera medida para escapar de la situación en que se hallaban, que formaran en línea de batalla todas sus huestes, previniéndoles que, en lugar de esperar el choque del enemigo, se desbandaran en cuanto le viesen montar a caballo y se reunieran en Tríbola. Así se hizo. Viriato, al frente de 1.000 jinetes, presentóse ante el general romano, desafiándole a luchar. El pretor, que no podía explicarse aquella maniobra, titubeó largo rato; y cuando se resolvió a atacar, el astuto lusitano mandó picar espuelas y las picó él mismo, y partiendo al galope por desusadas sendas, dejó burlados a los romanos, que ni conocían el terreno, ni por lo pesado de sus armas podían darles alcance. Con este primer ardid acreditóse Viriato de gran guerrillero, salvó a su infantería y a todo su ejército, en el que ganó tanta fama como enojo causó a su enemigo.

Perseguido por Vetilio, que quería vengar a toda costa la pesada burla, Viriato, después de haber emboscado convenientemente a su infantería, fingió querer empeñar, con sólo su caballería, la batalla, y el romano la aceptó, confiado en que exterminaría a las huestes lusitanas. Mas, apenas comenzado el combate, Viriato vuelve las espaldas como quien huye temeroso; síguete Vetilio hasta los linderos de un bosque, y cuando más seguro de arrollar al enemigo se creía, Viriato se revuelve repentinamente contra el romano, el ejército lusitano sale de la celada, y el pretor se vió rodeado y envuelto por todos los flancos; e imposibilitado de batirse con orden, sin poder apenas moverse en aquel terreno estrecho y fangoso, murieron degollados cuatro mil romanos, entre ellos el pretor, que, habiendo caído prisionero, fué muerto por un soldado a causa de su abultado vientre. Sabido es que la gallardía era en aquel tiempo motivo de honor o de deshonor según los casos, y el aspecto poco noble del panzudo pretor bastó para que no se le considerara digno de conservar la vida; de haber sido arrogante y bien conformado, qui-



...fué muerto por un soldado a causa de su abultado vientre. (Pág. 14.)

donde estaba el lusitano, todo su ejército, y empeñóse la más recia batalla que hasta entonces habían sostenido los dos bandos. Viriato, que no había tenido ocasión de desplegar todas sus dotes de caudillo, alcanzó en aquella ocasión una inmensa victoria, debida a su pericia intuitiva y a su valor sin límites, y demostrando a Roma que aquel *dux latronum* (jefe de bandoleros o forajidos), como le llamaba, podía vencerlos, así en emboscadas como en batallas campales.

Plaucio no se atrevió más a medir con él sus fuerzas, y permaneció encerrado en las ciudades amuralladas, hasta el año siguiente, en que fué reemplazado por el pretor Cayo Unimano, el cual, no sólo fué vencido en una batalla que costó millares de víctimas a sus legiones, sino que él mismo pereció. Sucedióle Cayo Nigidio, pero en Viseo, cerca de la actual Coimbra, sufrió una vergonzosa derrota, en la que perdió la flor de su ejército, y las victorias de Viriato se iban contando por el número de pretores que Roma enviaba a España. A Cayo Lelio, sucesor

zá hubiera escapado de las iras de los lusitanos.

El triunfo de Viriato superó a sus mismas esperanzas.

Los 6.000 romanos que escaparon con vida de aquella hecatombe, se refugiaron en Tarteso, desde donde el cuestor pidió auxilio a sus aliados, los ticios y belos. Acudieron éstos, en número de 5.000; pero Viriato, en vez de atacar a los vencidos en la ciudad, apostóse en el camino que debía seguir el ejército de socorro y, cayendo de improviso sobre él, ni un solo soldado quedó con vida para llevar al cuestor la noticia del desastre; todos fueron pasados a cuchillo, y el caudillo lusitano, libre de enemigos, atravesó fertilísimas tierras y se retiró a Carpeya.

El pretor Plaucio salió a su encuentro, y Viriato, empleando a orillas del Tajo la misma astucia que tan buen resultado le dió en Tribola, obtuvo el mismo resultado: cerca de cuatro mil romanos perecieron.

Escarmentado el pretor, llevó a Ehora,



...le encontraron dormido en su lecho, y allí mismo le cosieron a puñaladas. (Pág. 16.)

de Negidio, gran táctico, y que trajo consigo de Roma grandes refuerzos, cupo la gloria de ser el primero que venciera a Viriato en la batalla campal que le obligó a aceptar; pero esta misma derrota del lusitano hizo reconocer al Senado que tenía que haberse las con un esforzado general, que se trataba de una guerra seria y formal, que comprometía gravemente a la República, y que la represión de aquellos rebeldes que luchaban por su independencia no podía ser encomendada a un pretor cualquiera. En consecuencia, envió contra Viriato a Fabio Emiliano, pariente de los Escipiones, con 15.000 infantes y 2.000 jinetes, avezados todos a las armas. Mas a pesar de tan numerosas y expertas fuerzas, unidas a las que había ya en la península, Viriato no sólo les hizo frente, sino que las derrotó en Urso (Osuna), apoderándose de todo el botín que los romanos habían podido reunir.

Fabio dejó transcurrir un año en preparativos, sin cesar por eso de combatir al caudillo lusitano, que sufrió varios descalabros en acciones parciales; pero nada bastó a desalentar al intrépido Viriato, que logró levantar a su favor toda la Celtiberia e hizo infructuosos los preparativos de Fabio.

Después de algunos pretores, de quienes los historiadores no registran hechos señalados, vino a España el cónsul Quinto Cecilio Metelo, llamado el Macedónico, por haber subyugado la Macedonia, y acometió desde su llegada los pueblos ocupados por los territorios conocidos hoy por Castilla y León. La fortuna le sonrió al principio, pero bien pronto fué substituído por Serviliano, a quien Viriato arremete formidablemente, pone en precipitada fuga al ejército consular, lo persigue, lo acosa, lo encierra en un desfiladero sin salida, donde puede exterminarlo... y el magnánimo guerrero español quiso más pedir la paz al pueblo romano cuando era vencedor, que aceptarla cuando fuese vencido; y Serviliano concertó la paz y amistad entre el pueblo romano y Viriato. El Senado y el pueblo de Roma confirmaron el

convenio; pero, cuando más tranquilo y confiado se hallaba Viriato en una ciudad del interior de la Lusitania, supo que la desleal Roma había quebrantado el pacto con la excusa singular de que era indigno de ella, y que Quinto Servilio Cepión, que en vileza y maldad igualaba al infame Galba, habiendo reemplazado a Metelo, faltando a todos los derechos divinos y humanos, había renovado la guerra.

Salió Viriato a su encuentro, con las escasas fuerzas que pudo reunir, y, con una de sus geniales estratagemas, le dejó tan corrido y maltrecho como a Vitelio y Plaucio. Entonces el cobarde cónsul resolvió deshacerse de su enemigo por medio de la traición: sobornó a tres legados que Viriato había mandado a su campo para iniciar negociaciones, y aquellos miserables, entrando en la tienda de su gran jefe, a hora muy avanzada de la noche, le encontraron dormido en su lecho, y allí mismo le cosieron a puñaladas.

Así pereció Viriato el año 140 antes de Jesucristo. Fué uno de los capitanes más ilustres que ha producido España, cuyos méritos y virtudes hubieron de reconocer los mismos historiadores romanos.

«Para él — dice Cárcer de Montalbán — la historia sólo puede reservar los elogios; si era grande su mérito militar, sus cualidades personales no le iban en zaga; repartía con equidad escrupulosa el botín entre los voluntarios que compartieron con él las penalidades de aquella lucha; en cuanto a su generosidad y sanos sentimientos, ya le hemos visto cómo perdonó a miles de romanos cuya vida pudo aniquilar. ¡Quién sabe si el no haberlo hecho fué su perdición! Jamás se enorgulleció con sus triunfos, ni se amilanó jamás por las derrotas. Fué valiente, noble, generoso y bueno. En la historia de la independencia de nuestra patria, el primer laurel que el historiador debe extender sobre un nombre augusto, es el que corresponde al humilde pastor lusitano, que sembró las raíces del árbol de nuestra libertad.»

EL CID CAMPEADOR

No será español quien no se halle familiarizado con este nombre que aprendemos a pronunciar de niños con cierta admiración no exenta de terror, y que es el dictado del héroe más famoso de la historia de España de la Edad Media. Los poetas de todos los tiempos le han cantado; más de ciento cincuenta romances celebran sus amores y sus combates; en época más reciente celebrólo también nuestro poeta nacional Zorrilla, en su *Leyenda del Cid*; alcanzó fama europea y es conocido en todas las literaturas: Corneille, en Francia le hizo héroe de una de sus tragedias; en Alemania fué traducido el *Romancero*, que es el monumento más antiguo de la poesía castellana; y en las hazañas del Cid se han inspirado muchos autores extranjeros para escribir dramas muy notables.

Pero la leyenda y la tradición se han enseñoreado de tal manera de esta gran figura, que la han desfigurado hasta el punto de que algunos historiadores, como Masdeu, han negado su existencia. Esto suscitó acaloradas polémicas, detenidos estudios, investigaciones minuciosas, y el resultado ha sido reconocer de modo indudable que existió realmente el Cid campeador, pero que son fabulosas muchas de las hazañas que se le atribuyen, y más aún los novelescos sucesos de que el popular *Romancero* hizo protagonista a *Rodrigo Díaz de Vivar*, que así se llamaba el famoso personaje denominado *el Cid*, nacido a mediados del siglo XI.

Rodrigo, o Ruy Díaz, se dió a conocer por su bravura siendo aún niño, y el combate singular que, adolescente aún, tuvo con un caballero navarro; le valió el sobrenombre de *Campeador*; pero, cuando realmente se dió a conocer, fué en la defensa de Sancho contra su hermano Alfonso, hijos ambos de Fernando I, rey de Castilla y de León. Gracias a sus consejos, alcanzó Sancho una señalada victoria sobre su hermano, que debió su salvación a la fuga.

Distinguióse también el Cid en el sitio de

Zamora, donde fué traídoramente asesinado por Bellido Dolfos el rey Sancho, y estuvo a punto de matar al asesino. Alfonso, a pesar de la repugnancia manifestada por los magnates, no habiendo otro príncipe a quien colocar en el trono, fué proclamado rey de Castilla, pero a condición de que había de prestar juramento de no haber tenido parte en el asesinato de su hermano Sancho. Dura era la condición y no poco violenta para un rey, haber de humillarse a prestar un juramento de su inocencia e inculpabilidad en la muerte de su hermano; así es que no había caballero que osara exigirselo, y un silencio mudo e imponente reinaba en la iglesia de Santa Gadea, de Zamora, donde debía verificarse la ceremonia; pero, al fin, levantó el Cid su voz robusta, y exclamó:

«¿Juráis, Alfonso, no haber tenido participación, ni aun remota, en la muerte de vuestro hermano Sancho, rey de Castilla?»

—Lo juro — respondió Alfonso.

Desde aquel momento, el rey de Castilla tomó ojeriza a Rodrigo; mas como éste era demasiado poderoso y, por tanto, temible, obedeciendo aquél a la prudencia, disimuló sus sentimientos y aun le casó con su prima Jimena, en espera de un pretexto para desterrarle de su reino; y el pretexto lo tuvo el año 1081, por haber atacado el Cid a los moros sin consentimiento de Alfonso.

Este fué el origen de su fama: organizó una partida de intrépidos caballeros, asumió cierta independencia, combatió a los moros con singular bravura y a varios reyes cristianos con no menor denuedo, y hasta peleó bajo las banderas musulmanas. Así, ayudó a los moros andaluces contra los almoravides, venció en Aragón y en Barcelona, haciendo prisionero al conde Berenguer; sirvió nuevamente a Alfonso de Castilla, y volvió a enemistarse con él; socorrió a Pedro I de Aragón, y coronó su carrera de triunfos con la conquista de Valencia, de la que se hizo dueño en 1094.



Relatar todos los hechos históricos más importantes del Cid Campeador, o, por lo menos, los que resultan más probados y averiguados; referir minuciosamente, aunque sólo fuesen las múltiples y gloriosas hazañas de la conquista y la dominación del Cid en Valencia, sería ímproba tarea en tan cortas páginas, y difícilmente podría hacerse con la debida claridad. Asimismo tampoco es fácil dar cuenta de todas las aventuras que los dramas, las leyendas y romances han atribuído al Cid; pero mencionaremos algunas, como muestra del carácter de la época en que se inventaron y que hacen de Rodrigo Díaz de Vivar el tipo ideal de los héroes y de los caballeros de la Edad Media.

Desde mancebo conmenzó Rodrigo a mostrar su travesura y extraordinario valor; y cuentan que, habiendo recibido su padre una afrenta del conde Gormaz, el anciano ni comía, ni bebía, ni descansaba. Conmovido de tanta pena, Rodrigo desafió al conde, le mató, le cortó la cabeza y, colgándola de la silla de su caballo, fué a presentarla a su padre, en ocasión en que éste se hallaba sentado a

la mesa sin tocar los manjares que tenía delante. El hijo le llamó la atención hacia aquel sangriento trofeo, diciéndole:

—Mirad la hierba que os ha de devolver el apetito: la lengua que os insultó ya no hace oficio de lengua, ni la mano que os afrentó hace oficio de mano.

*Que quien tal cabeza trae
Será en mi casa cabeza.*

Lo singular fué que la hija del conde de Gormaz, enamorada de Rodrigo, presentóse en la corte de León, y arrodillada ante el rey le pidió por esposo al asesino de su padre, poniendo al monarca en la alternativa de concederle lo que pedía o de dar muerte al Cid. Otorgada tan extraña merced y verificada la boda, Jimena pasó a casa de su marido; pero éste hizo voto de no considerarla como a su mujer hasta que hubiera ganado cinco batallas campales. Dióse entonces a hacer correrías por las tierras comarcanas, pertenecientes a los moros, e hizo, en efecto, prisioneros a cinco reyes musulmanes.

Dirigíase el Cid en peregrinación a Santiago de Compostela y, al llegar a un vado, encontróse con un leproso que, desde el fondo de un barranco, suplicaba en vano a los transeúntes que le pasaran por amor de Dios. Los caballeros que acompañaban al Cid huyeron, temerosos de tocar a aquel desgracia-



do; pero Rodrigo, compadecido de él, le tomó por su mano, le envolvió en su propia capa, le colocó en una mula y le llevó al lugar donde iba a pasar la noche. Allí le hizo sentarse a su lado y comer con él en la misma

escudilla; y los compañeros de Rodrigo, imaginándose que la lepra había contaminado sus platos, salieron de la habitación a toda prisa. El Cid se acostó con el leproso, envueltos ambos en la misma capa; y hacia media noche, cuando el Campeador dormía profundamente, sintió un soplo fuerte que le despertó. Buscó al leproso, le llamó y, como no obtuviera respuesta, encendió luz y vio que el leproso había desaparecido.

Volvió a acostarse el Cid, dejando la luz encendida, y se le apareció un hombre vestido de blanco.

—¿Duermes, Rodrigo? — le preguntó.

—No duermo—contestó el Campeador—, pero, ¿quién eres tú que tanta claridad y tan suave olor difundes?

—Soy San Lázaro — repuso la aparición—, y has de saber que el leproso a quien has hecho tanto bien y tanta honra por amor de Dios, era yo; en recompensa de ello es voluntad de Dios que cada vez que sientas un soplo como el que has sentido esta noche, sea señal de que llevarás a feliz término las cosas que emprendas. Tu fama crecerá de día en día; serás invencible, te temerán moros y cristianos, y, cuando mueras, morirás con honra.

Se refieren muchas hazañas y hechos maravillosos ejecutados por Rodrigo durante los reinados de Fernando I y Sancho II; pero aun se muestra mejor el elemento novelesco desde que, desterrado por Alfonso VI, deja la casa paterna. Pintan con colores vivos y tiernos la aflicción de Rodrigo cuando, al disponerse a salir de Vivar, donde había nacido, vio las salas desiertas, las perchas sin capas, sin asientos el pórtico, y sin halcones los sitios en donde solían estar. Entonces

fué, sin duda, cuando Rodrigo debió decir de su barba, aquellas célebres palabras:

«Por causa del rey don Alfonso, que me ha desterrado de su reino; no tocarán tijeras a estos pelos, ni de ellos caerá uno solo, y de esto tendrán que hablar infieles y cristianos.»

En la conquista de Valencia multiplicáronse los prodigios, sobre todo cuando los almoravides, mandados por el rey Bucar, atacaron la ciudad. El Cid, después de matar una multitud de moros, buscó al rey

Bucar, el cual huía de su perseguidor, que tras él iba montado en su famoso caballo *Babieca*.

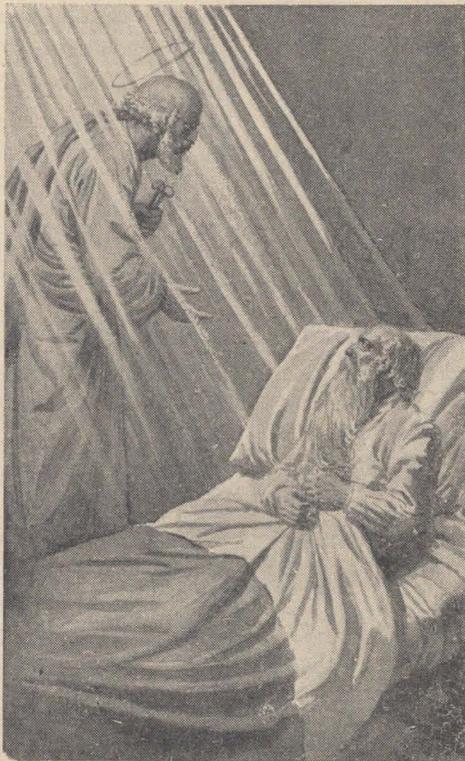
—¿Por qué así huyes — le gritaba Rodrigo—, tú que has venido de allende el mar a ver al Cid de la lengua barba? ¡Vuelve y nos saludaremos uno al otro!

Pero el rey moro continuó espoleando su caballo y ganó la orilla del mar; el Cid le arrojó su *Tizona*, y le hirió en los hombros. Bucar, herido de gravedad, entró en el mar y se alejó en un barquichuelo, en tanto que el Campeador se apeaba y recogía su espada.

Mas de nuevo el rey Bucar volvió contra Va-

lencia con un formidable ejército. El Cid reposaba en su lecho, cuando se le apareció San Pedro, que le dijo:

—Vengo a anunciarte que no te restan sino treinta días de vida; pero es voluntad de Dios que tus gentes venzan al rey Bucar, y que tú mismo, después de muerto, seas el que des el triunfo en esta batalla. El apóstol Santiago te ayudará, pero antes has de arrepentirte delante de Dios de todos tus pecados. Por el amor que me profesas y por el respeto que siempre has tenido a mi iglesia de San Pedro de Arlanza, el Hijo de Dios quiere que te suceda lo que te he dicho.



Al día siguiente refirió el Cid a sus caballeros la visión que había tenido, anunciándoles que vencerían al rey Bucar y a los treinta y seis reyes moros que le acompañaban. Después de este discurso se puso malo y se confesó con el obispo don Jerónimo, prelado-guerrero, que en la conquista y defensa de Valencia había distinguido casi tanto como el propio Campeador. Los pocos días que aun vivió, no tomó más alimento que una cucharada del bálsamo y la mirra que el sol-



dán de Persia, noticioso de sus hazañas, hábale enviado de regalo, mezclados con agua rosada.

A los tres días de la muerte del Cid, Bucar y otros treinta y seis reyes moros prisioneros sus quince mil tiendas delante de las puertas de Valencia. A los doce días de sitio salieron los cristianos de la ciudad. El cadáver embalsamado del Cid iba montado en el fiel *Babieca*, sujeto por medio de una máquina de madera que había construido Gil Díaz. Como se mantenía derecho y el Cid llevaba los ojos abiertos, peinada la barba, escudo y yelmo de pergamino pintado que parecía de hierro, y en la mano su tizona, parecía que estaba vivo. Salieron, pues, de la ciudad, en-

tablóse la lucha, y, en lo más recio de la pelea, viéronse los musulmanes atacados por nuevas fuerzas cristianas en que se distinguía en primer término el temible Campeador, y huyeron despavoridos, no sin que los cristianos hicieran en ellos terrible matanza.

Sería largo enumerar los prodigios que los romanceros y poetas y hasta los venerables monjes de Cerdeña atribuyen al Cid en vida y en muerte; y no sólo a la persona del héroe, sino a su cadáver, a su féretro, a su cofre, a su tizona y hasta a su caballo *Babieca*, que Gil Díaz enterró a la derecha del pórtico de un convento, plantando sobre su tumba dos álamos que crecieron enormemente. La historia romancesca del Cid Campeador hizo olvidar su historia verdadera, y ha costado no poco trabajo deslindar una de la otra. Los hechos de este héroe, que están bien aclarados, bastan, empero, para comprender que Rodrigo Díaz de Vivar era la encarnación del espíritu de su tiempo; guerrero y fanático, generoso unas veces, cruel en no pocas ocasiones, fiel vasallo casi siempre, temible enemigo del rey; gran militar y consumado político, a la vez que fervoroso católico; mas, a pesar de esta cualidad, sirvió a los musulmanes y, por favorecerles, luchó contra los cristianos.

«Cada clase social — dice un historiador — ha convertido al Campeador en tipo ideal que realiza sus sentimientos y aspiraciones. Para el pueblo es el castellano de pura estirpe, que por su propio esfuerzo llega a eclipsar la gloria de un rey, Alfonso VI, de origen extranjero, como nieto de Sancho de Navarra; y la nobleza ve en el Cid un caballero altivo que obliga a su monarca a hincar la rodilla y prestar juramento ante los Evangelios, y tan leal y tan noble que, aun agraviado por Alfonso, se aparta, sí, de su lado, pero recuerda a todas horas que nació en Castilla, y no hace armas contra su soberano.»

FRANCISCO JIMÉNEZ DE CISNEROS

En la villa de Torrelaguna, de la provincia de Madrid, y en el año 1436, nació este gran estadista y prelado ilustre.

Era hijo de familia noble, pero pobre (su padre fué perceptor de diezmos). Destinado desde su infancia al estado eclesiástico, des-

pués de estudiar gramática en Alcalá, pasó a la Universidad de Salamanca, donde a los veinte años de edad recibió el grado de Bachiller en Derecho civil y canónico, y trasladóse a Roma para proseguir su carrera. Allí



Papa Sixto IV.

llamó la atención del Papa Sixto IV por la brillantez con que defendía a los españoles ante los tribunales eclesiásticos, y le concedió una bula prometiéndole el primer beneficio que vacara en la archidiócesis de Toledo.

La muerte de su padre obligó a Cisneros, que era ya sacerdote, a volver a España, y pretendió el arciprestazgo de Uceda; pero el arzobispo Alonso Carrillo, que deseaba aquel beneficio para uno de sus familiares, quiso obligarle a desistir, y acabó por mandar que le encerraran en un calabozo, de donde le sacaron, al cabo de algunos años, las súplicas de la condesa de Buendía, sobrina del arzobispo.

Aquella persecución ofreció ocasión a Cisneros de mostrar la entereza e indomable energía de su carácter: no cedió ni a ruegos, ni a amenazas, ni a malos tratos; el arciprestazgo le pertenecía, por habérselo otorgado una bula apostólica, y el arciprestazgo obtuvo, para permutarlo después espontáneamente por la capellanía mayor de Sigüenza. El cardenal Mendoza, obispo a la sazón de aquella ciudad, conociendo las altas dotes de saber y de virtud de Cisneros, le nombró vicario general de la diócesis.

Poco después, el conde de Cifuentes, que estaba prisionero de los granadinos, le confió la administración de sus bienes, y de todas partes acudían al vicario general en demanda de consejos sobre los más diferentes asuntos. No era éste, empero, el género de vida a que le inclinaba su espíritu, por naturaleza áspero y contemplativo, y para huir del mundo y poder dedicarse a la meditación y al estudio, Cisneros, buscando la soledad, vistió el hábito de San Francisco, y entró de novicio en el convento de San Juan de los Reyes, de Toledo, en 1484.

Profesó un año después, y la fama de sus virtudes atrajo a su confesonario tal multitud de gentes que, de nuevo, se encontró entre el torbellino de pasiones e intereses mundanos de que quería huir. Trasladado, a sus instancias, al convento de Nuestra Señora del Castañar, construyóse con sus propias manos



una choza junto a las paredes del convento, y en ella vivió consagrado al rezo, al estudio y la penitencia. Pero no habían transeurido aún tres años cuando, vacante el delicado cargo de confesor de la reina, el cardenal Men-

doza recomendó a su antiguo vicario general con tanto calor y elogios, que Isabel la Católica le obligó a aceptar la dirección de su conciencia y a ser su consejero.

Los negocios de Estado del reino de Castilla fueron entonces el campo en que Cisneros pudo manifestar claramente las grandes dotes de su talento.

Elegido provincial de su Orden, visitó todos los conventos, corrigiendo con mano dura y energía indomable todos los abusos que hallara en la vida monástica, y desempeñaba este cargo cuando, por muerte del cardenal Mendoza, fué nombrado arzobispo de Toledo. La reina, que fué quien hizo la propuesta de su confesor para la silla primada, quiso darle una sorpresa; pidió y obtuvo secretamente las bulas de Roma, y cuando las hubo recibido, las dió a leer al humilde franciscano. Este, mirando el encabezamiento, que decía: «A nuestro Venerable Hermano Fray Francisco Jiménez de Cisneros, arzobispo electo de Toledo», dijo con cierta brusquedad:

—Señora, estas bulas no se dirigen a mí.

Y salió de la regia estancia, y, poco después, de la corte. Isabel la Católica envió en su busca a varios caballeros, que no consiguieron hacerle volver, y fué preciso acudir al Papa, quien ordenó terminantemente a Cisneros que aceptara sin dilación ni excusa el nombramiento.

El franciscano tuvo que aceptar por santa obediencia; pero desterró el lujo, la pompa y ostentación de que se rodeaban sus antecesores, que fueron prelados de alto linaje, repartió sus cuantiosas rentas entre los pobres y vivió con tanta modestia como en su convento. Nuevamente fué preciso recurrir al Papa, y Alejandro VI, a instancias de la reina Isabel, exhortó al arzobispo a que «en su porte exterior guardara formas que no rebajasen su dignidad ante el pueblo». Obedeció Cisneros; volvió a reinar en su palacio el antiguo fausto, y se sirvieron opíparos banquetes en su mesa, pero el arzobispo siguió comiendo frugalmente y durmiendo sobre un pobre jergón.

Al mismo tiempo componía catecismos, multiplicaba los libros de piedad, que distribuía generosamente entre las iglesias po-

bres; reformaba las órdenes religiosas, que iban degenerando; restablecía en algunas capillas de la catedral de Toledo el antiguo rito de España llamado mozárabe; consideraba los estudios profanos como el mejor auxiliar de los estudios eclesiásticos, y él mismo trabajaba en una edición de las obras de Aristóteles y contribuía a la publicación de los trabajos agrícolas de Herrera. Protegió a Antonio de Lebrija contra sus enemigos, fundó la biblioteca del cabildo de Toledo, favoreció el establecimiento del colegio de Sigüenza, y en 1500 fundó la Universidad de Alcalá de Henares, honra de la España del siglo XVI, a la que atrajo los más doctos profesores que pudo hallar en nuestra patria y en el extranjero, y rápidamente los estudios de Alcalá llegaron a competir con los de la célebre Universidad de Salamanca.

Y para coronamiento de tan benemérita obra, emprendió la publicación de la *Biblia* Poliglota (en hebreo, griego y latín), que había de immortalizar en la república de las Letras la Universidad *Complutense* (Alcalá de Henares), y el nombre de su fundador.

La ocupación de Granada por los castellanos dió origen a continuas revueltas, fomentadas por un noble árabe llamado Zegrí, que gozaba de gran prestigio entre sus compatriotas. Cisneros, que había ido a la antigua capital del reino moro a fin de continuar la obra caritativa del arzobispo Talavera, o sea, la de procurar la conversión de los moros, tuvo que recurrir a medios violentos, que tanto repugnaban a su carácter, para someter a los revoltosos, y causar una pérdida que la Historia no le perdona sin dificultad: la quema de todos los libros mahometanos que halló en las bibliotecas públicas y las librerías particulares, excepto 300 obras que trataban de medicina, y destinó a la Universidad de Alcalá. Los vecinos acudieron a las armas, y mientras unos levantaban parapetos y barricadas, otros se dirigían a la Alcazaba, donde residía Cisneros, con ánimo de matarle. Talavera apaciguó el tumulto con su sola presencia, y los Reyes Católicos enviaron a Granada comisionados con amplias facultades para instruir causa sobre las revueltas pasadas y castigar a sus promovedo-

res. Entonces, la mayor parte de los procedidos abrazaron el cristianismo, y el resto de la población les imitó en su mayor parte, calculándose en cincuenta mil el número de convertidos.

—Cisneros — exclamó Talavera — ha conseguido un triunfo más sublime que el de Fernando e Isabel, porque éstos sólo conquistaron el territorio, al paso que él ha ganado las almas de Granada.

Como consejero íntimo de Isabel, Cisneros influyó poderosamente en todos los actos principales de este reinado; él era quien designaba los obispos y magistrados; él fué quien tuvo la idea de reunir en uno solo los



Juana I la Loca.

diferentes impuestos conocidos por el nombre de alcabalas; él quien dió impulso al comercio; él quien libró al poder real de la tiranía de los grandes, y, sin él, probablemente, no se hubiera podido atender a las proposiciones de Cristóbal Colón.

Los reyes premiaron los servicios del arzobispo de Toledo nombrándole Inquisidor general e influyeron para que Roma le enviara el capelo cardenalicio.

Inspirado por su celo religioso, el cardenal Cisneros propuso al rey una empresa arriesgada: la conquista de Orán. Aceptó Fernando, y en los puertos de Málaga y Cartagena se reunieron 14.000 hombres que, embarcados en noventa naves, se hicieron a la vela hacia las costas africanas, y tomaron tierra en Mazalquivir, que sólo distaba una legua

de Orán. El cardenal Cisneros, que había ido con el ejército expedicionario, tomó parte directa en los lances más arriesgados; designaba el momento favorable para el asalto, los soldados obedecían entusiasmados la voz de aquel general eclesiástico, y una semana después de haber abandonado las costas de España, Orán estaba en poder de los españoles, y el cardenal desembarcaba victorioso en Cartagena.

La muerte del rey Fernando dió ocasión a Cisneros de acreditarse también como gobernante, pues dicho monarca le instituyó por testamento regente de los reinos de Castilla y de Aragón, ya reunidos, durante la ausencia del príncipe Carlos. El cardenal tenía a la sazón 79 años, pero conservaba las energías de un joven. El príncipe (que reinó luego con el nombre de Carlos I de España y V de Alemania), confirmó a Cisneros los poderes que éste tenía del Rey Católico; pero, desconocedor de las leyes y costumbres españolas, comenzó a usar el título de rey y quiso ser reconocido por tal. Cisneros se opuso resueltamente, porque mientras viviera Juana I la Loca, que era la reina, no podía jurarse a su hijo. Irritados los nobles al ver que un fraile franciscano gobernaba la nación como rey absoluto, le preguntaron con qué derecho usaba de semejante autoridad. El cardenal asomóse a un balcón con sus interpelantes, y mostrándoles la guardia que abajo tenía dispuesta con algunos cañones, dijo:

— ¡Esos son mis poderes!

Y según algunos historiadores, levantando el cordón de su hábito de franciscano, añadió:

— Me basta esto para sujetar a los vasallos rebeldes.

Con esto logró imponerse el regente, quien, a fin de sujetar para siempre a la nobleza, creó una especie de milicia ciudadana, pagada de fondos públicos.

Sin embargo, para evitar una guerra civil, venciendo no pocas dificultades y teniendo que desplegar extraordinaria entereza, hizo proclamar rey al príncipe Carlos.

La historia de los dos años de la regencia de Cisneros puede resumirse diciendo

que ofreció al nuevo monarca, cuando éste tomó posesión de sus Estados, una nobleza obediente, un pueblo sumiso, un ejército reorganizado, una escuadra poderosa y un tesoro floreciente.

¿Cómo recompensó el emperador y rey tanta abnegación, celo, trabajos y sacrificios tantos? Negándose a conceder a Cisneros la entrevista solicitada cuando aquél llegó a España, y enviándole una carta en la que le daba las gracias por sus servicios, y le concedía licencia para «que se retirase a su diócesis a descansar y aguardar del Cielo la recompensa de sus merecimientos».

El cardenal, que había salido al encuentro del rey, se hallaba en Roa, villa de la provincia de Burgos, y allí recibió aquella carta, que fué el golpe mortal que acabó con su vida el 8 de noviembre de 1517.

Trasladado el cadáver a Alcalá de Henares, se le hicieron magníficos funerales, contra lo dispuesto por Cisneros, y allí recibió sepultura.

Irreprochable en sus costumbres y austero

de modo extraordinario, el gran estadista y sabio arzobispo de Toledo llevó constantemente debajo del hábito un cilicio, y desde niño se habituó a dominar sus pasiones. En

el lecho de muerte confesó que jamás había favorecido ni castigado a nadie por pasión, y que no había empleado los tesoros que le estuvieron confiados en fines ajenos al bien público, ni para elevar a su familia, a la cual sólo proporcionó posiciones modestas.

«La gloria de Cisneros — dice uno de sus biógrafos — es imperecedera, porque, luchando en un ambiente contrario, cortó sin piedad los abusos de los conventos, opuso un dique a las opresiones que ejercían los españoles vencedores en la América del Sur, fundó muchos colegios, favoreció las letras, propagó la ciencia de la agricultura, abrió asilos

a los desvalidos, contribuyó a la reforma del calendario Juliano, e hizo que fuese más conocida la Biblia, cuya lectura tenían prohibida en su tiempo los sabios de la Sorbona.»



...levantando el cordón de su hábito de franciscano... (Pág. 23.)

EL GRAN CAPITÁN

El 16 de marzo de 1453 nacía en Montilla Gonzalo Fernández de Córdoba, quien, por su valor heroico y por su suerte en las batallas, que se contaban por victorias, había de merecer el sobrenombre de el *Gran Capitán*, con el que se le conoce en la Historia.

Era hijo de Pedro Fernández de Aguilar, ricohombre de Castilla, que murió muy joven, y de doña Elvira Herrera, también de noble linaje.

El futuro guerrero carecía de bienes de fortuna, puesto que por disposición de la ley todos los de sus padres recayeron en su hermano mayor, Alonso de Aguilar; pero, criado en Córdoba, bajo la tutela y cuidado del prudente y discreto caballero Diego Cárcamo, adquirió la generosidad, la grandeza de ánimo, el amor a la gloria y todas las virtudes que manifestó después en su gloriosa carrera. Siendo muy joven aún, sirvió de

paje y ayudó en la guerra al infante don Alfonso, que disputaba el trono a Enrique IV de Castilla, y a la muerte de aquel príncipe fué llamado al servicio de Isabel la Católica, que acababa de casarse con Fernando V de Aragón.

Su juventud e inexperiencia impedían a Gonzalo tomar parte en los consejos políticos y en la dirección de los negocios; mas, por su gallarda presencia, por la majestad de sus modales, la viveza y prontitud de su ingenio y su conversación animada, fácil y elocuente, alcanzó un crédito y estimación extraor-



Isabel la Católica.

dinarios, ganó el afecto de todos, y fué la mayor gala de la corte de Isabel.

«Dotado de unas fuerzas robustas — dice Quintana — y diestro en todos los ejercicios militares, en las cabalgadas, en los torneos, manejando las armas a la española o jugando con ellas a la morisca, siempre se llevaba los ojos tras de sí, siempre arrebatava los aplausos, y las voces unánimes de los que le contemplaban le aclamaban príncipe de la juventud.»

Ya entonces comenzó a manifestar la desmedida afición al lujo, que más tarde había de servir de base a la acusación de malversador de los fondos públicos: liberal sin límites, gastaba como un rey, y sus muebles, sus vestidos y su mesa eran del mayor gusto y elegancia. Su hermano, desde Córdoba, le recomendaba que moderara sus gastos, a fin de no llegar a ser objeto de las burlas de los mis-

mos que le aplaudían, y Gonzalo le contestaba:

«No me quitarás, hermano mío, este deseo que me alienta de dar honor a nuestro nombre y de distinguirme. Tú me amas y no consentirás que me falten los medios para conseguir estos deseos; ni el Cielo faltará tampoco a quien busca su elevación por tan laudables caminos.»

En los combates en que tomaba parte, lejos de imitar a los oficiales de su clase, que acostumbraban vestir de modo que no llamasen la atención de los enemigos, Gonzalo hacíase distinguir por su brillante armadura, por las plumas de su yelmo y por la púrpura con que se adornaba, pues entendía que esta conducta serviría de ejemplo y emulación a los demás nobles.

En la guerra contra Granada, viudo ya de doña Leonor de Sotomayor y casado en segundas nupcias con doña María Manrique, peleó como voluntario, después como gobernador de Alora, y, posteriormente, mandando una parte de la caballería; figuró entre los más valientes en la toma de Tájara y en la ocupación de Loja, defendida por Boabdil en persona, a quien indujo a capitular. La conquista de Illora debióse al denuedo de Gonzalo, que intervino en casi todos los lances de aquella guerra, y él fué quien, por conocer el árabe, representó a los Reyes Católicos en las negociaciones para la capitulación de Granada.

Pero la verdadera fama de Gonzalo empezó en Italia.

Enviado por el Rey Católico para socorrer a Fernando II, que había sido despojado del trono de Sicilia por el rey de Francia Carlos VIII, Gonzalo, al frente de un ejército de 5.000 infantes y 600 caballos, desembarcó en Calabria, y dió comienzo a una serie de acciones tan rápidas como brillantes, apoderándose de varias plazas. El rey Fernando II, contra el dictamen de Gonzalo, aceptó imprudentemente un combate en Seminara, y ésa fué la primera y única derrota que sufrió el caudillo español en su larga carrera militar; pero el enemigo no pudo sacar fruto de su victoria, porque Gonzalo hizo a los franceses la guerra que exigía lo mon-

tuoso y quebrado del país y el corto número de sus tropas (que no pasaban de 3.000 infantes y 1.500 caballos), es decir, guerra de astucia, de estratagema, de movimientos continuos, y eran tantas las plazas que de grado o por fuerza le obedecían, que no podía guarnecerlas por falta de gente. Estaba ya próximo el día en que los franceses iban a ser arrojados de Calabria, cuando fué llamado a Nápoles por Fernando II.

«Obedeció Gonzalo — dice Quintana — y se dispuso a atravesar desde Nicastro, en

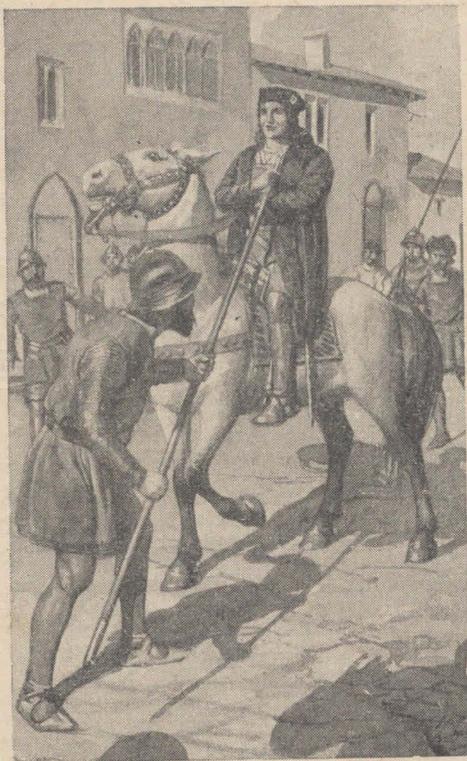
los confines de las dos Calabrias, hasta el principado de Melfi, donde se hacía la guerra a los franceses. Todo el país intermedio era quebrado y montuoso: los barones anjónos (angevinos) ocupaban las plazas fuertes, y los pueblos de todas las serranías estaban excitados por ellos contra los españoles. Pero todos estos obstáculos que la naturaleza y los hombres le oponían, fueron gloriosamente arrollados por su audacia y su pericia. Cada paso era un ataque; cada ataque una victoria; entró en Cosenza a despecho de los franceses que la defendían, que no pudieron resistir a los tres asaltos que en un solo día le dió»,

ganó otras plazas, y dejando despejado camino con sus victorias, llegó a donde se propuso. El Papa, Fernando II y el marqués de Mantua le recibieron con los honores que merecía al que llenaba ya con su reputación toda Europa. Allí fué donde los italianos y franceses empezaron a darle públicamente el renombre de *Gran Capitán*, que para siempre quedó unido a su memoria.

Rindió Gonzalo la plaza de Atela, donde se habían encerrado siete mil franceses, con

su general Montpensier, conquistó todas las demás mandadas por los gobernadores puestos por aquél, volvió a Calabria, y, en pocos días, la redujo a la obediencia del rey de Nápoles que, por fallecimiento de Fernando II, lo era a la sazón su tío Fadrique.

De allí marchó el *Gran Capitán* a Roma, llamado por Alejandro VI para que le librara de Minaldo Guerri, corsario vizcaíno a quien Carlos VIII había dejado mandando en el puerto de Ostia. En poco más de quince días Gonzalo se apoderó de aquel puerto y volvió a Roma con los vencidos, siendo saludado por el pueblo con delirante entusiasmo. El Papa no consintió que se arrodillase en su presencia, le abrazó y besó públicamente y le manifestó su gratitud dándole la rosa de oro. El *Gran Capitán* volvió a Nápoles, pasó a Sicilia, conquistó la plaza de Diano, única que quedaba en poder de los franceses, y dejando bien defendidas las plazas que en la Calabria quedaban por los Reyes Católicos para seguridad del pago de los socorros que habían dado, regresó a España con la mayor parte de las tropas. Fernando V declaró públicamente que la reducción de Nápoles



...y uno de ellos puso la pica al pecho de su general. (Pág. 27.)

y las victorias sobre los franceses eran superiores a la conquista de Granada.

El *Gran Capitán* permaneció dos años ocioso, hasta que en 1500 se decidió el reparto de Nápoles entre el rey de España y el de Francia, que lo era Luis XII, y Gonzalo, con 5.000 infantes y 600 caballos, como la vez primera, fué encargado de la conquista. En pocos días, toda la Calabria y la Pulla reconocieron a Fernando V; pero Fernando, duque de Calabria, hijo del desposeído Fa-

drigue, se hizo fuerte en Tarento, y el *Gran Capitán*, para evitar el derramamiento de sangre, convirtió en bloqueo el sitio de aquella, ajustándose una tregua de cuatro meses, en la que se convino que si los sitiados no recibían auxilio en ese período de tiempo, entregarían la plaza.

Durante el asedio padeció mucho el ejército por la falta de bastimentos y de dinero; llegaron los soldados a insurreccionarse, y uno de ellos puso la pica al pecho de su general.

—Mira que sin querer no me hieras — dijo el *Gran Capitán*, sonriente, y desviando con suavidad la pica.

Un capitán vizcaíno dijo al general en ofensa de su hija Elvira, que le acompañaba en sus expediciones, palabras «que la dignidad de la Historia no consiente repetir». Gonzalo no se dió por entendido, y sosegó el motín ofreciendo algunas pagas; pero, al día siguiente, el capitán vizcaíno apareció colgado de una ventana, y este ejemplo restableció la disciplina.

Rindiéronse Tarento y Manfredonia, ganó el *Gran Capitán* las célebres batallas de Ceriñola y Garellano, conquistó provincias enteras, rindió a Gaeta y se apoderó de Nápoles.

Entonces los enemigos de Gonzalo, envidiosos y rastrosos, insinuaron en el ánimo de Fernando V el temor de que el *Gran Capitán* se pasara al servicio de Francia, e hicieronle concebir sospechas de que, por su desmedida ambición al lujo, derrochara las rentas de Nápoles, y, cediendo a pérfidos consejos, accedió el rey a que se le exigiera razón del empleo que había dado a las sumas recibidas para los gastos de la guerra.

Gonzalo presentó las cuentas pedidas y, entre otras partidas, se hallaban las siguientes:

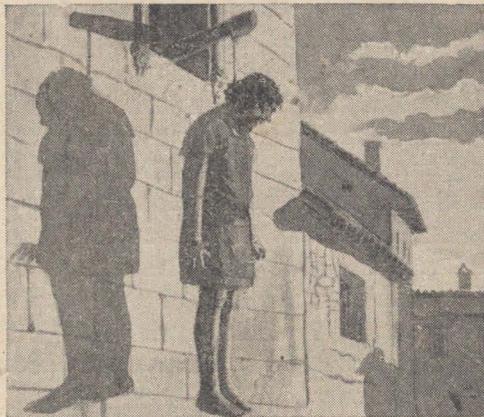
«En picos, palas y azadones, cien millones; diez mil ducados en guantes perfumados para preservar a las tropas del mal olor de los cadáveres de los enemigos tendidos en el campo de batalla; ciento setenta mil ducados en poner y renovar campanas destruidas con el uso continuo de repicar todos los días por nuevas victorias conseguidas sobre el enemigo... y cien millones por mi

paciencia en escuchar ayer que el rey pedía cuentas al que le ha regalado un reino.»

«Iba leyendo — dice Quintana — por este estilo otras partidas tan extravagantes y abultadas, que los circustantes soltaron la risa, los tesoreros (los acusadores) se confundieron, y Fernando, avergonzado, rompió la sesión mandando que no se volviese a tratar más del asunto.»

Las cuentas del Gran Capitán, que ningún historiador de aquel tiempo pone en duda, se han celebrado en el teatro y han pasado en proverbio conservadas por la tradición.

A su regreso en España sufrió desaires de Fernando V, y fué herido en lo más vivo cuando, para castigar la rebelión del



marqués de Priego, sobrino de Gonzalo, mandó arrasar la fortaleza de Montilla, en la que el *Gran Capitán* había nacido; pero, como el desagradecido monarca temía que el ofendido general fuese alma y cabeza del partido que deseaba quitarle la regencia de Castilla para dársela al príncipe Carlos, se esforzó para apaciguarle, y le cedió por vida la ciudad de Loja, donde, desde 1508, vivió el *Gran Capitán*, siendo su casa el centro de todos los nobles de Andalucía, la escuela de la cortesanía y de la magnificencia.

A los desaires del monarca respondió, empero, Gonzalo, con desaires, no visitándole cuando estaba malo, y negándose a asistir a un capítulo de las Órdenes Militares en Valladolid, al que había sido llamado por Fernando.

Después de haber permanecido algún

tiempo en Antequera, se trasladó a Granada, haciéndose llevar en andas por los alrededores, a ver si la mudanza de aires cortaba las cuartanas tenaces que sufría; pero todo fué inútil, y el 2 de diciembre de 1515, entregaba su alma a Dios.

«Celebráronse sus exequias con toda pom-

pa en la iglesia de San Francisco, donde fué depositado antes de pasarlo a la de San Jerónimo, donde yace, y doscientas banderas y dos pendones reales que adornaban el túmulo, tomados por él al enemigo, recordaban a los afligidos concurrentes la gloria y los servicios del *Gran Capitán*.»

CRISTÓBAL COLÓN

Cerca de veinte poblaciones de Italia se han disputado la honra de haber sido la cuna del gran navegante, a quien debe el mundo el descubrimiento de América; pero, las más minuciosas investigaciones y algunos manuscritos del propio descubridor, entre ellos su testamento, demuestran que es Génova la que presenta mejores títulos.

Respecto a la fecha de su nacimiento la incertidumbre es mayor, pues nada menos que diez y nueve años, desde 1430 a 1449, forman el período en que se hallan comprendidas las diversas fechas que señalan los historiadores como más probables para fijar la de la venida al mundo de Colón; se supone, empero, que nació en los años 1450 ó 1451, según los documentos últimamente descubiertos en Génova.

Tampoco axisten datos que confirmen el aserto de algunos genealogistas, los cuales afirman que Colón descendía de antigua y noble familia. «No se sabe — dice uno de sus biógrafos — que ni Colón ni sus contemporáneos conociesen la nobleza de su origen, ni esto le importa a su fama; que más honra, por cierto, su memoria, ser objeto de contienda entre muchas casas nobles que poder señalar como suya la más preclara de ellas.» Su hijo Fernando, que escribió su historia e hizo un viaje con objeto de investigar este asunto, renunció a sus pretensiones, diciendo con muy buen acuerdo: «Creo que menos dignidad recibiría yo de ninguna nobleza de abolengo que de ser hijo de tal padre.»

La mayor parte de los historiadores están acordes en que el padre de Colón ejerció el oficio de cardader de lana, que era en su

tiempo una profesión liberal y casi noble, y como la fortuna le fuera adversa, tuvo que emprender algunos pequeños negocios, tales como el establecimiento de un comercio de quesos y otros semejantes, para proporcionarse medios de subsistencia. Sin embargo, en medio de las estrecheces, cuidó con relativo esmero de la educación de sus hijos, y Cristóbal, que no sentía ninguna vocación por el oficio de su padre, sabía leer y escribir siendo aún muy niño, y, como dice el P. Las Casas, tenía tan buena letra que podía haber buscado su subsistencia con ella. Después de haber aprendido latín, aritmética, dibujo y pintura, artes en las cuales, según el citado autor, hizo bastantes adelantos para poder también ganarse la vida con ellas, concurrió algún tiempo a la Universidad de Pavía, donde, siguiendo su inclinación por las ciencias útiles para la vida marítima, estudió Geometría, Geografía, Astronomía y el arte de navegar.

Aunque reina gran obscuridad en cuanto se refiere a la historia del ilustre genovés durante su juventud, parece indudable que empezó a navegar siendo aún casi niño, recorriendo primero el Mediterráneo y haciendo después un viaje a Islandia; y como la afición a los descubrimientos empezaba a ser general, el buque en que él iba pasó por el norte de Islandia y adentróse unos grados en el círculo polar. De vuelta a su patria, entró al servicio de un famoso marino, que combatía a menudo con los turcos y los venecianos, y a su lado se perfeccionó en el arte de la navegación, y se acostumbró a los peligros de la guerra.

Cierto día que, habiendo salido del Medi-

terráneo, y hallándose a la altura de las costas de Portugal, trabó combate con unas carabelas venecianas, incendióse su nave, y Cristóbal Colón, que era un excelente nadador, arrojóse al agua y llegó a tierra sano y salvo.

Fué, pues, un desastre, lo que arrojó a Colón a las costas de Portugal. Ningún país podía servir mejor a su genio y a su audacia. En Lisboa residían muchos genoveses, y aconsejaron al joven marino que se estableciese allí, y accedió él viendo que, efectivamente, sólo en Portugal podría realizar sus grandiosos proyectos.

Habiéndose relacionado, como era de esperar de sus predilecciones, principalmente con los navegantes portugueses, Cristóbal Colón se casó con la hija de Bartolomé Perestrello, colonizador y gobernador de Puerto Santo, y con éste pasó a aquella isla, donde le sería más fácil dedicarse a sus estudios favoritos.

Muerto su suegro, Colón estudió los papeles, mapas, diarios y apuntes que dejó aquel distinguido navegante; se naturalizó en Portugal; tomó parte en varias expediciones de la costa de Guinea, adquiriendo así mayor práctica de navegación que la que hubiera podido adquirir a bordo de las naves de su patria; y los días que pasó en tierra los empleó en dibujar cartas geográficas, que vendía en seguida para sustentar a su familia, pues doña Felipa Moñis de Perestrello no le llevó dote.

Habitó algún tiempo en la isla de Puerto Santo, donde su mujer le dió un hijo que se llamó Diego, y allí, frente a la inmensidad del Océano, debió germinar en su mente la idea de encontrar la India navegando hacia Occidente; y con el examen de los documentos dejados por su suegro, la correspondencia que sostenía con el célebre astrónomo florentino Toscanelli, las noticias que recibía de los viajeros que llegaban de Guinea, los relatos de los navegantes portugueses y con el examen de la obra *Imago mundi*, de Pedro de Ailly, en que se afirmaba la existencia de desconocidas tierras en el Occidente, poco a poco nació en su espíritu el convencimiento

de que sus teorías eran verdaderas, y se propuso llevarlas a la práctica.

Entonces ofrecióse a Juan II, que acababa de subir al trono de Portugal, para llegar a las Indias por la vía de Occidente. El rey sometió el proyecto a una comisión de astrónomos, que lo rechazó unánimemente como absurdo; consultó don Juan a una nueva junta científica, que fué del mismo parecer que la primera, pero es fama de dudoso crédito que el monarca portugués mandó una carabela en la dirección indicada por el genovés, para arrebatarle la gloria del descubrimiento.

Viudo ya Colón, cargado de deudas y careciendo de lo más necesario para la vida, salió secretamente de Lisboa, y vino a España, donde comenzó una dolorosa peregrinación pidiendo ayuda para su proyecto, sin obtener mejores resultados que en Portugal. Génova, Francia e Inglaterra le negaron también todo auxilio, y el gran navegante, descorazonado y triste, volvió a España, donde a fuerza de instancias y súplicas, y gracias a la protección que le prestaron ilustres varones y a las simpatías que supo inspirar al alma grande de Isabel la Católica, consiguió, al fin, después de la conquista de Granada, que se le confiase una escuadrilla, compuesta de tres carabelas: la *Santa María*, la mayor de todas, mandada por el propio Colón, que había sido nombrado almirante; la *Pinta*, la más ligera, a cargo de Martín Alonso Pinzón, y la *Niña*, de velas latinas, al mando de Vicente Yáñez Pinzón. Iban en ellas, además de los tres capitanes, cuatro pilotos, un inspector general, un alguacil mayor, un escribano real, un cirujano, un médico, algunos amigos y criados y noventa marineros, estos últimos casi todos gentes de mala vida. Entre todos sumaban unas 120 personas.

El 3 de agosto de 1492 partió la escuadrilla del puerto de Palos.

No caben en los límites de esta biografía los detalles de aquel primer viaje, que duró dos meses; por otra parte, todos sabemos que temió haberse engañado; que tuvo que reprimir el descontento de la tripulación, que

llegó a amenazarle de muerte; y que pidió a sus marineros que le concedieran un plazo de tres días y que, si transcurrido ese tiempo no descubrieran tierra volverían a España. Todas las señales, empero, indicaban ya la proximidad de tierra y, en efecto, en la madrugada del viernes 12 de octubre de 1492, se descubrió, no las Indias que buscaba Colón, sino un nuevo continente que, con notoria injusticia, se llamó después América.

No obstante, el descubridor persistió en su error, y al pisar la isla descubierta, llamada *Guanahani* por los naturales y denominada San Salvador por él, creyó haber llegado a la India, e indios apellidó a sus habitantes.



Partida de Colón para el descubrimiento de América.

El viaje de vuelta fué más desgraciado que el de ida, y Colón, obligado por la dureza de los temporales, tuvo que desembarcar en las Azores, donde el gobernador quiso prenderlo por el solo hecho de ser extranjero y de navegar por mares que pertenecían exclusivamente a los portugueses. Otra tempestad le obligó a arribar a Lisboa, y como si no bastaran los obstáculos opuestos por la naturaleza, estuvo a punto de ser asesinado en Portugal: algunos pérfidos consejeros dijeron al rey que mandase dar muerte al descubridor, si no quería que lo mataran ellos; pero Juan II, lejos de consentir en semejante infamia, trató al almirante con mucha deferencia y le dejó partir libremente para España, donde llegó el 15 de marzo.

Recibido Colón con inmenso júbilo en el pequeño puerto de Palos, se puso en camino para Barcelona, donde se hallaban los reyes.

«En el camino, por dondequiera que iba, llenaban los habitantes de los países circunvecinos los campos y los pueblos. En las ciudades grandes, las calles, ventanas y balcones estaban cubiertos de espectadores que poblaban los aires con sus aclamaciones, y de continuo le cerraba el paso una multitud que se apiñaba, ansiosa de verle a él y a los indios, cuya apariencia excitaba tanta admiración como si fueran naturales de otro planeta. A mediados de abril llegó Colón a Barcelona, y su entrada en aquella ciudad convie-

nen todos los historiadores en que se asemejó en su pompa y magnificencia a la de los caudillos triunfantes en la antigua Roma, a la más gloriosa de cualquier hombre.»

Confirmado por los agradecidos soberanos en todos los honores y privilegios que para sí y su familia pidiera antes de partir,

aquel mismo año emprendió Colón el segundo viaje, en que descubrió la Jamaica, Guadalupe y otras Antillas, y exploró Cuba, comenzando la colonización. Tres años empleó en su segundo viaje, regresando a España en 1496. En 1498 volvió a los países descubiertos; recorrió la costa de América, desde el Orinoco hasta Caracas, y tuvo que reprimir sediciones y enviar a España a varios descontentos que dieron lugar, con sus calumnias, a las acusaciones de sus enemigos y de sus envidiosos.

Prestando oídos a tales insidias, los Reyes Católicos decidieron nombrar al comendador don Francisco de Bobadilla para que investigase lo que hubiese de cierto en las acusaciones de que el almirante era objeto; y

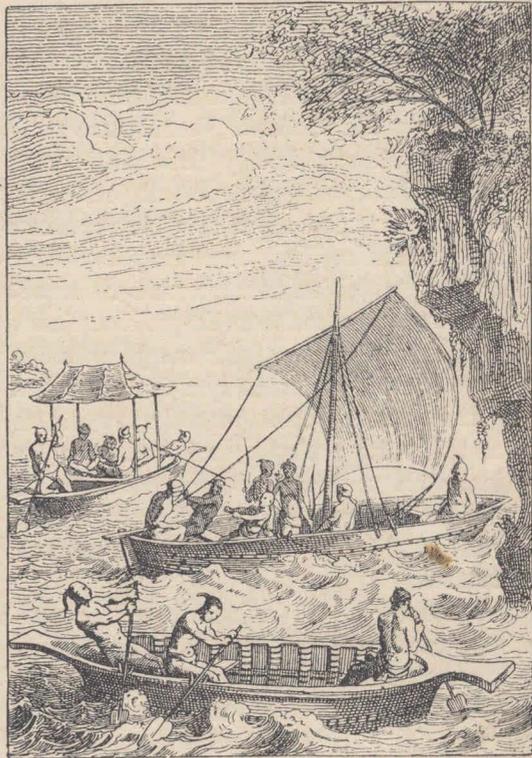
asustado a los héroes de Bartolomé Díaz. El invierno justificaba aquel pavor desencadenando todos sus temporales; las naves eran juguete de las corrientes, que les hacían cambiar de rumbo, y los navegantes no sabían adónde los arrojarían las tempestades. Pero nada arredra a Vasco de Gama, y ora avanzando, ora retrocediendo a su pesar, afirmase más en su propósito de llevar a cabo su expedición. El balanceo de los buques, azotados por la tempestad, hicieron caer al mar muchas cubas de agua dulce, y la tripulación, al verse expuesta a los horrores de la sed, además de los otros tormentos que sufrían, conspiró contra Vasco de Gama y sus capitanes, para obligarles a volver a la patria; pero Gama, procediendo con la energía que le caracterizaba en sumo grado, no se dejó intimidar por la perspectiva de una rebelión en pleno Océano. Avisado de la conspiración por Nicolás Coelho, a quien habíasele revelado un marinero que le era muy adicto, Vasco de Gama puso en el cepo a los jefes y dominó la insurrección con asombrosa audacia.

Bin pronto traspasó la escuadrilla el río Infante, límite extremo de los descubrimientos de Bartolomé Díaz; el 24 de diciembre vió la tierra de Natal, y el 2 de marzo de 1498 ancló en Mozambique, donde encontró por vez primera a los mercaderes árabes cuyo monopolio iba a destruir, y que fueron siempre los más implacables enemigos de los portugueses en Oriente.

Después de muchos peligros, a los que sólo providencialmente pudieron escapar, los portugueses tocaron en Mombaza, y el 15 de abril anclaban en Melinda, donde Vasco de Gama obtuvo del rey de aquel país una benévola acogida y un piloto, llamado Canaca, que, entrando al servicio de los navegantes europeos, los dirigió tan hábilmente, que el 17 de mayo Vasco divisó a una distancia de ocho leguas la tierra de las Indias tan ardientemente deseada.

Finalmente, el 20 de mayo, los portugueses fondearon delante de Calicut, capital de aquella parte de la costa de Malabar. El Samudri-Radjá (rey del litoral) que a la sazón regía a la ciudad, fué por las intrigas de

los musulmanes, por la mezquindad de los regalos que Gama le presentó en nombre del rey don Manuel, o por otras causas, recibió muy mal a los europeos. Gama, sin embargo, estableció una factoría, y como los indígenas retuvieran prisioneros a los en ella establecidos, se apoderó, a su vez, de algunos naturales, y aunque los portugueses recobraron la libertad, Gama sólo devolvió seis de sus rehenes, y con los diez y nueve naturales que llevaba a bordo, emprendió el viaje de regreso



Barcos Indios.

respondiendo con su artillería a los ataques de varias embarcaciones que intentaron apoderarse de la escuadrilla portuguesa.

Después de anclar en la isla principal del grupo de las Angedivas, dirigióse Gama hacia el África oriental, teniendo que suplir con su energía la falta de hombres, que eran víctimas del escorbuto, y al cabo de tres meses llegó a las costas de Mozambique, llevando apenas en cada nave ocho hombres útiles para el servicio. Al pasar por delante de Mombaza tuvo que quemar la nave *San Rafael*, porque carecía de tripulación. El 20 de

marzo de 1499 dobló nuevamente el cabo de Buena Esperanza, y en los primeros días de septiembre del mismo año entró en Lisboa, donde fué saludado con el título de almirante, y se celebró con pomposas fiestas su llegada. Además se le autorizó para anteponer a su nombre el *don*, que rara vez se concedía en aquella época, y recibió una considerable indemnización en dinero, aparte de privilegios en el comercio de las Indias, que habían de enriquecerle en poco tiempo.

En 1502, con el empleo de almirante y mandando una escuadra de veinte buques, salió de nuevo para las Indias, decidido a dejar allí huella indeleble y a castigar severamente al rey de Calicut. Fundó establecimientos en Mozambique y Sofala e impuso la dominación portuguesa en la costa de África, asegurando, al mismo tiempo, con acertadas medidas, la buena acogida de las escuadras que debían reemplazarle en aquellos mares; pero manchó su limpia historia incendiando un buque egipcio cargado de inmensas riquezas y en el que iban muchos peregrinos musulmanes procedentes de la Meca, todos los cuales perecieron, pues los cristianos no perdonaron ni siquiera a las mujeres; sólo escaparon a tan bárbaro atentado veinte niños, a los que reservaron para bautizarlos.

En Cananor logró intimidar, con el poderío de sus fuerzas, al rey del país y a sus súbditos, que fueron desde aquel momento fieles aliados de los portugueses; y pasando después a Calicut, Vasco de Gama destruyó la ciudad con un espantoso bombardeo.

Al año siguiente entraba en Lisboa con casi todas sus naves, pudiendo asegurar a su rey que no era un sueño la preponderancia de los portugueses en Oriente.

Durante el resto del reinado de Manuel y los comienzos de Juan III, Vasco de Gama permaneció en la obscuridad, y sólo se sabe que, no sin trabajo, se le concedió el título de conde de Vidigueira, y que presidió muchas veces como almirante del Mar de las Indias la organización de las escuadras que partían para Oriente.

Pero en 1524 las cosas iban mal en la India. La corrupción que corroía a los portu-

gueses exigía un rápido cauterio, y, como para ello era preciso un hombre capaz de restablecer en aquellos países el imperio de la disciplina y la moralidad, fué enviado Vasco de Gama con el título y las funciones de virrey.

Comprendiendo la importancia de su misión, el conde de Vidigueira mostró, tanto en los preparativos de la armada como en el viaje, que los años no habían debilitado su energía. Manteniendo siempre en la escuadra la más severa disciplina, Vasco de Gama llegó a la India, y, estando ya próximo a las costas de Malabar, un fenómeno marino sembró el pánico en la flota, dando ocasión a que el nuevo virrey hiciese una vez más alarde de su gran presencia de ánimo y de su valor a toda prueba. Una convulsión submarina agitó las olas e imprimió a los navíos un terrible balance, de suerte que la tripulación de cada buque creía que había chocado contra algún escollo y hacía señales a los otros para que esquivasen aquel supuesto peligro. Pero, cuando echaron de ver que a todas las naves les sucedía lo mismo, y que una causa general y desconocida producía, por consiguiente, aquellas oscilaciones espantosas, los portugueses se consideraron irremisiblemente perdidos. Vasco de Gama, irguiéndose impávido en medio de sus aterrados marineros, gritó con voz firme y sonora, que dominó los ruidos de la tempestad:

—¿Qué os asusta? ¡Es que el mar tiembla delante de nosotros!

Esta fanfarronada sublime devolvió la tranquilidad a todos los ánimos.

Apenas desembarcó demostró que estaba dispuesto a aplicar sin compasión el cauterio a las úlceras que corroían a los dominios portugueses en Oriente, y con energía sólo comparable a los grandes males que debía curar, destituyó a los gobernantes que se habían hecho indignos de serlo, y castigó severamente a los que más habían delinquido, restableciendo así, como se había propuesto, el imperio de la ley y de la moralidad, y preparó después una guerra general contra los negros de Malabar.

Pero si estos cuidados no pudieron doblegar la rigidez de su espíritu, agotaron, sin

embargo, el vigor de su cuerpo, y el ilustre marino, cuyo nombre figura en la lista de los grandes navegantes, junto al de Cristóbal

Colón, murió en Cochin el 25 de diciembre de 1524, en la misma tierra que había conquistado para Portugal.

HERNÁN CORTÉS

En el año 1509, un joven pasajero, procedente de España, desembarcaba en el puerto de Darién, sin objeto determinado, pero ávido de adquirir gloria y fortuna en las frecuentes exploraciones de los países recientemente descubiertos, que la fama pintaba pródigos y ricos hasta el punto de andar el oro con ellos poco apreciado que los guijarros del camino. Aquel joven apuesto, cenecño, de rostro curtido y mirada brillante, no muy alto de estatura, de elegante porte, barba negra cuidadosamente recortada en punta y fino bigote, llamábase Fernando, o Hernando, y más comúnmente Hernán Cortés, y había nacido en Medellín (Extremadura), en 1485, de padres nobles como el rey, según solía decirse, pero casi tan pobres como los pajarillos de los campos. Con todo, los padres de Cortés, que cifraban en el muchacho todas sus ilusiones, le proporcionaron sólida y completa instrucción, haciendo que estudiase *humanidades*, bajo cuya denominación se entendía en aquel tiempo literatura y filosofía, y aun se habría graduado en Derecho y recibido de abogado en la Universidad de Salamanca si su idea fija de marchar al Nuevo Mundo no le hubiera hecho dejar las letras por las armas.

Gracias a la protección de su pariente Nicolás de Obando, gobernador de la isla Española, obtuvo algunos empleos que, desempeñados con acierto, valiéronle honra y provecho, y figuró en algunas expediciones dirigidas a explorar aquellos remotos países.

Formó parte, entre otras, de la que capitaneaba Diego Velázquez, con quien marchó a Cuba, viniendo a sacar de esta bulliciosa empresa dos ventajas: disgustarse con su jefe, de quien se separó, al regresar, con bastante desabrimiento, y adquirir a pesar de eso, en recompensa, una buena concesión de tierras y de indios en Darién.

Casi al mismo tiempo que regresaba a Cuba la expedición a las órdenes de Velázquez, gobernador de la isla, hacía lo propio otra que, al mando de Juan de Grijalba, intrépido soldado y excelente marino, había ido a explorar los mares del golfo de Yucatán, trayendo gran cantidad de oro y la noticia de la existencia en aquellas regiones de un gran imperio, tan rico como civilizado, en el que había ciudades de piedra más extensas que las de Madrid, Sevilla o Toledo, habitadas por un pueblo numeroso, fuerte y trabajador, y donde el oro abundaba de tal suerte que hacía los menesteres y oficios del hierro entre nosotros.

Velázquez, que había ordenado expresamente a Grijalba que se limitase a descubrir sin conquistar ni establecer colonia alguna, le acriminó duramente por haberle desobedecido. Era el gobernador de Cuba muy avaro, ambicioso, suspicaz, altanero y obstinado; y, comprendiendo cuánto podría con ello aumentar su peculio, decidió organizar una expedición para la conquista de un país que tanto y tanto prometía.

Tan pronto como se supo la intención del gobernador, presentáronse muchos a pretender la gloriosa comisión; pero Velázquez se hizo cargo de que para llevar a feliz término tan arriesgada empresa, sólo había un hombre capaz: su intrépido y valeroso enemigo, con el que ya se había reconciliado; el mismo que, estando preso en tierra, más de una vez rompió sus grilletes y escaló murallas, y estándolo en el mar, se arrojó al agua, y a nado ganó la orilla.

Y Hernán Cortés, que a la sazón vivía tranquilo en Santiago de Cuba, en compañía de doña Catalina Juárez, su esposa, a quien la historia califica de *hermosísima*, fué nombrado general de la expedición destinada a la conquista de Méjico.

Sin pérdida de tiempo, el futuro conquistador, vendiendo y malbaratando cuanto poseía, reunió la suma de mil castellanos de oro, con los cuales y algunos auxilios en dinero que le facilitaron sus amigos Andrés Duero y Amador de Lares, organizó rápidamente, y con sclos sus propios medios, la expedición que debía llevar a sus órdenes.

Adquirió once bergantines, tripulados por un centenar de excelentes marineros, que podían fácilmente convertirse en soldados si se ofrecía la ocasión; contrató quinientos cuarenta hombres de armas, trece arcabuceros, doscientos indios de servicio y algunas mujeres para las atenciones domésticas, y compró diez y seis caballos, llevando, además, diez cañones y cuatro falconetes, pequeña artillería, más propia para ofender con el ruido y amenazar con su aspecto que para causar daño positivo al enemigo.

Receloso Velázquez y dando oídos a los envidiosos y descontentos, quiso impedir la marcha de Cortés y quitarle el cargo que él mismo le confiriera. Llegó a noticia del novel general lo que el gobernador meditaba, y, ni tardo ni perezoso, reunió su tropa sigilosamente en el muelle, y con ella, se embarcó, sin esperar a la aurora, el 18 de noviembre de 1518.

Acababa la armada de levar anclas y comenzaba a bogar cuando apareció en el muelle Diego Velázquez y gritó a Cortés, azorado:

—¡Cómo! ¿Os vais así sin despediros?

—Perdonad — repuso el conquistador sin detener su marcha —; urge el tiempo, y hay cosas que son más para hechas que para pensadas. ¿Tenéis alguna cosa que mandarme?

El gobernador de Cuba conocía perfectamente a Cortés, y, sabiendo que por la fuerza nada adelantaría, no se atrevió a replicarle frente a frente.

La expedición se hizo, pues, a la vela, siguiendo el rumbo trazado por Grijalba, e hizo alto en la isla de Cozumel, donde el general pasó revista a sus fuerzas.

Removiendo obstáculos, arrollando a sus enemigos, difundiendo la luz del Evangelio y derribando ídolos, caminó Cortés triunfalmente hacia la capital de Méjico, y entrando

en el río de Tabasco pensó llegar a la ciudad de este nombre, donde creía ser recibido amistosamente como lo fuera Grijalba antes que él. Pero no sucedió así. La actitud de los indios no fué la misma, y recibieron a los expedicionarios en son de guerra. La táctica del ejército mejicano y sus medios de combatir podían ser mejores o peores; pero estaba compuesto de *cuarenta mil hombres* y Cortés sólo contaba con *quinientos cincuenta soldados* de infantería y *diez y seis jinetes*, llevando a sus enemigos la única ventaja de los *trece arcabuces*, y *la artillería menor*, ventaja que casi estaba compensada con las flechas y dardos emponzoñados que los mejicanos arrojaban con stma destreza.

No obstante, el conquistador dió la batalla,



Catalina Juárez

y derrotó a sus enemigos. Los indígenas, aterrorizados por el estruendo y el fulgor de las armas de fuego, especialmente de la artillería, no menos que por el fiero aspecto de los jinetes, que les parecieron monstruos exterminadores, vinieron a mejores tratos, ofreciendo amistad y sumisión a los españoles.

Apresuróse Cortés a tomar posesión de aquellos territorios en nombre del rey de España, y mandó edificar, junto a la costa, la fortaleza de Vera Cruz, principio y fundamento de la ciudad de este nombre.

Entre los capitanes que tenía a sus órdenes había algunos partidarios de Diego Velázquez y envidiosos de los grandes triunfos del conquistador, los cuales, lo mismo en las conversaciones particulares que en el consejo

y en los actos oficiales, tendían siempre a procurar que se abandonara la conquista. La sedición promovida por éstos iba en aumento, y en tan suprema ocasión demostró Cortés todo el valor que atesoraba su corazón, toda la grandeza de su alma y la fe inquebrantable que tenía en su alta misión. Para cortar de raíz las sediciones se dirige al puerto, manda quitar las velas, jarcias y el resto de los aparejos de los buques, y exclama cuando sus órdenes fueron cumplidas :

—¡ Prended fuego a las naves! ¡ No hay



medio de retroceder : adelante o morir!

Y las naves fueron quemadas.

—¡ Viva Cortés! ¡ Vamos a Méjico!—gritaban los soldados.

Prosiguen su marcha los conquistadores ; vencen a los Tlaxcala, que era una república independiente, y los convierten en sus aliados contra Moctezuma, el emperador de Méjico ; escapan casi milagrosamente a la celada que les tienden en Cholula, donde quisieron asesinar a los españoles mientras estuvieron entregados al sueño, y llegan triunfantes a la vista de la capital del imperio. Mcc-

tezuma, sentado en un sillón de oro, colocado sobre unas andas de igual precioso metal, que llevaban cuatro grandes dignatarios, sale al encuentro del conquistador, ante el cual se inclina profundamente, y con él entra en la magnífica capital, población de veinte mil casas y guarnición numerosísima, disciplinada y práctica en las artes de la guerra.

Entretanto, un general del imperio, llamado Cuauhpopoca, atacaba a la escasísima guarnición de Vera Cruz con millares de indios, matando a seis españoles ; y aunque el emperador da al conquistador todo género de satisfacciones, Cortés, suponiéndole en complicidad con el general agresor, «pone por sus manos unos grillos al poderoso Moctezuma y le lleva preso al cuartel de los españoles». Aterrado Moctezuma con aquel golpe de audacia, lo mismo que todos sus vasallos, se deja conducir y ruega a Cortés que proceda como quiera.

Poco tiempo después llegó a Méjico el teniente de Velázquez, Pánfilo de Narváez, seguido de mil cuatrocientos hombres, con objeto de apoderarse de Cortés, llevarlo a Cuba y someterlo al fallo de un Consejo. El conquistador, dejando en la capital parte de sus fuerzas, salió al encuentro de Narváez con sólo doscientos cincuenta soldados, le sorprendió y derrotó sin esfuerzo, haciéndole prisionero, y reunió a sus tropas las del vencido.

Cuando regresó a la ciudad encontróse con la desagradable sorpresa de que los mejicanos, aprovechándose de su ausencia, tenían sitiado el cuartel de los españoles. Entró resueltamente Cortés en la ciudad y comenzó la lucha. En lo más recio de la pelea, Moctezuma se asomó a una ventana para arengar a los suyos, y, en aquel mismo instante, una enorme piedra le dió en la cabeza. Paralizaronse los mejicanos al ver que a sus manos había muerto su emperador, pero rehiciéronse en seguida, y proclamaron a un hermano de Moctezuma, llamado Cuitlahuac.

La sangre volvió a correr a torrentes por las calles de Méjico, y Cortés, que veía caer a sus bizarros soldados, sin poder evitar el destrozo decidió abandonar la ciudad, y, en efecto, lo intentó de noche ; pero, atacado por la muchedumbre en el paso de las lagunas,

sufrió grandes pérdidas antes de salir de Méjico.

Al llegar al anchuroso valle de Otumba encontré Cortés con un ejército enemigo de 40.000 indios, número bastante para arredrar al más temerario; pero el intrépido conquistador dispone su pequeña hueste para batirse con honra. La acción fué breve, pero muy sangrienta; era humanamente imposible que los españoles vencieran a tan numeroso ejército; pero, sabedor Cortés de que los mejicanos consideraban su estandarte real como el emblema del seguro triunfo mientras permanece enhiesto y como señal infalible de



derrota si es abatido, aguija su corcel y, seguido de cuatro o cinco jinetes, todo lo atropella y deshace, llega lanza en ristre al sitio donde se halla el portaestandarte en unas andas de oro, y andas, estandarte y general caen rápidamente sobre el ensangrentado suelo.

La batalla se convirtió en verdadera carnicería; los mejicanos huyeron despavoridos, dejando en el campo muchísimos muertos y millares de prisioneros.

Algún tiempo después el valeroso caudillo recibió algunos refuerzos de España, y, al frente de tres mil soldados y de un cuerpo auxiliar de diez mil hombres que le dieron los tlaxcaltecas, volvió sobre la capital del imperio. Cuítlahuac había muerto, sucediéndole en el trono un sobrino de Moctezuma, llamado Guatimocín.

El nuevo emperador, que era joven y tenía instintos belicosos, se preparó para la guerra; pero fué vencido y hecho prisionero por Cortés, quien, al cabo de tres años de cautiverio y de haberle sometido al tormento, lo mandó ahorcar por haber tomado parte en una conspiración.

El 13 de agosto de 1521, Méjico quedó definitivamente en poder de España; de manera que Hernán Cortés sólo necesitó dos años para hacer su nombre inmortal y dar a su patria un vasto y riquísimo imperio.

Sus conquistas y nuevos descubrimientos valieron a Cortés un título nobiliario, el nombramiento de capitán general de Nueva España, inmensos territorios y un recibimiento triunfal en Toledo, donde le esperaba Carlos V; pero, deseoso siempre de penetrar los secretos del mar y de ganar más gloria para su patria, emprendió nuevas empresas de exploración y conquista, en las que empleó, no sólo la fortuna que poseía, sino hasta el producto de la venta de las joyas de su esposa.

*
* *

Cierto día en que Carlos V salía de su palacio acercóse al estribo de su carroza un caballero de luenga y poblada barba blanca, que en vano había intentado varias veces ser recibido por el emperador. El rey de España se fijó en él, y con acento que heló la sangre del caballero, le preguntó:

—¿Quién sois?

—Un hombre — contestó el interpelado — que os ha regalado más provincias que ciudades os legaron vuestros padres y abuelos.

Aquel caballero era Hernán Cortés que, pobre y desvalido, moría poco tiempo después, el 1547, en Castilleja de la Cuesta, cerca de Sevilla, para vivir eternamente, como dice un historiador, por la fama de sus hechos.

Su cuerpo fué trasladado a América.

FRANCISCO PIZARRO

Son muy imprecisos los datos que se tienen del célebre conquistador del Perú desde la fecha de su nacimiento en Trujillo (Cáceres), hacia 1475, hasta 1509, en que comenzó a figurar en la historia.

Fué hijo bastardo de Gonzalo Pizarro, coronel que peleó en Italia a las órdenes del *Gran Capitán*, hidalgo según unos, y de Francisca González, a la que otros llaman Teresa, mujer de humilde cuna y baja cortesana, al decir de algunos, hija de padres acomodados e hidalgos según opinión más verosímil. Cuéntase que Francisco, al nacer, fué abandonado a las puertas de un templo y dedicado en la niñez por su padre a guardar pjaras de cerdos, y agrégase que ejerció este oficio hasta que, dispersada un día su piara o extraviado uno de los cerdos, no atreviéndose Francisco a volver a su casa se dirigió con unos caminantes a Sevilla y de allí al Nuevo Mundo. Mas sesudos historiadores tienen por fábula este hecho, y la opinión más generalizada es que hizo en Italia sus primeros ensayos militares al lado de su padre, que le destinaba a la carrera de las armas como la más fácil y distinguida en aquella época; pero en lo que todos convienen es que, como hijo bastardo, su educación primaria correspondió a la humilde condición de su madre y que, sólo cuando las necesidades de su profesión le obligaron a ello, aprendió a leer, no llegando a saber escribir nunca.

El amor a las aventuras, propio de su carácter y de su tiempo, le decidió a embarcarse para el Nuevo Mundo, y figuró entre los grandes aventureros que acompañaron al famoso Ojeda en su expedición a Tierra Firme, y al afortunado y desdichado Balboa en el difícilísimo paso del istmo de Darién, y entre los que en Panamá se habían establecido con el cruel gobernador Pedrarias, que hizo decapitar a Balboa.

A los catorce años de servicios en el Nuevo Mundo, y siendo ya uno de los vecinos más ricos de Panamá, brotó en su mente la

idea de buscar nuevos peligros; guiado por noble ambición y asociado a otros dos españoles, llamados Diego de Almagro y Fernando de Luque, sacerdote este último y vicario de Darién, resolvió, con aprobación del gobernador, hacer una expedición al Perú, ofreciéndose cada cual a contribuir con cuanto tuviese para los gastos del armamento. Los planes de Pizarro excitaban la risa general, y los habitantes de la ciudad llamaron *compañía de los locos* a la que formaron aquellos tres hombres animosos, el más joven



Vasco Núñez de Balboa.

de los cuales, Pizarro, pasaba de los cincuenta años. Como éste era el menos rico, fué el encargado de mandar y dirigir la atrevida empresa; Almagro debía proveerla de víveres, municiones y refuerzos, y el sacerdote Luque, que, ejerciendo las funciones de maestro de escuela en Panamá se había enriquecido, costó los primeros gastos, que importaron 20.000 pesos de oro. Pactaron y juraron repartirse entre los tres, por partes iguales, los países que descubrieran y conquistaran, y, provisto de amplios poderes dados por Pedrarias, salió Pizarro de Panamá el 14 de diciembre de 1524 en un solo buque, en el que llevaba 114 hombres y cuatro caba-

llos, y con los cuales se proponía conquistar el mayor imperio del mundo.

Errante en su primera expedición, después de muchas penalidades y trabajos, de enfermedades y muertes y de rudos combates contra los indígenas de Pueblo Quemado, los españoles se retiraron a Chicama, tras una penosa navegación que duró casi tres meses. Allí Almagro se unió a Pizarro con 64 hombres, y los dos caudillos, navegando hasta el río San Juan, sorprendieron una ciudad, cuyo saqueo les valió mucho oro y algunas provisiones.

Estas ventajas fortalecieron el espíritu de los españoles, pero pronto decayeron por efecto de nuevas luchas y abrumadoras fatigas. Las flechas envenenadas de los indígenas y la miseria diezaban a la pequeña tropa española, y fué preciso que Almagro volviera a Panamá a buscar refuerzos. El relato de las calamidades que habían afligido a Pizarro y sus compañeros sembró el desaliento entre los colonos de Panamá; no obstante, Almagro logró alistar 80 hombres y obtuvo armas y caballos; pero, como en estas gestiones empleara varios meses, cuando volvió a unirse con Pizarro, éste se hallaba en la situación más triste y desesperada en una isla desierta, con sólo trece hombres, todos extenuados, luchando con las agonías del hambre.

Con aquellos refuerzos continuó Pizarro sus descubrimientos, y, a los veinte días de navegación, ancló en Túmbez, ciudad peruana y gobernada por Huaina-Cápac, el cual, asustado a la vista del navío y de aquellos hombres blancos y barbudos, a los que juzgó seres divinos, ofreció todo género de presentes a los europeos y la más generosa hospitalidad.

Prosiguió el extremeño recorriendo el país, siendo en todas partes muy bien acogido por los indígenas, y, cediendo a las instancias de los suyos volvió a Panamá, después de un viaje de tres años, confiando en que la riqueza de los vasos y telas que había adquirido le proporcionaría auxilios para realizar la conquista.

Pero se engañó; en Panamá encontró ruda oposición, pues el gobernador no quería expo-

ner a nadie a los peligros de una conquista incierta, y entonces la *compañía de los locos* resolvió dirigirse al emperador Carlos V, rey de España. Tomó Pizarro a préstamo la cantidad necesaria para el viaje y regresó a su patria.

Carlos V, que a la sazón se hallaba en Toledo, le acogió muy afablemente, y después de oír la viva pintura que le hizo Pizarro, ocultando sus desdichas y las de sus compañeros, de los países que había hallado y de las riquezas que encontrara, no sólo le prestó



Atahualpa.

auxilios, sino que le hizo caballero de Santiago, le nombró gobernador y capitán general de 200 leguas de costa en Nueva Castilla (que así se llamaba entonces el Perú), con el título de Adelantado de la tierra, dignidad esta última que Pizarro se había comprometido a solicitar para su compañero Almagro, y que pidió para sí con tanto exceso de ambición como falta de nobleza. Don Fernando de Luque fué nombrado obispo de Túmbez y protector general de los indios.

Volvió Pizarro al Panamá, acompañado de cuatro hermanos suyos, e indignado justamente Almagro con la deslealtad de su compañero, no se reconciliaron los antiguos asociados sin que se obligara Pizarro a obtener para aquél una gobernación igual a la suya.

De Panamá volvió a salir Pizarro para llevar a cabo la conquista en enero o febrero de

1531 con tres naves en las que iban 180 infantes y 37 jinetes; pero cuando ancló en Túmbez, lejos de hallar la hospitalidad de la vez primera, no halló sino disposiciones muy hostiles, porque habían llegado a conocimiento de aquellos habitantes las rapacidades cometidas por los españoles en otros puntos.

El conquistador tuvo que emplear la fuerza, y con una marcha rápida y violenta a la sombra de la noche, sorprendió al ejército enemigo que mandaba el cacique de la provincia, y haciendo evolucionar a los jinetes que, en el Perú como en Méjico, tomaban por monstruos, ahuyentó a los enemigos poseídos de terror.

El imperio de los Incas, o hijos del Sol, al que adoraban, estaba regido a la sazón por el emperador Atahualpa, que había vencido y despojado a su hermano Huascar en guerra civil.

Avanzó Pizarro desde Túmbez, y no tardó en hallar al ejército peruano, mandado por el propio Atahualpa y formado por 30.000 hombres, según unos historiadores, por 80.000 y aun por 110.000 combatientes, al decir de otros. El rey pidió una entrevista a Pizarro, y celebróse en Cajamarca, presentándose el Inca con toda la pompa de un gran soberano.

Mas, en esta especie de parlamento pacífico — dice un historiador —, so pretexto de haber menospreciado el Inca los símbolos del cristianismo que le presentó el dominicano Valverde, dió Pizarro la orden de ataque. Al fuego y ruido de los mosquetes y al aspecto de la caballería española, diéronse a huir aterrados los indios; la muerte, sin embargo, los alcanzaba, enviada por los arcabuces de los infantes y las espadas de los jinetes. Pizarro se precipita sobre los que aun defienden a su rey, rompiendo hasta llegar a Atahualpa, a quien hizo prisionero, asíéndole de un brazo.

Tal fué la batalla que, sin nuevos combates, aseguró a España el dominio del Perú.

Preso Atahualpa, ofreció por su libertad cro bastante para llenar hasta cierta altura la sala que le servía de prisión, y, que era una pieza de 22 pies de largo por 16 de

VIDAS. — 6

ancho. Para convencer al vencedor de la posibilidad que tenía de cumplir dicho ofrecimiento, le rogó que enviase algunos españoles a Cuzco, ciudad situada a 200 leguas de Cajamarca. Allí fueron enviados seis castellanos, y la sorpresa que experimentaron a la vista de tantos tesoros sólo puede compararse a los excesos que cometieron contra aquellos aterrados indios los españoles que luego les siguieron.

Por aquellos días llegó Almagro al Perú con 200 soldados y reclamó su parte del botín, pero los Pizarro ocultaron la mayor parte, y éste fué el origen de las discordias que habían de tener tan sangriento desenlace. Satisfizo Atahualpa su rescate, que ascendió a 4.800.000 ducados; pero de nada le valieron al infeliz emperador sus sacrificios, pues denunciado como autor de una conspiración horrible, sometióse a un tribunal que le condenó a ser quemado vivo. Lágrimas, ruegos, ofrecimientos, todo lo empleó en vano el prisionero; lo único que hizo Pizarro fué conmutarle la pena de hoguera por la de garrote, y eso porque había accedido a bautizarse.

Ahorcado Atahualpa, sobrevino la anarquía y la destrucción de su imperio. Los peruanos, a cuya cabeza se puso el Inca Manco-Capac, decidieron librar a su país de invasores, y en todas partes eran degollados los destacamentos españoles que cobraban los tributos en las provincias. «Un ejército de 200.000 insurrectos se dirige atacar a Cuzco, otro casi igual acomete a Lima. De los tres hermanos Pizarro, que defendían a Cuzco, Juan, Fernando y Gonzalo, el primero muere de una pedrada, los otros dos son acorralados en un barrio de la ciudad. Todas las partidas que el *marqués* Pizarro envía en su socorro, son acuchilladas en el camino, y él tiene harto que hacer con atender a Lima. Por fortuna llega al valle de Jauja, con un refuerzo considerable Alfonso Alvarado, hermano del gobernador de Guatemala, y con su auxilio logra el intrépido conquistador derrotar a los indígenas.

Pizarro, que había fundado en un valle agradable y fértil la ciudad de Lima, que hizo centro de las conquistas y la residencia

de su gobierno, había recibido el título de marqués de Charcas, confirmándosele en el gobierno de Nueva Castilla y extendiéndose su jurisdicción a otras setenta leguas. A Diego de Almagro, además del título de Adelantado, se le confió el gobierno independiente del gran territorio de Chile, que aun no había sido conquistado. Estos nombramientos fueron causa de que estallara otra vez la discordia entre los dos capitanes; sin embargo, Almagro, que había emprendido la exploración y conquista de Chile, sabedor del apuro en que se hallaban los Pizarro en Lima y Cuzco, cercados por los indígenas, volvió apresuradamente y trabajó con buen éxito en la obra de pacificación; y Pizarro, que sólo veía en su antiguo compañero un peligroso y odiado rival, hízole ahorcar, y mandó a España a su hermano Fernando para que le justificase ante el rey. Entretanto, continuó Pizarro su política de hostilidad contra los almagristas, confiscándoles sus bienes y destituyendo a todos los oficiales, con lo cual aumentó el enojo y el número de sus enemigos, que conspiraron contra la vida del marqués.

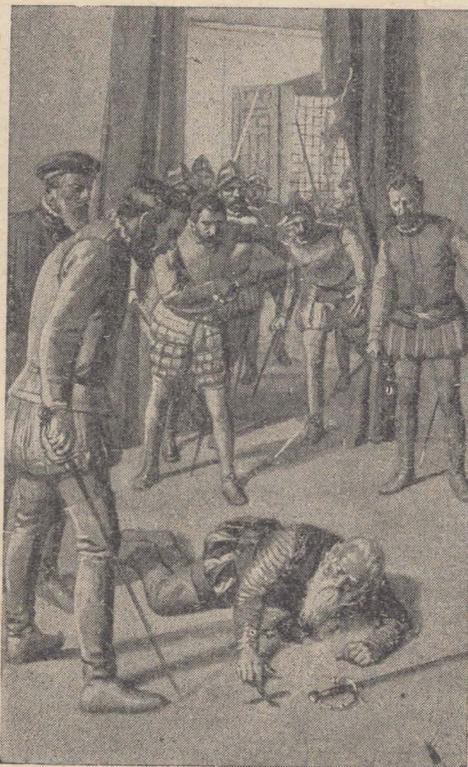
Por diversos conductos supo Pizarro lo que se preparaba, pero no tomó la menor precaución, confiado en el terror que su nombre inspiraba.

Mas, el 26 de junio de 1541, hallábase el marqués gobernador en uno de los salones en tertulia con varios amigos, cuando entró un paje gritando:

—¡Los de Chile vienen a matar a mi señor!

Al oír estas palabras huyeron todos los que acompañaban a Pizarro; sólo quedaron a su lado su hermano, Martín de Alcántara, Juan Ortiz de Zárate y dos pajes.

Los almagristas, capitaneados por Juan de Rada, alma de la conspiración, penetraron repentinamente en el palacio.



Al oír estas palabras huyeron todos los que acompañaban a Pizarro; sólo quedaron a su lado su hermano, Martín de Alcántara, Juan Ortiz de Zárate y dos pajes. Los almagristas, capitaneados por Juan de Rada, alma de la conspiración, penetraron repentinamente en el palacio. Pizarro, a pesar de sus años, se batía con los bríos de la mocedad y los conjurados no lograban pasar el umbral de la puerta de la sala, defendida por el marqués y sus cuatro compañeros; pero, en el momento en que Pizarro hería a uno de sus enemigos, empujado sobre él por Rada, el caballero Martín de Bilbao dió en el pecho una estocada al conquistador del Perú, que sólo pudo proferir: ¡Jesús! Al caer hizo con el dedo una cruz de sangre en el suelo, y la besó. Uno de los conjurados, Juan Rodríguez Barragán, le rompió en la

cabeza una garrafa de barro de Guadalajara, y Pizarro expiró.

Por la noche, dos humildes servidores del marqués sacaron el cuerpo ensangrentado y diéronle sepultura en el terreno que hoy ocupa la catedral de Lima, y bajo el altar mayor de dicha catedral permanecieron conservados los restos del conquistador del Perú, encerrados en un cajón forrado de terciopelo con broches de oro, hasta el año 1884, en que fueron trasladados a la capilla de los Virreyes.

CERVANTES

Ocho poblaciones se disputaban la honra de ser patria del inmortal autor de *Don Quijote*: Sevilla, Madrid, Lucena, Toledo, Esquivias, Consuegra, Alcalá de Henares y Alcázar de San Juan; pero documentos irrecusables, no puestos ya en duda por nadie, demuestran que Miguel de Cervantes Saavedra nació en Alcalá de Henares (Madrid) y fue bautizado en la iglesia de Santa María la Mayor el 9 de octubre de 1547, año de su nacimiento.

Nobilísima y preclara estirpe era la de Cervantes que desde Galicia, se trasladó a Castilla, y ya sonaba en la Historia en tiempos de Fernando III; pero, al nacer el príncipe de los escritores españoles, su familia había decaído de su antiguo esplendor y sus padres se hallaban tan faltos de recursos que, de no haber fijado su residencia en Alcalá de Henares, famosa por su Universidad, Miguel no hubiera podido recibir la educación que le correspondía por su clase.

No por esto se ha de creer que cursó estudios en aquellas aulas, pues los contemporáneos, émulos de Cervantes, le llaman *ingenio lego*, lo que en el lenguaje de la época quería decir que, aquel a quien así se calificaba, no había pisado las losas de la Universidad; sin embargo, es de presumir que en dicha culta ciudad comunicó, sobre asuntos literarios, con personas entendidas y nutrió su espíritu por medio de la lectura, el estudio y la reflexión.

Desde su más tierna edad manifestó grandes disposiciones para el estudio y extraordinaria afición a las Letras. Cuenta él mismo que, siendo muchacho, recogía, para leerlos, todos los papeles que encontraba en la calle y que no había para él mayor encanto y entretenimiento que el asistir a alguna representación de las comedias de Lope de Rueda, por alguna compañía de la legua que pasara por la ciudad.

A los veinticinco años de edad, Cervantes, que empezaba a ser conocido en la repú-

blica de las letras, cambió de pronto el ejercicio de la Poesía por las funciones de camarero de un príncipe de la Iglesia y abandonó su patria. Se ignoran aún las causas que pudieran determinarle a esta resolución: dicen unos que el legado del Papa, Acquaviva,



Lope de Rueda.

admirando al joven poeta por su elegía con motivo de la muerte de la reina Isabel de Valois, le tomó a su servicio; sostienen otros que la pobreza de su familia le obligó a buscar fortuna; y aseguran algunos que tuvo que expatriarse huyendo de la justicia que le condenó en rebeldía por ciertas heridas causadas a un tal Antonio de Segura; pero, cualesquiera que fueren los motivos, lo cierto es que en 1570 Cervantes se hallaba en Roma desempeñando las funciones de camarero del cardenal Acquaviva.

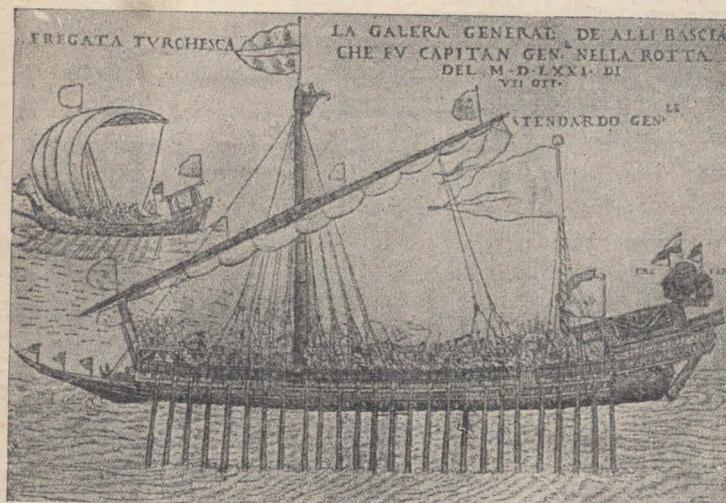
Dado su espíritu observador, su residen-

cia en Roma debió serle muy provechosa, pues Italia había alcanzado el mayor grado de cultura y en el palacio del cardenal se reunían los más esclarecidos ingenios y trató a varios literatos; pero, tan modesto y pacífico empleo no podía satisfacer a quien tenía

compañeros y jefes que querían disuadirle, les decía:

—En cuantas ocasiones de guerra se han ofrecido hasta hoy a Su Majestad, he servido como buen soldado; y así, ahora no haré menos, aunque esté enfermo y con calenturas.

Levantóse del lecho, tomó parte, como deseaba, en la sangrienta lucha, y, en lo más recio del combate, recibió dos heridas de arcabuz en el pecho, y otra, además, que le destrozó la mano izquierda, dejándole manco para toda la vida. Esto, empero, no le impidió hacer el resto de la campaña contra los turcos: después de curado en el hospital de Gaeta, tomó parte en la expedición contra Túnez, dirigida por el mismo don Juan de Austria, y continuó en el ejército, incorporado en el tercio de Figueroa, recorriendo toda Italia, hasta que, al fin, en 1575, provisto de buenas car-



Batalla de Lepanto, el 7 de octubre de 1571. —Fragata turca y galera capitana con la insignia del almirante otomano.

más altas y nobles ambiciones, a quien estaba ávido de gloria y soñaba con la inmortalidad, y, despidiéndose del cardenal, al que siempre recordó con afecto, alistóse primero bajo las banderas pontificias y después en las filas españolas, acreditando muy pronto su bizzarria combatiendo en el tercio del famoso guerrero don Miguel de Moncada, en la compañía mandada por el capitán Diego de Urbina. El año siguiente (1571), cuando los progresos de los turcos obligaron al Papa a proclamar casi una nueva cruzada; cuando los venecianos solicitaron contra el sultán el auxilio del poderoso monarca de las Españas, y el propio pontífice unió su escuadra a las de Venecia y España, mandadas por don Juan de Austria, Cervantes pasó a bordo de la galera *La Marquesa*, que desempeñó un papel tan importante en la gloriosa batalla de Lepanto, pues fué la que abordó a la nave capitana turca. Cervantes yacía en un camarote de la galera con fiebre muy alta, pero, llegado el momento de pelear, solicitó de Diego de Urbina el puesto de mayor peligro, y a los

tas de recomendación de sus jefes, partió para España en compañía de su hermano, Rodrigo de Cervantes, y de varias personas de cuenta.

Embarcaron en Nápoles en la galera *Sol*, que el 26 de septiembre de aquel año fué apresada por las galeras argelinas, que hicieron esclavos a todos los cristianos que iban a bordo de la nave española.



Don Juan de Austria.

Cervantes pasó en el cautiverio los cinco mejores años de su mocedad; su vida en Argel fué una verdadera epopeya: trató varias veces de evadirse, y aquellas tentativas de evasión que revelaban una audacia

incomparable, manifestaban, al mismo tiempo, toda la grandeza de alma del inmortal escritor, pues habiéndose malogrado todas, Cervantes asumió exclusivamente la responsabilidad de ellas; pero; por fortuna, el arráez Dali Mamí, a quien tocó en suerte en el reparto de esclavos, respetó siempre su vida, aunque no dejara de tratarlo con rigor, pues, engañado por las cartas de don Juan de Austria y del duque de Sessa que se hallaron a Cervantes, supuso que era una persona de calidad y que obtendría por él un gran rescate.

Entretanto, su pobre familia hacía los mayores esfuerzos para reunir la suma necesaria para el rescate, no sólo de Miguel, sino también de su hermano Rodrigo. Envió, por fin, a Argel, la cantidad que pudo conseguir, pero como no bastara para el rescate de ambos, Cervantes, siempre generoso, quiso que fuera redimido su hermano.



Duque de Alba.

Algún tiempo después llegó a Argel el religioso trinitario fray Juan Gil, dedicado a la redención de cautivos, y, tras no pocos esfuerzos y dificultades, logró que recobrase la libertad el futuro autor de *Don Quijote*, que llegó a España el 18 de septiembre de 1580, después de cinco años de cautiverio.

Felipe II se hallaba a la sazón en Portugal, nuevo reino que le acababa de conquistar el duque de Alba, y Cervantes se dirigió a Lisboa no solo para solicitar del rey una recompensa por sus servicios, sino también para alistarse en su antiguo tercio, que era el que mandaba Lope de Figueroa, y que formaba parte del ejército conquistador. Con dicho tercio embarcó Cervantes a bordo de la escuadra del marqués de Santa Cruz, asistió a la batalla naval de Vilafranca del Campo y a la conquista de las Azores y, des-

pues de quince años de vicisitudes y adversidades, volvió a España a fines de 1583, cogió para siempre aquella espada que le había dado honra muchísima, pero trabajos infinitos sin provecho alguno, y, desvanecidas las probabilidades de fortuna por medio de la carrera de las armas, volvió a las predilecciones literarias de su juventud, que nunca abandonó por completo, y decidió escribir para el público, dando a la estampa *La Galatea*.

Por entonces, es decir, en 1584, Cervantes contrajo matrimonio con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, que hasta su muerte fué una compañera afectuosa, delicada y fiel, y el matrimonio fijó su residencia en Esquivias, pueblo situado cerca de Madrid, donde vivió muy modestamente, porque no daban lugar a otra cosa la dote de la mujer ni los recursos del marido.

Cervantes frecuentaba la capital para cuidar de la representación de sus obras dramáticas, que tenían muy escaso éxito, y atender a los negocios de comisiones en que intervenía para ganarse la vida; pero, como éstos no le daban los medios de subsistir, y la industria de escribir era entonces más estéril que en nuestros días, en 1589 solicitó de Felipe II que, en atención a los servicios prestados, le concediese algún destino en las Indias Occidentales. Pero, ¡qué le importaban a Felipe II los mutilados de Lepanto y los héroes de Argel! Cervantes obtuvo, empero, de don Antonio Guevara, superintendente en Sevilla de las escuadras que salían para las Indias, el cargo de comisario de provisiones de la Armada, destino que daba mucho trabajo y muy poca honra y provecho, y al que, al fin, hubo de renunciar. Volvió el inmortal escritor al oficio de pretendiente, y se le otorgó una comisión en el consejo de Contaduría Mayor para la cobranza de ciertas cantidades que, procedentes de tercios y alcabalas, debían varios pueblos del reino de Granada; y como Cervantes era más poeta que matemático, tenía un corazón bondadoso y se dejaba engañar como su héroe don Quijote, fué reducido a prisión a causa de la quiebra de un negociante de Sevilla, que no pudo satisfacer al Estado las sumas que adeudaba y de las

cuales se hizo responsable a Cervantes en virtud del cargo que desempeñaba.

Desde 1598 a 1603 no se tienen datos fidedignos de la vida del Príncipe de los ingenios españoles; lo único que está fuera de duda es que todo ese tiempo residió en la Mancha, y que allí terminó la primera parte de *El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, que había comenzado estando en la cárcel y que publicó en 1604.

La obra inmortal tuvo un éxito brillantísimo, y Cervantes, que durante once años había permanecido en la obscuridad, resplandeció de nuevo a los ojos de España y del mundo entero, pues el *Don Quijote* no tardó en ser traducido a varios idiomas.

Pero la publicación de la obra que inmortalizó su nombre y la de sus obras sucesivas no sacaron a Cervantes de la pobreza, y en los últimos años de su vida, enfermo ya de cruel hidropesía, tuvo que luchar con la mi-

seria y mendigar una limosna del inquisidor don Bernardo de Sandoval para no morir de hambre.

Y el 23 de abril de 1616 murió pobremente el gran escritor, uno de los mayores genios de los siglos XVI y XVII, uno de los hombres más populares del mundo entero que, como Homero o Shakespeare, con su inspiración prodigiosa crearon criaturas inmortales, profundamente humanas y verdaderas.

Después de su muerte, la misma patria que le despreció levantó estatuas, erigió monumentos y rinde culto a la memoria del autor de *Don Quijote*, la joya más preciada de la literatura española, una de las más admirables creaciones del espíritu humano, la obra inmortal que ha conquistado al mundo entero, que, con la Biblia, es la que se ha traducido a más idiomas distintos y ha hecho merecedor a quien la escribió del glorioso dictado de *Príncipe de los ingenios españoles*.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

De familia nobilísima de Santander, descendiente de los ricoshombres de Castilla, Francisco de Quevedo nació en Madrid en el mes de septiembre de 1580. En tierna edad perdió a su padre, y algún tiempo después, cuando su educación no estaba aún terminada, falleció también su madre, que pertenecía a la alta servidumbre de la infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II, quedando el poeta bajo la tutoría del protonotario de Aragón, Agustín de Villanueva.

En la Universidad de Alcalá de Henares aprendió Quevedo el griego y el latín, y estudió con tanto ardor las lenguas arábiga, hebrea, francesa e italiana, que llegó a poseerlas con admirable perfección. Aun no contaba quince años cuando fué graduado en Teología, y a los veintitrés era la admiración de sus maestros, de sabios doctos, de famosos humanistas españoles y extranjeros, y un verdadero polígrafo, pues era versado en los derechos civil y canónico, matemáticas, astronomía, medicina y filosofía natural. Mariana, en sus más delicadas tareas literarias,

le confiaba el examen y corrección de los textos hebreos, por la seguridad que tenía de sus grandes conocimientos en este idioma. Conoció también Quevedo, como pocos, la Moral y la Política, desde el punto de vista científico, y, a medida que crecieron los sinsabores e infortunios de su azarosa vida, dedicó especial atención a la lectura de los Santos Padres y de la Sagrada Escritura, que le permitieron escribir notabilísimas obras teológicas y morales.

En su juventud dejósese llevar de su afición al cultivo ameno de la poesía, y dieron fama al novel ingenio sus letrillas por el donaire, desenfado mordicante y riqueza de los chistes picarescos. Desgraciadamente, el amor, que hubiérale inspirado, sin duda, cantos dulcísimos, sublimes, sólo le dió ocasión a cuchilladas, pendencias, escándalos y prisiones, porque, cursando en las escuelas, alternando con estudiantes y pícaros y nobles estragados, falto de los cuidados de una madre, perdió el sentido de castidad, y el amor no fué para él más que una violenta necesi-

dad sensual, y, por satisfacerla, no retrocedía ante nada ni ante nadie.

Referir los lances que tuvo a causa de esto sería el cuento de nunca acabar. Muchacho y estudiante en Alcalá, hirió de muerte a un compañero que censuró sus actos ;



Pedro Téllez de Girón.

en Italia ultrajaba a los maridos y los hería en duelo después. A los cincuenta y nueve años, creía poder bizarrear como en su juventud.

A las puertas de la iglesia de San Martín, en Madrid, después de furiosa lucha, mató a un hombre que había abofeteado a una mujer hermosa. De sus aventuras en España escapó afortunadamente de cadenas y calabozos ; pero una de ellas fué causa de la persecución que le llevó al sepulcro.

Quevedo tenía entrada en palacio, amistad con palaciegos y nobles, y trato con el estado llano y la plebe ; pero, sobre todo, trabajó especial amistad con don Pedro Téllez de Girón, duque de Osuna, que en 1609 regresó de las campañas de Flandes, y, al año siguiente, era nombrado virrey de Sicilia. Acaso los negocios domésticos o las resultas del desafío de la iglesia de San Martín, pues el muerto pertenecía a una familia poderosa, obligaron a Quevedo a retirarse a la Torre de Juan Abad, de donde pasó a Sicilia, para reunirse con el duque de Osuna, con quien compartió las fatigas del mando, acompañándole en el riesgo, encaminando con sus

sabios consejos los instintos generosos del virrey y templando con su gracejo la violencia del carácter de su amigo. Dos años después (1615), el Parlamento de Sicilia le eligió embajador ante Felipe III. Quevedo hizo el viaje por mar hasta Marsella, donde desembarcó felizmente, pero en Montpellier fué preso por los hugonotes, que al cabo de tres días le soltaron y padeció tres prisiones más antes de entrar en España y llegar a Burgos, donde se encontraba la corte. Gracias a sus artes consiguió Quevedo no sólo para sí la merced de una pensión de 400 ducados en premio a sus servicios en Sicilia, sino el nombramiento de virrey de Nápoles a favor del duque de Osuna, el recto gobernante que mereció el sobrenombre de *el Grande*.

Regresó a Nápoles el gran escritor, y junto con el nuevo virrey recorría las calles, visitaba las cárceles, inspeccionaba los tribunales, examinaba las causas de los encarcelados, oía sus quejas, proponía recompensas y castigos, descubría fraudes, beneficiaba al tesoro público con inmensas cantidades y cautivábase en su interés el ánimo de su amigo, a la vez que ganaba fama entre los soldados.

Deseoso el duque de Osuna de abatir el insoportable orgullo de Venecia, solapada enemiga de España, encomendó a Quevedo la misión delicadísima de trasladarse, con el mayor secreto, a Venecia para estudiar con nuestro embajador los medios de



Conde-duque de Olivares.

asegurar la tranquilidad de Lombardía y salvar nuestros intereses. Quevedo llegó disfrazado a Venecia, pero las autoridades tuvieron noticia de su llegada, y, temiendo por la libertad de la República, mandaron ahorcar a muchos extranjeros sacrificando más de 600 víctimas. Con hábito y ademanes de mendigo,

todo haraposo e imitando con arte sumo el acento italiano, se escapó Quevedo de los esbirros que le perseguían para matarle; entre ellos estuvo, y ellos le observaron sin sospechar que era el extranjero a quien había mayor interés en capturar. El Senado tuvo que contentarse con quemar en efígie a Quevedo, mientras éste, salvando mil peligros, llegaba a Nápoles, y los venecianos le llamaron *nigromante* y publicaron contra nuestro escritor un libelo plagado de calumnias y de maldades.

Las intrigas del duque de Uceda enfriaron la amistad del duque de Osuna con Quevedo; pero cuando aquél, desposeído de su cargo,



Felipe III. 3

calumniado y sometido a un proceso, volvió a España, el gran escritor se puso resueltamente de su parte, diciendo con verdad que «don Pedro Téllez de Girón era ministro tal, que nunca tuvo otro más grande España», y esto le valió ser encerrado en Uclés, y después recluso en la Torre de Juan Abad, donde permaneció hasta la muerte de Felipe III. Allí aliviaba la soledad de su encierro con las Ciencias y las Musas; allí escribió las poesías más burlescas y de mayor chanza que hay en sus obras y describió la deshecha borrasca de los favoritos del rey y terminó sus *Sueños*.

El conde-duque de Olivares, favorito del nuevo rey Felipe IV, llamó a Madrid al gran poeta, que también le había hecho blanco de sus sátiras, y le ofreció puestos tan importantes como el de embajador en Venecia; pero Quevedo los rehusó, aceptando, en cambio, el cargo de secretario del rey.

Excitado a escribir una comedia para obsequiar a los reyes en la noche de San Juan, compuso la titulada *Quien más miente me-*

dra más, salpimentada de pullas contra el matrimonio. Representóse la comedia, que irritó a las damas de Palacio, las cuales se conjuraron para vengarse de Quevedo casándole; pero el gran poeta se defendió con sumo valor y sagacidad. Buscaron las damas en su apoyo algún marido pacífico, pero les desconcertó el poeta con los terribles fuegos de la *Sátira del matrimonio*: la esposa del conde-duque de Olivares señaló a Quevedo, como en burlas, muy estrecho plazo para casarse y se brindó a buscarle novia, dejando al arbitrio del sabio escritor la elección de las prendas que habían de adornarla, y fueron tales las calidades que donosamente señaló Quevedo, que la mujer del favorito del rey hubo de renunciar a su empeño.

Mas lo que no pudieron conseguir las intrigas y conjuras femeninas lo alcanzó la modestia y la virtud de doña Esperanza de Aragón y de la Cabra, a quien conoció Quevedo en Cetina, y de la cual quedó tan prendado que hizo cuanto pudo para apresurar la fecha de su casamiento. Desgraciadamente, aquella unión fué muy corta: a los ocho meses de matrimonio, hallándose Quevedo en la Torre de Juan Abad, a donde le llamaron de Cetina graves asuntos, recibió la triste nueva de la muerte de su esposa, golpe que desgarró su corazón, porque, decía, «no esperaba hallar otra esperanza».

Entretanto, la popularidad inmensa que había alcanzado el sublime poeta sublevó al servil rebaño de malos escritores que, con toda la ceguera y maldad de la envidia, se propusieron causar su ruina, motejándole de glotón y borracho, de miserable avariento, de enemigo de frailes y hasta de ateo, y pidiendo a la Inquisición que hiciese perecer en el patíbulo a un hombre semejante; pero la Inquisición no sólo respetó la vida del poeta, sino hasta sus obras, que se hicieron más populares y se vendían como pan bendito, pues España miraba a nuestro escritor como a su hijo predilecto.

Mas en los primeros días de diciembre de 1639, al sentarse a la mesa el conde-duque de Olivares, halló en la servilleta un *Memorial* en verso que denunciaba los males públicos y solicitaba la medicina. Se supuso

que lo había escrito Quevedo, y Olivares, creyéndose perdido, decretó el exterminio del poeta. Hallábase éste entregado al estudio, en la noche del 7 de diciembre de dicho año, cuando penetraron sigilosamente en su domicilio dos alcaldes de corte, le registraron, tomaron las llaves de su hacienda, y sin permitirle tomar nada, ni aun la capa, aunque he- labra horriblemente, le hicieron entrar en un coche cerrado y lo condujeron al puente de Toledo, donde esperaba una litera con famoso cortejo de alguaciles y corchetes. Sus guardianes, compadecidos, le hicieron la limosna de un ferreruelo de bayeta, dos camisas y dos calzas de paño y le llevaron al convento Real de San Marcos, extramuros de la ciudad de León. El pretexto de que se valió el conde-duque para consumar la ruina de Quevedo fué el de que estaba el satírico vendido a los franceses.

Olivares preguntó al preso, de un modo particular y amistoso, cuáles eran las suyas y cuáles no entre las sátiras que circulaban por la corte, y Quevedo señaló todos sus epigramas, por ofensivos que fuesen.

—Mas Vuestra Excelencia es cauto—añadió— y no dirá al juez lo que yo dije al amigo.

Furioso el conde-duque, hizo que de un piso alto bajase el poeta a un obscuro y húmedo calabozo, abierto debajo de tierra y de un río, donde el gran escritor estuvo a

punto de perecer de hambre y de frío. Además, abierta una pierna y, por la humedad, canceradas tres heridas, no tuvo cirujano, y hubo de cauterizarlas con sus propias manos.

Cuatro años después caía el conde-duque de Olivares, y Felipe IV, a instancias del duque de Medinaceli, devolvía la libertad

al anciano poeta.

Preso del desaliento y del cansancio, *doliéndole el habla y pesándole la sombra*, trasladóse Quevedo a la Torre de Juan Abad, con la esperanza de hallar algún alivio en aquel clima templado; pero un invierno tan riguroso como jamás se había conocido aumentó su dolencia y, en busca de médicos y medicinas, se hizo trasladar a Villanueva de los Infantes, donde murió el 8 de septiembre de 1645.

«En la lucha contra las preocupaciones—dice un biógrafo—, agotó Quevedo sus fuerzas, siendo ésta la causa de la amargura, despiadada y, a veces, poco decorosa sátira que salía de su pluma, y a la cual ha debido que por mucho tiempo se viera en él no más que un bufón. Así le considera todavía el vulgo, atribuyéndole todo chiste u ocurrencia liviana, lo que equivale a convertirle en una especie de personificación legendaria de la sátira; pero Quevedo fué grande en todo: en lo serio como en lo festivo, y en la sátira no aparece con mérito superior al de sus trabajos de moralista, filósofo y político.»



LOPE DE VEGA

El 25 de noviembre de 1562 y en el número 82 de la calle Mayor, que entonces se llamaba puerta de Guadalajara, nació en Madrid Félix Lope de Vega Carpio, uno de los más célebres y grandes poetas y escritores españoles, apellidado con justicia el *Fénix de los Ingenios*.

El doctor Juan Pérez de Montalbán, amigo, discípulo y panegirista del excelso poeta, comienza así la biografía del gran dramaturgo :

«Félix de Vega y Francisca Fernández, pertenecientes ambos a la nobleza, fueron los felices padres del doctor Fray Lope de Vega Carpio, el prodigio del universo, la gloria de la nación, el lustre de la patria, el oráculo de la lengua, el centro de la fama, el punto de mira de la envidia, el cuidado de la fortuna, el fénix de los siglos, el príncipe de los versos, el Orfeo de las ciencias, el Apolo de las musas, el Horacio de los poetas, el Virgilio de la epopeya, el Homero de la poesía heroica, el Píndaro de los líricos, el Sófocles de los trágicos y el Terencio de los cómicos».

Según refiere el mismo Lope en carta dirigida a una ilustre dama—*Poética Amarillis*—, su padre, enamorado de una joven, abandonó el valle de Carriedo y su casa solariega del pueblo de la Vega, en Santander, para seguir los impulsos de su pasión pecaminosa ; pero la esposa, ardiendo en celos, fué detrás de su marido, reconciliáronse en Madrid, donde establecieron su residencia, y, nueve meses después, vino al mundo el gran poeta.

A los cinco años, refiere el citado Montalbán, Lope de Vega leía en romance y en latín, «y era tanta su inclinación a los versos que, mientras no sabía escribir, repartía su almuerzo con los otros mayores para que le escribiesen lo que el dictaba».

En el colegio Imperial de la Compañía de Jesús estudió Gramática y Retórica durante dos años ; tomó también lecciones de

Matemáticas, y no tenía aún once años cuando escribió una comedia. A los doce años poseía todas las artes del galán : danzar, cantar y manejar la espada.

Habiendo perdido a su padre cuando presumía de mozo, Lope, deseoso de correr mundo, púsose de acuerdo con su amigo Hernando Muñoz, muchacho también de gran ingenio, y juntos marcharon a pie y escasos de dinero a recorrer varias provincias de España.

Llegaron a Segovia, rendidos de fatiga, compraron allí un borriquillo y, haciendo vida de bohemios, decidieron continuar sus aventuras ; pero no contaron con la huéspeda, que en aquella ocasión fué un platero, al que propusieron el cambio de unos doblones y la venta de una cadena de oro. El platero los denunció, y los dos muchachos — Lope tenía 14 años y Muñoz era de su misma edad — cayeron en manos de la justicia, la cual los devolvió a Madrid a sus padres, sin que los aventureros hubieran podido visitar más que la Bañeza y Astorga.

Algunos biógrafos dicen, y él mismo lo da a entender en una de sus comedias, que al año siguiente, o sea a los quince años, Lope se hallaba en las islas Terceras, archipiélago de las Azores, militando bajo las banderas de España ; pero esta aserción no tiene más fundamento que algunas palabras algo obscuras del gran dramaturgo, y puede reputarse errónea, tanto más cuanto aquel mismo año Lope de Vega era paje familiar de don Jerónimo Manrique, obispo de Ávila, a quien había dedicado varias composiciones pastoriles.

Bajo los auspicios de ese prelado, Lope entró en la Universidad de Alcalá de Henares, donde cursó cuatro años Filosofía hasta graduarse de Bachiller.

Terminados sus estudios, el ya notabilísimo poeta volvió a Madrid a los veinte años de edad, para servir de secretario al duque de Alba, nieto del famoso general

que durante el reinado de Felipe II tanto se distinguió en los Países Bajos.

Disfrutó con el duque de gran favor y privanza, y por complacerle compuso *La Arcadia*, enigma misterioso, poema admirable en el que, bajo las humildes apariciones de pastores, el poeta pone en escena los más elevados personajes de su tiempo.

Dos años más tarde, en 1584, contrajo matrimonio con doña Isabel de Ampuero Urbina y Cortinas, hija de un rey de armas de Su Majestad y de una parienta de la madre de Cervantes, pero la paz de este matrimonio fué muy corta, tanto por la infidelidad del gran poeta como por su carácter pendenciero.

A un hidalgo, ofendido quizá gravemente en su honor, o tal vez sólo satirizado en los versos del poeta, en desquite de la crítica acerba que aquél hiciera de las producciones de Lope, desafióle éste, y, verificado el duelo, el hidalgo resultó herido de gravedad. El duelo, entonces como ahora, y como lo será siempre, estaba condenado por la Iglesia y penado por las leyes, que no se burlaban como hoy en tales casos, y Lope de Vega dió con sus huesos en la cárcel, de la que logró escapar, gracias a la ayuda que le prestó un amigo suyo, llamado Claudio Conde, y refugiarse en Valencia, en donde vivió desterrado dos años, hasta 1587, en que se le permitió volver a Madrid.

No escarmentado ni arrepentido, Lope continuó en la corte su vida pecaminosa de amores ilícitos y zahiriendo a sus semejantes, y de nuevo fué procesado por ciertas sátiras contra unos autores cómicos; pero la muerte prematura de su esposa, ocurrida en 1588 y la de su hijita Teodora, antes de que cumpliese ésta un año de edad, cambiaron los rumbos del poeta, que buscó en la guerra un consuelo a su dolor, distrayendo su pensamiento, con la embriaguez de los combates, de la idea fija que le atormentaba.

Felipe II, siguiendo los consejos de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, disponíase a enviar contra Inglaterra la *Armada* llamada *Invencible*, como medio de dominar la rebelión de los Países Bajos, y de

poner coto a las piraterías de los corsarios ingleses.

Alistóse Lope de Vega en aquella escuadra, la más imponente que surcara hasta entonces el Océano, que se componía de 130 naves con 2.431 piezas de artillería y más de 30.000 hombres, y embarcó en Lisboa con un hermano suyo, alférez, a quien no había visto desde la niñez.

El desastre de la *Armada Invencible*, que, debido a la mala dirección, a los vientos y a los combates, fué dispersada y deshecha, perdiendo 63 naves y 8.000 hombres, obligó a Lope de Vega a renunciar a la gloria militar, después de haber visto morir en sus brazos a su hermano, que fué herido de bala en un encuentro tenido con la escuadra holandesa.

El gran poeta volvió a Madrid, y al poco tiempo de entrar como secretario al servicio del conde de Malpica, sus enredos amorosos le envolvieron en otro proceso del que le sacaron con bien los buenos empeños con que contaba.

Admitido después como secretario del joven marqués de Sarriá, después conde de Lemos, concurrió con éste a Valencia, con ocasión de las fiestas de la doble boda de Felipe III con Margarita de Austria y de la infanta Isabel Clara Eugenia con el archiduque Alberto, fiestas cuya relación poética escribió y publicó Lope en 1599.

Sin renunciar a sus amoríos, hacia 1603 contrajo segundas nupcias con doña Juana de Guardia, hija de un rico tratante en carnes o ganados, que le aportó una buena dote y le dió dos hijos, Carlos, bellissimo niño, que murió a los diez y seis años de edad, y Feliciano Félix, que casó ventajosamente siendo muy joven.

Ni sus viajes, ni sus ocupaciones, ni el disgusto con que vivía, a causa de las continuas dolencias de su esposa, que falleció al cabo de unos ocho años de matrimonio; ni sus amores ilícitos con doña María de Luján, que también le dió dos hijos naturales; ni las ocultas relaciones que sostenía, en vida aún de su esposa y de su amante, con la actriz Jerónima de Burgos, nada, en fin, ni pasiones, ni glorias, ni contrariedades, distraje-

ron al gran Lope de sus estudios y trabajos, y con pasmosa fecundidad iba produciendo obras admirables, cultivando todos los géneros poéticos, describiendo con mano maestra el sentimiento religioso; el espíritu patriótico; el amor al rey; el sentimiento del honor, sobre todo con relación a la mujer; la ternura de ésta, su constancia y su valor; el respeto a la fe jurada y a la palabra dada y el amor a la amistad; haciendo hablar al viejo como viejo, y al joven como joven, al rey como rey y al campesino como campesino, sin exageraciones de ningún género; creando verdaderos caracteres dramáticos y dando, en fin, muestras de una inventiva envidiable.

Porque el mayor timbre de gloria de Lope de Vega y que justifica el título de *monstruo de la naturaleza* que le dió Cervantes, y que la posteridad le conserva, es lo que hizo en la poesía dramática y su prodigiosa fecundidad.

Algunas de sus comedias fueron compuestas y representadas en 24 horas, pues de ordinario sus composiciones, apenas concluidas, pasaban a la escena desde el gabinete de trabajo del poeta.

Su facilidad para escribir era realmente tan pasmosa, que merece citarse el siguiente hecho contado por Montalbán.

Habían convenido los dos en escribir una comedia titulada *La Orden Tercera de San Francisco*, de la que cada uno de los dos colaboradores debía hacer un acto y el tercero en común. Terminados los actos que a cada cual correspondía, dejaron el tercero para el día siguiente. Montalbán se levantó a las dos de la madrugada y acabó su trabajo a las diez de la mañana. Satisfecho de su obra, y más aún de haberse anticipado a Lope, según creía, fué a buscarlo y le halló regando las flores de su jardín. Acercóse a él Montalbán restregándose las manos de contento, pensando que había cogido en falta a su amigo y maestro; pero Lope, que habíase levantado a las cinco, había terminado la mitad del acto y escrito, por añadidura, una epístola que tenía nada menos que quinientos tercetos.

En ningún género se acreditó tanto como

en el dramático la portentosa fecundidad de Lope que, según hemos dicho antes, a los once años tenía compuesta la primera obra de esta clase; a los cuarenta y uno llevaba escritas 230, número que, al cabo de seis años, se elevaba a 483. A los cincuenta y ocho años era autor de 900 comedias; a los setenta y dos tenía repartidas por los teatros del reino 1.070 y unas 1.500 ocho años más tarde.

Asegúrase que en el espacio de veinticuatro horas, mitad en un día y mitad en otro, componía un drama de 2.400 versos, esfuerzo que repitió más de cien veces.

El conjunto de sus obras forma unos 2.000 dramas y autos, que componen 133.000 páginas, con 21.000.000 de versos; fecundidad sin ejemplo en ningún otro autor dramático, tanto español como extranjero.

*
* *

El 18 de diciembre de 1611, a cosa de las ocho de la noche, saliendo del convento de las Descalzas de la Santísima Trinidad, en Madrid, al volver una de las esquinas de la calle Francos llovieron sobre Lope de Vega tajos y cuchilladas.

«No me hirieron—dijo a los que le visitaron al día siguiente—, y los que ven mi capa lo atribuyen a milagro; antes, la persona que intentó lo que digo, cayó en unas piedras y dejó allí mucha sangre; de donde se infiere que yo estaba inocente y él engañado.»

Este suceso, y quizá más aún las causas que lo provocaron, la muerte de su esposa y el fallecimiento de su hijo Carlos, determinaron, sin duda, a Lope a cambiar de estado: viajó por Sevilla y Toledo, y en 1614 tomó el estado eclesiástico, recibiendo la sagrada orden del presbiterado, el título de Doctor en Teología que le otorgó el Papa Urbano VIII, los nombramientos de promotor fiscal de la Cámara Apostólica, de notario inscrito en el Archivo Romano y el de familiar de la Inquisición.

La vida religiosa de Lope de Vega fué ejemplarísima; mandó construir en su casa

un oratorio en el que decía la misa, y no podía celebrar el santo sacrificio sin derramar copiosas lágrimas; visitaba los hospitales, socorría a los pobres y cumplía religiosamente con los deberes de su ministerio.

«En medio de estas honras — dice Barrera — y de las continuadas que durante tantos años recibió de nuestros reyes y magnates, de los hombres más distinguidos en Ciencias, Artes y Letras, y de la nación toda, que aplaudía y admiraba sus obras, Lope vivía muy modestamente en el retiro de su casa, calle de Francos (1), donde tenía un oratorio propio y un pequeño jardín, ocupado en los continuos trabajos literarios, tan fáciles a su numen y erudición, y en ejercicios de piedad y caridad cristianas.»

En efecto, Lope de Vega, a pesar de su estado eclesiástico y de su cualidad de familiar del Santo Oficio, continuó escribiendo comedias; pero, a fuerza de oír decir que sus obras perjudicaban las buenas costumbres,

resolvió no escribir más que *autos*, comedias sacras, antes que renunciar a la poesía dramática. Compuso, además, unos 700 sonetos y varias notabilísimas obras de carácter religioso.

«En 1634 le ocasionaron ciertos disgustos una profunda pasión de ánimo que le afligió durante un año, hasta que el 24 de agosto de 1635, asistiendo, ya enfermo, a unas conclusiones en el Seminario de los Escoceses, fué acometido de un desmayo; conducido al cuarto de su amigo el doctor Sebastián Francisco de Medrano, y luego a su casa, falleció tres días después.»

Sus funerales fueron magníficos; en ellos tomó parte todo Madrid, y el cadáver del gran poeta quedó depositado en la cripta de la iglesia de San Sebastián; pero las diligencias que a fines del siglo pasado se practi-

caron para encontrar los restos de Lope de Vega, fueron infructuosas, y por esa razón no tiene sepultura más suntuosa el que con toda justicia fué apellidado *el Fénix de los Ingenios*.



...llovieron sobre Lope de Vega tajos y cuchilladas. (Pág. 52.)

(1) Hoy Cervantes, número 15.

MOZART

Llamábase Juan Crisóstomo Wolfgang Amadeo este famosísimo compositor alemán, y nació en Salzburgo en 27 enero de 1756.

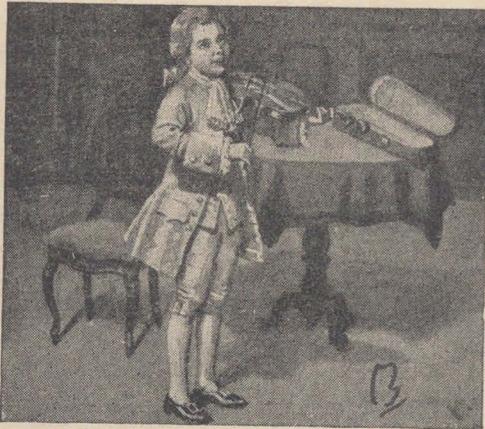
Tuvo por único profesor a su padre, segundo maestro de capilla en el palacio del príncipe arzobispo de Salzburgo, el cual se limitó a encaminar y dirigir el instinto musical que desde la infancia reveló Crisóstomo

de un modo verdaderamente extraordinario.

Según cuentan sus biógrafos, a los tres años de edad reproducía Mozart al piano los ejercicios que enseñaban a su hermana; a los cuatro repetía de memoria las escalas y pasajes cantados en los conciertos dados por su misma hermana, y a los seis compuso un concierto que su padre halló excelente.

Manifestó también grande afición al estudio de las ciencias exactas, pero en seguida volvió a cultivar la música, y habiéndole regalado un violín proporcionado a su estatura, solo y en secreto se puso a ejecutar en el instrumento. En vista, pues, de la precocidad artística de sus hijos y conocedor de lo que ambos valían, resolvió el padre viajar con ellos para que perfeccionasen su educación musical, poniéndolos en contacto con los grandes maestros del Arte, y los llevó primero a Munich y después a Viena, donde fueron muy bien recibidos por el emperador y por la corte.

Volvieron a Salzburgo, donde pasaron un año entregados al estudio, y realizaron des-



pues una excursión a las principales ciudades alemanas, a Holanda, Bélgica y Francia, dando conciertos en los que Crisóstomo era muy aplaudido y causaba la admiración del público distinguido y competente que asistía a sus audiciones. En París publicó el portentoso niño, que sólo contaba siete años, algunas de sus sonatas, dignas del más reputado compositor, pues con intuición maravillosa habíase asimilado casi todas las reglas de la armonía.

En Londres, adonde fueron dos años después, obtuvieron los músicos viajeros triunfos no menos señalados, y tocando en los órganos de las principales catedrales hicieron desbordar el entusiasmo de sus infinitos admiradores.

Encontrándose en La Haya, una fiebre maligna puso en peligro la vida de Crisóstomo

y de Mariana, que así se llamaba su hermana; pero, por fortuna para el arte, curaron pronto, y por París, Lyon, Suiza y Munich volvieron a Salzburgo, donde, bajo la dirección de su padre, procuraron con ardor aprovecharse de los beneficios de sus viajes, beneficios muy importantes, pues, además de haber estado en relaciones con los músicos y compositores más célebres, adquirieron obras musicales notabilísimas y los elementos necesarios para dedicarse al estudio de la composición analizando aquéllas.

Después de otra visita a Viena, de donde salió apresuradamente la familia Mozart por haberse declarado la viruela en aquella capital, llegó Crisóstomo a Olmutz (Moravia) con su padre y hermana, y allí, como ésta, fué víctima de la citada enfermedad, que durante nueve días le dejó ciego, y de nuevo temió el Arte por la vida de quien tanto había de glorificarle.

De regreso en Viena, el músico prodigioso, que sólo contaba doce años de edad, cediendo a las instancias del emperador José II, compuso la partitura de una ópera titulada *La Finta Simplice*; pero, desencadenadas contra él las envidias de los artistas, éstos formaron una conjuración para retrasar el estreno de la obra hasta que los recursos de la familia Mozart estuvieran agotados. Crisóstomo entonces se desquitó, componiendo una misa solemne que oyó la Corte y produjo indescriptible entusiasmo.

Volvió luego a Salzburgo para dedicarse al estudio de la lengua italiana, y más tarde recorrió triunfalmente Verona, Mantua, Milán, Florencia, Roma y Nápoles, haciendo en todas partes verdaderos portentos de composición.

«Los poetas — dice Fetis — le cantaban, acuñábanse monedas en su honor, las Academias le abrían las puertas y los más sabios maestros de Bolonia y Roma le miraban con asombro.»

Era también Mozart un prodigio de memoria, y bien lo demostró con el siguiente hecho :

En la Capilla Sixtina del Vaticano se cantaba en Semana Santa un *Miserere* a nueve voces, original del compositor sacro Gre-

gorio Allegri, tenido por tan admirable que los Papas habían prohibido a los profesores de la capilla, bajo pena de excomunión, sacar copias; pero a Mozart le bastó oír cantar dos veces la famosa composición para reproducirla como si hubiera tenido delante el original.

Habiéndosele entregado en 1771 el libreto de *Mitridates*, el mismo año se representaba en Milán esa ópera, que fué extraordinariamente aplaudida, y al año siguiente se ponía en escena, en el mismo teatro, *Lucio Scilla*, que fué igualmente un gran éxito para el asombroso niño.

Mozart permaneció en Italia cuatro años, y durante ese tiempo, además de las dos óperas citadas, compuso la cantata dramática *Ascanio in Alba* y las óperas serias *La Finta Giardiniera* e *Il Re pastore*.

Regresó luego a su pueblo natal, y, a pesar del tiempo que necesitó para los viajes, conciertos, representaciones, etc., a los diez y nueve años de edad ya había compuesto una ópera alemana, tres italianas, dos misas solemnes, un oratorio, dos ofertorios, un *Stabat*, una *Passio*, dos cantatas con orquesta, 24 sonatas para piano, 13 sinfonías, tríos, cuartetos, marchas, fugas, solos de violín, violoncelo y flauta y conciertos para diversos instrumentos.

Tres años vivió en Salzburgo, esperando en que se le concedería la plaza de maestro de capilla del príncipe, y, desengañado al fin, se trasladó a Munich, donde también vióse desairado por el Elector de Baviera, quien no quiso concederle el sueldo de 500 florines anuales (menos de tres pesetas diarias) a cambio de las cuatro óperas que se comprometía a escribir cada año y de tocar en todos los conciertos de la corte. De allí pasó a París, donde Gluck estaba de moda, y al principio sólo decepciones experimentó el joven compositor; pero no tardó en alcanzar un ruidoso triunfo el día en que se oyó por vez primera la gran sinfonía que había compuesto para la inauguración del concierto de Jueves Santo.

La muerte de su madre le indujo a volver a Salzburgo, donde aceptó, en 1779, la plaza de organista en la corte del príncipe arzo-

bispo, y, al año siguiente, la de organista de la catedral. Mas así vivió poco tiempo, pues habiéndose verificado el estreno de su ópera *Idomeneo*, compuesta por encargo del príncipe-electo de Baviera, fué proclamado el primer compositor de su tiempo; y queriendo el arzobispo de Salzburgo asociarse a las manifestaciones de júbilo y admiración de que era objeto su joven organista, le llevó a Viena, le aposentó en su palacio y... le concedió la honra de hacerle comer en compañía de sus criados. Mozart no era vanidoso, todo lo contrario; los aplausos que desde la infancia se le venían tributando y el camino de triunfos que sin tropiezo alguno recorría, no le habían engraido; pero aquella humillación era superior a toda modestia y, herido el gran músico en su dignidad artística, renunció al poco tiempo a su cargo de organista, quedando, por lo tanto, privado de todo recurso y viéndose obligado, para ganar el sustento, a dar lecciones particulares.

Afortunadamente vino a sacarle de tan angustiosa situación el emperador José II, que le encargó una ópera para el teatro de la corte. Mozart compuso la titulada *El rapto del serrallo*, que causó profunda sensación y fué calificada de obra maestra por los críticos. El emperador dió por ella a Mozart 50 ducados (unas 600 pesetas) y le nombró compositor de la Real Cámara, con una pensión de 800 florines (poco más de 2.000 pesetas) anuales. El rey de Prusia, más generoso que el emperador, hízole proposiciones tentadoras, pues le ofrecía una pensión de 11.250 pesetas; pero el gran músico, que era a la vez un gran patriota, rehusó el ofrecimiento, sin que rasgo tan noble moviera a José II a aumentarle el mísero sueldo que le pasaba.

En 1782, el mismo año del estreno del *Rapto* y vigésimo sexto de su nacimiento, casó Mozart con constanza Weber, y como sólo contaba con la mezquina pensión imperial y el escaso producto de sus obras y lecciones, discurrió viajar en verano para dar conciertos, siendo éste el origen de sus mejores sonatas y de sus más admirables composiciones para piano.

Durante algunos años, Mozart no escribió nada para el teatro; pero en 1786 se repre-

sentó su nueva ópera *El Empresario* o *Las Bodas de Figaro*, que fué acogida en todo el imperio con delirante entusiasmo, y al siguiente año consolidó este triunfo con su ópera maestra, *Don Juan*, que, estrenada en Praga, obtuvo un éxito inmenso y fué con justicia llamada *la ópera de las óperas*.

Después de estos triunfos, regresó Mozart a Viena y consagróse a la composición instrumental y vocal. Entre otras obras escribió la partitura de *Così fan tutti*; pero



tuvo que suspender sus tareas porque la muerte de su padre le produjo un dolor profundísimo y una afección nerviosa que vino a complicarse con la enfermedad del pecho que ya le minaba, ocasionada, sin duda, por exceso de trabajo.

Dominado al mismo tiempo por una melancolía indecible, en vano procuraban sus amigos distraerle, llevándole a menudo a una especie de café, cercano a su casa, donde jugaba al billar. Otras veces conducíanle en coche a los lugares mas concurridos y animados, pero en seguida volvía a apoderarse de él la tristeza, y era preciso llevarle a su domi-

nilio, en el cual se entregaba al trabajo; y en este estado de ánimo compuso las famosas óperas *La flauta encantada* y *La clemencia de Tito*.

Por último, el siguiente hecho vino a agravar la tristeza y las dolencias de Mozart, hasta el extremo que fué su constante preocupación y acabó con sus gloriosos días.

Un día que Mozart estaba trabajando en *La flauta encantada* se le presentó un desconocido, que quería guardar el más riguroso incógnito, y le entregó una carta en la que se le pedía que compusiese un *Requiem* y señalase el precio de esa composición. El maestro, después de larga vacilación, respondió, que aceptaba el encargo y estipuló el pago, pero añadió que no podía fijar el plazo de entrega de su trabajo.

Desde aquel día dominóle la idea fija y dolorosa de que semejante proposición era un anuncio de su próxima muerte, y que el *Requiem* que le habían pedido era para sus propios funerales.

Pasado algún tiempo volvió a presentarse el mensajero, siendo portador de la cantidad señalada por Mozart y prometiendo otra mucho mayor el día en que se le entregara la composición. Por más diligencias e investigaciones que el músico y su esposa hicieron para averiguar quién era el autor de la proposición, no lograron descubrir nada, y el enviado declaró terminantemente que jamás sabrían el nombre de la persona de cuyas órdenes era ejecutor.

En ocasión en que Mozart iba a Praga, para asistir a los ensayos de su ópera *La clemencia de Tito*, que debía estrenarse con motivo de la coronación del emperador Leopoldo, y cuando el maestro había subido ya al coche y su esposa se disponía a hacer lo mismo, se le presentó nuevamente el desconocido, preguntándole cuándo tendría terminado el *Requiem*. Dijo Mozart que cuando regresara de Praga haría aquel trabajo, y el mensajero se retiró sin insistir más.

Una vez de vuelta en Viena el gran compositor trató de cumplir su promesa, pero la idea fija de su muerte seguía atormentándole, y llegó a sospechar que querían envenenarlo. No obstante, en medio de esos terrores, su úni-

co consuelo era escribir la composición ofrecida. A pesar de los consejos del médico y de las súplicas de su esposa, Mozart no descansaba, y una noche que se levantó para escribir la música del *Dies irae* y hacer algunas correcciones, agraváronse sus dolencias, y el 5 de diciembre de 1791, a los treinta y cinco años de edad, dejó de existir uno de los mayores compositores no sólo de Alemania sino también del mundo entero.

*
* *

Considerado como artista ha dicho el ya citado biógrafo Fetis: «ha sido Mozart el mejor pianista de su tiempo en Alemania, el fundador de la escuela de Viena... Hacía notar su ejecución por una precisión grande y un estilo a la vez elegante y ex-

presivo... y había tanta profundidad, riquezas de armonías y rasgos de imaginación en su modo de desarrollar un tema, que era difícil persuadirse de si lo improvisaba, pues más bien parecía que ejecutase un trozo preparado con estudio... Ningún músico, cualquiera que haya sido su época, ha poseído como Mozart el genio universal del arte. Sólo él, entre sus contemporáneos de Alemania, ha comprendido el fin de la música religiosa... En la ópera ha creado ciertamente Mozart un arte nuevo, o más bien ha hecho una transformación completa del arte que le había precedido: absolutamente original en las formas de la melodía, en la instrumentación y en la variedad del corte musical ha venido a ser modelo al cual se han adaptado todos los compositores que le han sucedido, y su influencia persiste aún en nuestros días.»

BENJAMÍN FRANKLIN

Este gran filósofo, físico y estadista norteamericano, fué el décimo quinto entre los diez y siete hijos que tuvo su padre, Josías Franklin, tintorero de tejidos de seda nacido en Inglaterra, y que se trasladó al Nuevo Mundo a fines del reinado de Carlos II.

Veinticuatro años de residencia en Boston llevaba Josías cuando vino al mundo el futuro inventor del pararrayos. El tintorero de seda hubo de abandonar su oficio, que le producía muy poco, y estableció una fábrica de velas de sebo. Su nueva industria sólo permitía a Josías atender a las más perentorias necesidades de su numerosa familia, y, a pesar de sus deseos de dedicar a Benjamín al estado eclesiástico, en atención a las aptitudes que mostraba para los estudios, tuvo que renunciar a sus propósitos y emplear a su hijo en las operaciones más comunes de la fabricación de velas.

Mas aquella tarea era asaz ingrata para Benjamín, quien, desde que adquirió la instrucción elemental, mostró decidida vocación por el estudio y la lectura, aunque sólo podía satisfacerla en el corto número de libros que había en su casa. Afortunadamente, entre ellos se encontraba el de las *Vidas*, de Plu-

tarco, y, como Napoleón, aquel obrero de diez años tomó por modelos y maestros a los grandes hombres de la antigüedad.

Aficionóse por aquel tiempo a la Marina,



pero su padre puso el mayor empeño en disuadirle, y conociendo que Benjamín no estaba llamado a fabricar velas de sebo, quiso hacerle aprender otras profesiones mecánicas, tales como la de carpintero, tornero y cuchillero; pero el muchacho tampoco mostró afición a estos oficios, y a los doce años de edad entró de aprendiz en casa de su propio hermano Jacobo, que había traído una im-

prenta de Inglaterra. La nueva profesión fué del agrado de Benjamín, no por sí misma, sino porque le facilitaba los medios de satisfacer su sed de lectura; y, en consecuencia, firmó un contrato de aprendizaje en virtud del cual debía servir gratis a su hermano durante ocho años a cambio de la alimentación y al compromiso de que, al año noveno, percibiría el jornal de un obrero.

Pronto fué Benjamín un hábil cajista, y acrecentada su afición por la lectura se privó de comer carne para comprarse libros con la economía que resultaba de su frugalidad. Leía cuanto caía en sus manos; aprendió matemáticas sin maestro; leyó los filósofos de todos los tiempos, y a los diez y seis años era tan fervoroso admirador de Sócrates como de Pascal y Locke.

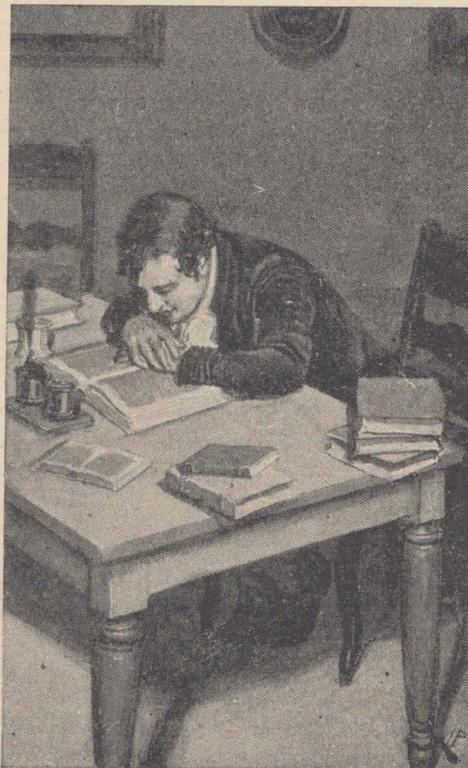
Deseoso de escribir algo compuso unas *baladas*, pero renunció a la poesía cediendo a las amonestaciones de su padre, el cual le decía que rara vez los poetas servían para hacer cosa buena; y como por aquel tiempo fundó su hermano un periódico, el segundo que se publicaba en la América inglesa, ocultando su nombre envió algunos artículos que causaron gran sensación, y se contó entre los colaboradores hasta que su hermano descubrió al autor de aquellos notables trabajos.

Habiendo desagradado al gobernador general de la colonia uno de los artículos políticos de dicho periódico, Jacobo fué preso y se le prohibió la publicación de la hoja. Para burlar esta prohibición, Jacobo dió a su hermano el título de oficial de imprenta y la libertad del compromiso anterior (aunque por convenio secreto debía continuar sirvién-

dole de aprendiz gratuitamente hasta que terminase el contrato), y Benjamín fué el editor nominal del periódico.

Jacobo era violento y solía golpear a su hermano; y éste, no pudiendo resistir por más tiempo tan malos tratamientos, buscó trabajo en Boston, mas no hallándole, emancipóse de su familia y secretamente se embarcó para Nueva York, sin dinero ni recomendaciones.

Allí — dice un biógrafo — como antes en Boston, no halló trabajo, y por mar se trasladó a Filadelfia en una mala barca que inundó la lluvia, y donde le atormentaron la sed y el hambre. Fatigado, lleno de lodo, en traje de obrero y con un dólar (poco más de circo pesetas), desembarcó al cabo. Compró en seguida tres panes y penetró en la ciudad, pasando por delante de la casa de su futura esposa, miss Read, que estaba a la puerta y a quien llamó la atención el extraño aspecto del forastero. Benjamín Franklin contaba a la sazón diez y siete años de edad, y se veía abandonado a sus propios recursos. Logró ser admitido en el esta-



blecimiento de Keimer, un mal impresor, y a fuerza de trabajo y de habilidad pudo sacar partido de un material muy imperfecto. Ganó por esto las simpatías de Guillermo Keith, quien le propuso que se estableciera en la provincia de Pensilvania, en la que Guillermo era gobernador; marchó con una carta de Keith a pedir a su padre la cantidad necesaria para montar una imprenta, y como Josías no quiso dársela porque le juzgaba demasiado joven, regresó a Filadelfia y, aconsejado por Guillermo, fué a Inglaterra a fines de 1724 para adquirir caracteres y una prensa; pero cuan-

do llegó a Londres notó con sorpresa que las cartas de recomendación que el gobernador le había dado no se referían ni a sus asuntos ni a su persona.

Hallóse, pues, en la gran metrópoli sin dinero, sin crédito y sin amigos, pero no se desanimó por esto. Trabajó sucesivamente en los talleres de Palmer y Wall, los dos impresores más célebres de Londres, y como era sobrio y laborioso empezó a hacer algunas economías. Al mismo tiempo que al estudio dedicóse a moralizar a sus compañeros de trabajo, exhortándoles a que no bebieran licores espirituosos, y fundó una especie de asociación que, según parece, sirvió de modelo a las que posteriormente se establecieron en la Gran Bretaña.

Pasados diez y ocho meses volvió a Filadelfia, y habiendo logrado montar una imprenta con los fondos que aportó un asociado suyo, el cual no tardó en cederle sus derechos a cambio de una indemnización equivalente a 15.800 pesetas, gracias a su energía, a su talento y a su trabajo perseverante, la tipografía de Franklin fué una de las más importantes de América: imprimió el papel moneda de Pensilvania y los documentos del gobierno de New-Castle y, animado con los primeros triunfos, acometió empresas que le enriquecieron al poco tiempo, a la vez que aumentaron el bienestar material y la cultura intelectual de su país. En efecto, fundó un periódico en el que combatió con ardor los abusos de la administración británica; estableció fábricas de papel; enseñó a sus compatriotas el uso de las estufas económicas, el empedrado y barrido de las calles y el alumbrado de las mismas durante la noche, y en 1732 fundó un gabinete de lectura, en el que los políticos de Filadelfia se reunían habitualmente. El público, animado por la iniciativa de Franklin, dió a aquel gabinete el carácter de biblioteca común, y aquel mismo año empezó a publicar el sabio, bajo el nombre de *Ricardo Saunders*, los famosos almanaques que se cuentan entre los mejores libros de moral práctica escritos en todo tiempo, y que valieron a Franklin gran popularidad.

En 1730 había casado con miss Read, y,

sintiéndose feliz, quiso enseñar a los demás el arte de la felicidad, que hacía estribar en la virtud.

«La moral — decía — es el único cálculo razonable para la felicidad particular y el único fundamento de la felicidad pública; si los pícaros supieran todas las ventajas de la virtud, se harían honrados por picardía.»

El gran renombre que adquirió con sus almanaques, en los que se manifestaba claramente el espíritu sutil y profundo de Franklin, le valió ser elegido individuo de la Asamblea provincial de Pensilvania, y al poco tiempo director general de postas de la misma. Para desempeñar dignamente las funciones públicas comenzó, sin maestro, a la edad de treinta y siete años, el estudio del francés, italiano, español y latín; y como estaba dotado de una memoria tan prodigiosa como su fuerza de voluntad, aprendía cuanto quería y no olvidaba nada de lo que había aprendido.

Uno de los primeros actos de gobernante fué la creación en Filadelfia de un cuerpo de bomberos y de una compañía de seguros contra incendios.

Cuando, en 1744, el gobierno inglés no tenía fuerzas para repeler las incursiones de los franceses en el Canadá, Franklin reunió 10.000 voluntarios, y se le quiso nombrar general; pero el gran filósofo no aceptó el cargo porque estaba ya entregado por completo a las investigaciones sobre la electricidad y al descubrimiento del pararrayos, invento que, por sí sólo, hubiera inmortalizado a cualquier hombre, pero que, en la vida de Franklin, no pasa de ser un incidente.

Mas en medio de esas ocupaciones y de las propias del cargo público que desempeñaba, trabajaba con ardor para mejorar las condiciones sociales de las colonias inglesas y promovía la fundación de escuelas y bibliotecas, de hospitales para enfermos y de hospicios para los pobres.

En 1753 fué nombrado director general de postas de todas las colonias inglesas; y siendo preciso contener las invasiones de los indios, logró la aprobación de un *bill* para establecer una milicia voluntaria; habiéndosele confiado una comisión de comandante,

organizó un cuerpo de quinientos hombres y, a los cincuenta años de edad, soportando los rigores del más crudo invierno, vivaqueó en medio de la nieve y de las lluvias, que no faltaron; fué a la vez general e ingeniero y protegió eficazmente a la colonia contra los salvajes. El gobierno británico le recompensó desposeyéndole del título de coronel que le había sido concedido.

Entretanto, las relaciones que ligaban a Inglaterra con América eran cada día más tirantes, hasta que, al fin, estalló la guerra de separación. Franklin, a quien sus compatriotas habían mandado a Londres para protestar contra los abusos de la administración de la metrópoli, volvió a su patria y, elegido diputado al Congreso, trabajó con Washington para organizar la defensa del país, y con aquél, Jefferson y Juan Adams redactó el manifiesto de la declaración de independencia de 4 de julio de 1776.

Mas, como faltaban recursos para la guerra, buscó el auxilio de Francia, y Franklin, nombrado comisionado de los Estados Unidos, fué recibido en París con gran entusiasmo, y no sólo consiguió de aquella nación cuanto deseaba, sino que completó su obra diplomática ganando para su país el concurso de España y el de Holanda y la neutralidad de Rusia, Dinamarca y Suecia.

Finalmente, Inglaterra vióse obligada a firmar el 3 de septiembre de 1783 el tratado definitivo que aseguraba la independencia de los Estados Unidos, y Franklin, que a sus gloriosos títulos pudo añadir también el de libertador de su patria, al cabo de ocho

años de residencia en Francia volvió a América, siendo llevado desde Passy al Havre, donde embarcó, en una litera que le prestó la reina, porque el mal de piedra que padecía no le permitía ir en carruaje.

Recibido triunfalmente en Filadelfia, fué elegido en seguida individuo del Consejo supremo ejecutivo y, dos años después, presidente del Estado de Pensilvania, al que representó en 1787 en la célebre Convención, presidida por Washington, encargada de revisar la Constitución de los Estados Unidos.

La enfermedad que le atormentaba obligó a retirarse de la política y a guardar cama el último año de su vida, usando con frecuencia el opio; pero no fué el mal de piedra sino una pleuresía lo que acabó con la existencia de aquel gran hombre el 17 de abril de 1790.

Sus funerales fueron magníficos e imponentes; el Congreso ordenó que toda la nación guardara luto durante dos meses, y en Francia, la Asamblea Constituyente, a propuesta de Mirabeau, acordó llevar tres días luto por Benjamín Franklin.

Turgot, que tuvo relaciones estrechas con el ilustre norteamericano durante la permanencia de éste en París, escribió un verso muy conocido, y que no podemos dejar de transcribir, porque resume admirablemente los grandes servicios prestados por Franklin a la ciencia y a la causa de la libertad:

Eripuit coelo fulmen sceptrumque tyrannis

(Arrebató el rayo al cielo y el cetro a los tiranos.)

GODOY

Manuel de Godoy Álvarez de Faria Ríos Sánchez y Zarzosa nació en Castuera (Badajoz, el 12 de mayo de 1767. Fueron sus padres un noble extremeño y una dama de origen portugués, perteneciente ésta a una de las familias más ilustres de aquel reino; y como carecían de bienes de fortuna, dieron a sus hijos la educación más esmerada posible—sobresaliendo Manuel en Matemáticas

y Humanidades — para dedicarlos a la carrera de las armas, en la que tan rápidos y grandes progresos habían de hacer, y no precisamente por dotes de inteligencia.

A principio de 1784, es decir, a los diez y siete años de edad, y por recomendación de una de las camaristas de la reina, entró Manuel Godoy a servir en el real cuerpo de guardias de corps, al que ya pertenecía su

hermano Diego, que alcanzó también los más altos grados en el ejército.

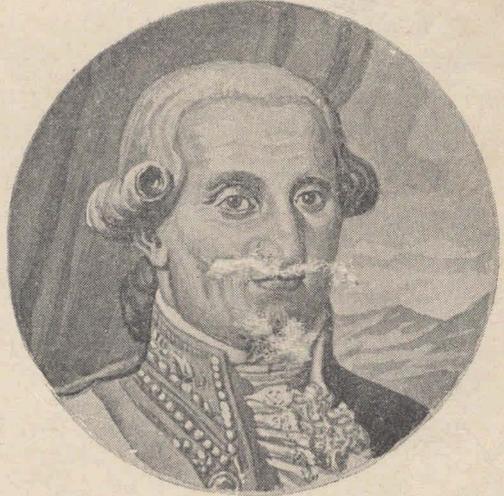
La vida de guardia de corps era hermosa y regalada; cada cual tenía su criado, y las horas que no estaban de servicio pasaban el rato jugando o comprometiendo la paz doméstica de las más linajudas familias, aun dentro del mismo palacio real.

Godoy, empero, a pesar de la vida desordenada de sus compañeros, siguió cultivando su espíritu y visitaba con frecuencia, para escuchar sus lecciones, al sabio padre Eguío, célebre religioso de la orden del Espíritu Santo, y durante los primeros cuatro años hizo más bien vida de colegial que de guardia de corps.

Desde niño su despejo natural, su agradable trato y hermoso rostro le conquistaron las más vivas simpatías; y no es de sorprender, que ya mozo, a los veintiún años, fuese muy gallardo y simpático, el más gallardo, al decir de un biógrafo, de las cuatro compañías de la guardia, verdadero plantel de mancebos hermosos.

Una tarde, yendo en la escolta de los reyes, se desbocó su caballo, y la reina María Luisa lanzó un grito al ver al jinete por el aire. Godoy sólo recibió ligeras contusiones, pero la reina quedó tan vivamente impresionada de la gallardía y belleza del joven guardia, que la caída de éste fué un saito para llegar a puestos tan elevados como jamás pudo soñar. En efecto, desde aquel día hasta la muerte de María Luisa, fué Godoy amigo íntimo de la reina, y, lo que es más extraño aún, amigo íntimo y consejero de Carlos IV. No hubo fiesta a la que no fuera invitado ni placer que no compartiera con los reyes; María Luisa le adoró, y le idolatró Carlos IV; de suerte que, desde la tarde de la caída, comenzó a ascender rápidamente, llegando a ser en pocos años duque de la Alcudia, de Sueca y de Everemonte; secretario de Estado; señor del Soto de Roma y del Estado de Albalá, grande de España de primera clase; regidor perpetuo de Madrid, Santiago, Cádiz, Málaga y Écija; veinticuatro de Sevilla; caballero del Toisón de Oro; secretario de la reina con ejercicio; gran cruz de Carlos III y de la de Cristo y de San

Juan; comendador de Valencia del Ventoso, Rivera y Aceuchal, en la de Santiago; Consejero de Estado; superintendente general de Correos y Caminos; protector de la Academia de Nobles Artes y de los Gabinetes de Historia Natural, Jardín Botánico, Laboratorio Químico y Observatorio Astronómico; gentilhombre de Cámara, con ejercicio; capitán general de los ejércitos; inspector y sargento mayor de los guardias de corps; generalísimo de mar y tierra; príncipe de



Carlos IV.

la Paz y de Basano, y almirante de España e Indias, con el tratamiento de Alteza. Vivía en el palacio de doña María de Aragón, en Madrid, con más lujo que un soberano, y España toda, ha dicho un celebrado escritor, estaba convencida de que una sonrisa de Godoy valía más que una promesa de Carlos IV.

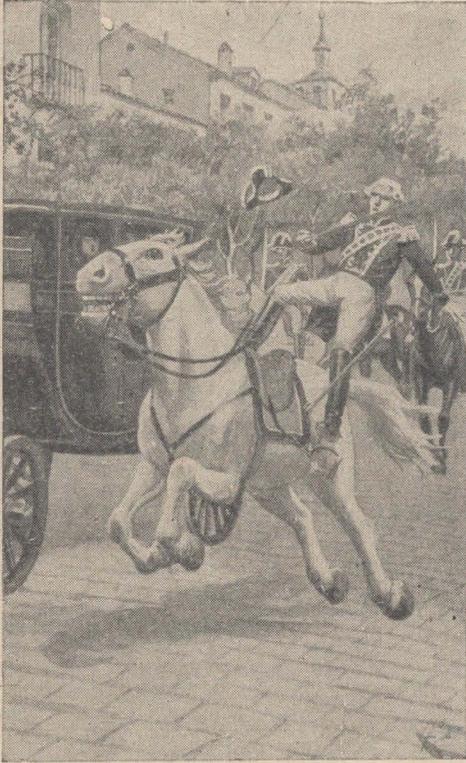
Sería injusticia negar que Godoy poseía cierto ingenio natural, algún talento y conocimientos en la Historia y las Matemáticas; pero estas cualidades, por apreciables que fuesen, de nada le hubieran valido sin su arrogante figura para llegar al puesto que ocupó.

A los veintiséis años de edad, Godoy fué ministro por primera vez, substituyendo al prudente conde de Aranda, y comenzó la guerra contra Francia.

Por un tratado firmado en Madrid, comprometió a Portugal a enviar al ejército es-

pañol de los Pirineos una división auxiliar ; pero dos años después cesó la lucha con la firma del tratado de Basilea, por el que España hizo la paz con la república francesa, y el hasta entonces duque de Alcudia fué agraciado con el título de Príncipe de la Paz.

«Desde aquel instante, dice un biógrafo, su influencia no reconoció límites ni su orgullo barreras ; se le concedió una guardia especial para su persona ; se inventaron nuevos títu-



Una tarde, yendo en la escolta de los reyes, se desbocó su caballo... (Pág. 61.)

los para acumularlos sobre su cabeza. La nación entera se sintió herida por tamaño escándalo y humillada ante el fastuoso orgullo del favorito.

»En 1796, en el viaje que los reyes emprendieron a Sevilla, Godoy quiso que visitaran su pueblo natal, albergándoles en la pobre casa en que había nacido, convertida entonces en un suntuoso y rico palacio.»

Las quejas de la opinión pública obligaron a Carlos IV a destituir aparentemente a su primer ministro, substituyéndole por Saave-

dra y Jovellanos ; y decimos aparentemente, porque no perdió ni por un momento la gracia del rey ; desde su retiro, siguió siendo el árbitro de España ; y dos años después, en 1801, comenzó el segundo período de su gobierno, que inauguró separando de los negocios a hombres tan eminentes como Aranda y Floridablanca, y enviando a la prisión y al destierro a Jovellanos y a Saavedra.

Seducido por las promesas de Napoleón, que habíale ofrecido una corona real, la del reino de los Algarves, que aun se había de crear, Godoy se alió con Francia y llevó a España a una guerra contra Portugal, guerra llamada por burla *de las naranjas*, puesto que el único botín cogido en ella por España, fué un ramo de esta fruta ; pero, en cambio, valió a Godoy que, dicho sea de paso, se había casado con una sobrina del rey, el pomposo y nuevo título de *generalísimo* de todas las fuerzas españolas de mar y tierra, y una faja de color azul para distinguirla del rojo que usaban los demás generales, y que fué bordada por la misma María Luisa.

Proseguía, entretanto, Napoleón, su insidiosa política, halagando la ambición del favorito con la promesa de la corona de uno de los reinos en que se proponía dividir a Portugal, y de este modo pudo conseguir el emperador de los franceses libre paso para sus tropas por territorio español, y ocupar militarmente nuestra patria con cuatro poderosos ejércitos. Conoció Godoy, aunque tarde, que había sido juguete de Napoleón, cuyos inicuos planes sólo a él pudieron hasta entonces escapar, y, en un arranque de patriotismo, que no pudo granjearle la estimación del pueblo, reunió el Consejo al que asistió el rey, y pidió que, acudiendo a las armas, se arrojase de España inmediatamente a los franceses ; pero, repetimos, ya era demasiado tarde ; los soldados de Murat seguían avanzando y habíanse apoderado de las ciudades de Pamplona y Barcelona.

Deseoso de salvar sus inmensos tesoros y la vida de los reyes, a quienes debía cuanto era, dispuso Godoy el viaje de la familia real, que se hallaba en Aranjuez, para Andalucía, con objeto de pasar de allí a Méjico ; pero el pueblo se alarmó, y guiado por el

conde de Montijo y los partidarios del príncipe de Asturias (Fernando VII), dejó estallar su ira contra el favorito, cuyos veinte años de mal gobierno habían llevado a España a la ruina, y en la noche del 19 de marzo de 1808 comenzó el motín más famoso que registra nuestra Historia. El pueblo se lanzó a las calles y, pidiendo a grandes gritos la cabeza de Godoy, se dirigió a su palacio, cuyas puertas asaltó, destrozando y quemando los muebles y las riquezas que atesoraba, sin que nadie se guardase nada para sí. Desnúdandose estaba Godoy para entregarse al descanso cuando le sorprendieron las detonaciones de las armas de fuego y la algarabía, y cubriéndose con un capote, subió al desván de su palacio acompañado de un criado. A los pocos momentos llegó a sus oídos el estruendo que, dentro de su propia casa, movían los amotinados. El criado, sin saber qué hacer, cerró la puerta, echó la llave, la quitó y bajó a ver lo que sucedía. El cuarto en que quedó Godoy encerrado era el de un mozo de cuadra; allí había una cama, tres o cuatro sillas y una mesita con un cajón medio abierto, donde halló pan y unas pasas esparcidas... Había, además, una jarra con un poco de agua, que, desde luego, procuró economizar por si duraba mucho el encierro.

Carlos IV, entretanto, para salvar la vida del favorito, abdicó la corona en su hijo Fernando, exoneró a Godoy de sus cargos y dispuso que sus bienes fuesen secuestrados y que le encerraran en el castillo de Villaviciosa, para librarle del furor popular.

Los amotinados no lograron dar con el escondite de Godoy, y llevaba ya éste treinta y seis horas de angustias mortales. A tal extremo llegaba su martirio, que lo mismo parecía estar para él la muerte fuera que dentro de aquel cuarto. Padeció allí una noche tormentosa, calenturiento y abrasado de sed, y más de una vez estuvo tentado de poner fin a aquel estado angustioso bajando a la aventura, esperanzado con tropezar algún amigo agradecido o un enemigo poderoso. Lo intentó al fin, tratando de sobornar a un artillero que fumaba al pie de la escalera, pero, al instante, se vió rodeado de soldados.

—Vuestro soy, amigos míos — les dijo —; disponed de mí como queráis, pero sin ultrajar al que ha sido vuestro padre.

Decía esto porque había fomentado y protegido el cuerpo de artillería.

Cundió la noticia de que el príncipe de la Paz había sido descubierto, y las turbas iban a invadir de nuevo la casa cuando llegó un piquete de guardias de corps, enviado por el rey para encargarse del desdichado favorito.

Costó no poco trabajo librarle de las iras del pueblo. Formaron los guardias grupo y,



para resguardarle más, le colocaron en el centro a pie. Agarrado al arzón de la silla de un caballo corrió al trote que los guardias tomaron para vencer antes el peligro; pero, ni aun así se libró de algunas contusiones y heridas, una de bastante consideración en la frente, que le produjo la multitud, escurriéndose por en medio de los guardias.

La noticia de la caída y prisión de Godoy causó general alegría en toda España, y en Madrid se reprodujeron las escenas de Aranjuez contra las propiedades del ex favorito, que fueron quemadas, así como las de sus pa-

rientes y paniaguados. Arrastróse por todas las calles el retrato de Godoy, y se destrozaron hasta las obras útiles creadas por el odiado ministro.

Murat exigió que se le entregara a Godoy, y el 20 de abril fué sacado del castillo de Villaviciosa y conducido a Francia junto con la familia real.

En Roma y en París pasó los larguísimos años de su destierro (cuarenta y cuatro), viviendo a expensas de aquellos gobiernos, y

aunque en 1847 se le devolvieron sus títulos y empleos, no pudo gozar de este beneficio, por impedírsele su mal estado de salud, y el 4 de octubre de 1851, a los ochenta y cuatro años de edad, falleció en París, casi en la miseria, el célebre favorito que había poseído inmensas riquezas, ocupado los puestos más elevados y ostentado título de príncipe; el humilde guardia de corps que, gracias a su hermosura y a su arrogancia, había sido el árbitro de España.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

El 10 de marzo de 1760 nació en Madrid este inmenso poeta y autor dramático español, que había de perpetuar con sus propios méritos la celebridad de su padre, don Nicolás, el pulcro y exquisito mantenedor del purismo en el lenguaje, que legó a su hijo una herencia de gloria literaria, desacompañada, como suele suceder, de los bienes de fortuna.

Por su viveza y la gracia extremada de sus facciones, era Leandro el encanto de sus padres; pero a los cuatro años de edad fué atacado de unas viruelas malignas que le dejaron horriblemente desfigurado; y el niño, que hasta entonces había sido alegre y bullicioso y amable, volvióse tímido, receloso y taciturno.

«Salí de la escuela — dice él mismo — sin haber adquirido vicio ni resabio, ni amistad alguna con mis condiscípulos; ni supe jugar al trompo ni a la rayuela ni a las aleluyas. Acabadas las horas de mi estudio cogía mi cartera, y desde la escuela, desde cuya puerta se veía mi casa, me ponía en ella en un salto. Allí veía los amigos de mi padre, oía las conversaciones literarias y allí adquirí un desmedido amor al estudio. Leía *Don Quijote*, el *Lazarillo*, las *Guerras de Granada*, libro deliciosísimo para mí, la historia de Mariana y todos los poetas españoles, obras de las cuales había en la biblioteca de mi padre escogida abundancia. Esta ocupación y la de ir a ver a mi pobre abuelo, a quien ya reducían los achaques y los largos años a salir muy poco de su casa, me entretenían el tiempo, y así

pasé los primeros nueve años de mi vida, sin acordarme de que era un muchacho.»

Pero ya entonces había ensayado su musa en poesías dedicadas a una niña de su edad, hija de unos amigos de su padre, demostrando, al mismo tiempo, tan felicísimas disposiciones para las artes, que dibujaba con delicadeza, corrección y con exquisito gusto, por lo que su padre pensó en enviarlo a Roma. Mas, desistiendo de este propósito, por la resuelta oposición de su madre, pasó Leandro al taller de joyería de un tío suyo, quien, a la vez que puso empeño en hacer de él un buen artífice, fomentó las aficiones literarias de su sobrino.

Trabajando, pues, de oficial de joyero, en cuyo oficio ganaba diez y ocho reales, y después de haber obtenido el accésit con su canto épico la *Toma de Granada*, en el concurso abierto por la Academia Española, sorprendió a Leandro, que sólo contaba veinte años de edad, la muerte de su padre, ocurrida en 1780.

El artífice poeta quedó atenido al corto salario que ganaba, único recurso para su madre, que sobrevivió pocos años al que fué su esposo.

Ganó Leandro otro accésit concedido también por la Academia Española a su trabajo *Lección poética*, sátira contra los vicios introducidos en la poesía española; pero permaneció apartado de todo trato literario, hasta que sus amigos, especialmente el escolapio Pedro Estala, le convencieron de lo mucho

que valía. En la celda del padre Estala, desde el anochecer hasta la hora de cerrar el convento, y los días festivos a todas horas, reuníanse varios escritores para dedicarse exclusivamente a trabajos literarios; y en aquellas reuniones formóse el espíritu de Leandro,



Conde de Floridablanca.

hizo sus primeros ensayos de crítica literaria, anotando el canto épico *Las Navas de Cortés*, que dejó inédito su padre, y concibió el plan de su comedia *El viejo y la niña*. Con la muerte de su madre cesó la obligación que le encadenaba al taller de joyero, y, a instancias de Jovellanos, decidióse a acompañar, en calidad de secretario, al conde de Cabarrús, a quien el gobierno había confiado una importante misión en París; pero, de regreso en Madrid, y habiendo perdido Cabarrús su valimiento, Moratín tuvo que refugiarse en casa de su tío y ayudarle en el obrador, hasta que publicó su famoso folleto titulado *La derrota de los pedantes*, fustigando a los malos poetas que lograban ser aplaudidos por el pueblo y en el que, no sin razón, se vieron retratados algunos que jamás pudieron perdonarle el que los castigara tan duramente. Estos últimos influyeron, sin duda, para que no le concedieran ningún empleo de los que el poeta solicitaba para remediar su precaria situación; pero el conde de Floridablanca, a quien, en un conmovedor romance, le expuso su modesta ambición de ser clérigo abate,

Si el ser abate es ser algo,

le concedió una prebenda de 300 ducados en el obispado de Burgos, con lo cual recibió Moratín la primera tonsura y quedó, como antes, poco menos que en la miseria. Afortunadamente, gracias a la recomendación de

Francisco Bernabeu, amigo de Godoy, el poderoso favorito de Carlos IV, obtuvo Moratín en la iglesia de Montoro un beneficio de 3.000 ducados y una pensión de 600 sobre la mitra de Oviedo, renta que le aseguraba un porvenir modesto pero libre de cuidados.

El poeta que, agradecido a Godoy, renunció al derecho de censurarle sin contraer el compromiso de adularlo, ni el de ser cómplice en sus intrigas, pudo ver entonces representada su comedia *El viejo y la niña*, recibida con general aplauso; y, huyendo de la corrupción cortesana, retiróse a un pueblo de la Alcarria, arregló su *Comedia nueva*, llamada vulgarmente *El café*, que, a pesar de la conjuración tramada por sus enemigos para echarla al foso, como suele decirse, la noche misma de su estreno, fué muy aplaudida por el público y quedó consagrado el poeta.

Con la licencia y el auxilio pecuniario de



Manuel Godoy.

su protector, Godoy, viajó por Francia, y huyendo, horrorizado, de París, donde el populacho desenfrenado y sanguinario paseaba por las calles, en el extremo de una pica, la cabeza de la princesa de Lamballe, en cuyo cuerpo acababa bárbaramente de ensañar.

se, pasó a Londres, de allí a Flandes y Alemania, visitando sus más famosas ciudades, y, estando a punto de ser robado y asesinado en la Selva Negra, entró en Suiza, recorrió la península italiana y fijó su residencia en Bolonia, donde permaneció cuatro años.

Deseoso de volver a su patria «se embarcó — dice un biógrafo — en la fragata española *Venganza*; vióse en peligro de muerte durante una tempestad que sorprendió a la nave y que, en algunos momentos, excitó al poeta el deseo de arrojarle al agua para abreviar su existencia y no contemplar la desolación de sus compañeros; huyó dos veces la fragata, pasada la tempestad, de una escuadra que avistaron los españoles y que creyeron inglesa... y fué juguete de los vientos hasta que ancló en la bahía de Algeciras.»

Volvió Moratín a Aranjuez, donde el favorito de los reyes le prodigó las muestras de su aprecio y le confió algunos cargos que permitieron al poeta juntar varios ahorros, que no fueron mayores que sus costumbres dadas, con los que adquirió y reedificó una casa en Pastrana, donde solía veranear, y otras dos en Madrid.

Por entonces se representó su comedia *El Barón*, que fué silbada estrepitosamente la noche de su estreno, pero que vivirá mientras existan amantes de la literatura castellana; su no menos famosa comedia *La Mojigata*, que atacaba de frente a la hipocresía, y desató contra el poeta la ira femenina que, unida a la envidia literaria, sirvió para armarle crudísima guerra; y, por último, *El sí de las niñas*, su obra maestra, que alcanzó un triunfo completo y exasperó a sus enemigos, que le denunciaron a la Inquisición.

En vista de que ni el amparo de sus poderosos protectores bastaba para librarle de disgustos, Moratín renunció a escribir para el teatro.

Aunque no dejaba de tener ideas propias, marcadamente liberales, Moratín no se mezcló jamás en política; sin embargo, cuando estalló en Aranjuez el famoso motín que ocasionó la caída de Godoy y la abdicación de Carlos IV, se vió muy comprometido, por su amistad con el favorito.

«Retiróse — cuenta Aribáun — temblando

a su casa en aquella noche terrible, y a la mañana siguiente temió ser víctima de algún atentado al oír las desaforadas vociferaciones de una cabrera tuerta que tenía su puesto en el portal de enfrente, desde donde animaba a los grupos, provocándoles para que asesinasen al pícaro traidor de su vecino.

»Precipitáronse los acontecimientos, y Moratín no abandonó su casa ni su destino. Ni emigró, ni empuñó el fusil para defender la independencia de su patria. Cedió, viendo que los jefes de la nación cedían; obedecióles y continuó en su puesto. Fué, en suma, uno de los que el pueblo llamó entonces *afrancesados*. Su debilidad de carácter y el deseo de ver gobernada a su patria por un sistema más conforme con el espíritu del siglo,



...en el extremo de una pica, la cabeza de la princesa de Lamballe. (Pág. 65.)

explican, que no justifican, la conducta de Moratín en aquellas circunstancias.»

Aceptó de José de Bonaparte el cargo de bibliotecario mayor de la Biblioteca Nacional, y cuando los franceses hubieron de aban-

donar la capital, refugiándose en Valencia, allí los siguió Moratín, cuya situación económica volvía a ser precaria, y estaba ya débil, enfermo, sujeto a continuos vómitos; y cuan-



do los invasores evacuaron aquella plaza, salió de ella en un calesín, que volcó en el camino, y hubo de encerrarse en la fortaleza de Peñíscola, sitiada poco después por los españoles.

«Durante el sitio—refiere un biógrafo—salvó la vida por casualidad. pues habiendo si-

do convidado a comer por el gobernador dejó pasar la hora entretenido en vestirse, y, antes de que el poeta acudiera a la cita voló la casa del gobernador, sepultando en las ruinas a cuantos dentro de ella se encontraban. La plaza capituló, conviniéndose que los españoles refugiados pudiesen salir con las tropas. Solo y a pie salió Moratín al campo, y, reconocido por sus compatriotas, siguió libremente el camino hacia Valencia, de donde el general Elío, que le recibió muy mal y trató de prenderle, consintió al cabo que se embarcase en un falucho con dirección a Francia.

El viento contrario obligó a la nave a arribar a Barcelona, donde desembarcó Moratín y, protegido por el barón de Eroles, pudo lograr una sentencia favorable en el juicio de purificación por él mismo promovido, y se le devolvieron los bienes secuestrados. Allí escribió *El médico a palos*, traducción de la célebre comedia de Molière, en la que introdujo importantes y bien meditadas alteraciones; pasó luego dos años en Francia, volvió a Barcelona y, habiéndose declarado la fiebre amarilla en Cataluña en 1821, temiendo ser una de sus víctimas, se trasladó a París, donde murió el 21 de junio de 1828.

Su cadáver recibió sepultura en el cementerio del Padre Lachaise, entre las de Molière y Lafontaine, donde se edificó un pequeño monumento; pero, unos setenta años después, sus restos fueron trasladados a Madrid y descansan en la capilla de la Novena, en la iglesia de San Sebastián.

GUILLERMO RICARDO WÁGNER

Este famosísimo compositor y escritor alemán, justamente llamado *el creador de la música del porvenir*, nació en Léipzig el 22 de mayo de 1813.

Hijo de un procurador fallecido cuando Guillermo Ricardo sólo tenía cinco meses, vivió éste con su madre, la cual no tardó en casarse en segundas nupcias con el actor y pintor Geyer.

Deseoso de dar a su hijastro una instruc-

ción tan vasta como le permitiera su posición, Geyer hizo ingresar al niño en un colegio de Léipzig, donde el futuro compositor comenzó el estudio del piano. Murió el pintor cuando Wágner sólo contaba siete años; pero el inteligente niño tenía a dicha edad no sólo conocimientos de música, sino marcada predilección por la literatura, y su temperamento fogoso, estimulado por el romanticismo de la época, a los doce años, inspirado en la lec-

tura de Shakespeare, escribió una tragedia en la que morían en escena nada menos que 42 personajes y aparecían otros tantos espectros. Además, trató de traducir varias obras del gran poeta inglés.

Al mismo tiempo que estudiaba armonía y cantrapunto, discutía con ardor en la universidad de Léipzig sobre filosofía y estética, y esta doble y completa educación de Wágner explica el papel principalísimo que, como crítico y músico, había de representar en la historia del Arte.

Tenía Ricardo poco más de quince años el día en que por primera vez oyó una sinfo-



Luis de Beethoven.

nía de Beethoven en un concierto, y fué tal la emoción que experimentó, que cayó enfermo.

—Después de curado — refiere él mismo—, me sentí músico.

En efecto, eran tales sus aptitudes para el arte musical, que no tardó en distinguirse como ejecutante y repentista; y sus pequeñas composiciones sinfónicas eran muy aplaudidas en los conciertos, cuando el futuro reformador de la música era aún un mozo imberbe.

A los veinte años, Ricardo Wágner se trasladó a Wurtzburgo, donde residía su hermano, profesor de canto, y allí escribió su primera obra, *La mujer serpiente* o *Las Hadas*, que no pudo ver en escena por no hallar empresario, cantante ni director de orquesta que le comprendiese. Pero en 1834 logró ser

admitido como maestro director del teatro de Magdeburgo, para el que compuso *La Novicia de Palermo* o *Amor prohibido*, que sólo pudo ser representada una noche, la del estreno, en medio de una silba espantosa.

Poco tiempo después, Wágner, para librarse de las burlas de que era blanco, como compositor y poeta, por ser suyas letra y música de las dos óperas, abandonó a Magdeburgo y, durante tres o cuatro años anduvo errante con la desesperación en el alma, devorado por la fiebre y acosado por la miseria, pero continuando sus estudios de composición. En 1837, siendo director del teatro de Königsberg, casó con la actriz Minna Panr, y se estableció luego en Riga, donde la casualidad le proporcionó la plaza de director de orquesta del teatro de dicha ciudad.

Normalizada así su vida y tranquilo respecto al porvenir, renació su esperanza y olvidó el triste pasado. Admirador de Scribe, le rogó que le escribiera un libreto, pero el gran dramaturgo ni siquiera se dignó contestarle. Wágner no se desalentó; poseía vasta cultura literaria, y después de escribir las primeras escenas de una opereta, cuyo asunto tomó de *Las mil y una noches*, la lectura de la novela de Bulwer Lytton, titulada *El último tribuno*, le suministró el argumento de su gran ópera *Rienzi*, y en pocos meses trazó el plan del libreto, pensó los principales trozos de la música y consideró casi terminada la obra.

Recordando los pasados descalabros, su patria le daba miedo, y, temiendo que la representación de su nueva ópera fuera allí otro fracaso ruidoso, con el poema completo y compuesta ya la música de dos actos, se fué a París, donde esperaba que tendrían mejor acogida sus producciones. Embarcóse, pues, en Riga para Francia, pero una tempestad horrible le hizo naufragar en las costas de Noruega. Aquel naufragio y la leyenda del *Buque Fantasma*, que le contaron los marineros, le impresionaron de tal modo que más tarde le dieron el argumento de su famosa ópera del mismo título.

La residencia de Wágner en París, adonde llegó en 1842, marca el período más angustioso de su vida. Tenía en su contra, para ga-

narse al público parisiense, su temperamento alemán tan opuesto a la frivolidad francesa. En vano Meyerbeer presentó y recomendó a Wágner a León Pillet, director entonces de la Ópera; en vano el editor Schlesinger le encargó romanzas de canto y trozos instrumentales para la *Gaceta Musical*: las partituras parecían abstrusas a los críticos musicales, y las romanzas ininteligibles e inadaptables a la sensiblería elegante de la rápida vida parisiense. Volvió, pues, el gran Wágner a las penalidades y estrecheces, y, para no morir de hambre, tuvo que ejercer el humilde oficio de reductor y transcribir para canto y piano las nuevas óperas italianas y francesas.

Terminó Wágner en París su ópera *Rienzi*, y en siete semanas escribió *El Buque Fantasma*, sin lograr, empero, que alguna de sus composiciones fuese ejecutada; a lo más eran leídas en los conservatorios y rechazadas de plano.

Mas, cuando se hallaba en lo más rudo de la lucha por la vida, recibió la grata noticia de que el teatro de Dresde se decidía a representar el *Rienzi*, y se le invitaba a dirigir los ensayos; y como el ilustre músico y escritor carecía de recursos para el viaje, tuvo que vender a León Pillet el libreto de *El Buque Fantasma*.

La ópera *Rienzi*, estrenada en Dresde en 1843 por grandes artistas, valió a Wágner un triunfo asombroso, y el rey de Sajonia le nombró maestro de la Capilla Real; pero el estreno de *El Buque Fantasma*, verificado un año después, fué un fracaso ruidosísimo, tanto en Dresde como en Berlín, y el propio *Rienzi*, silbado en Hamburgo, no pudo ser representado en ningún teatro alemán. *Tannhäuser*, puesto en escena en el teatro de Dresde en 1845, al regresar de un viaje que, para reponer su salud, hizo el autor a Bohemia, fué representado dos veces, y en seguida rechazado como el *Rienzi*, por los principales teatros líricos.

Ida, empero, bastaba para desanimar al grauchador. En Bohemia comenzó un drama musical — un verdadero *drama musical*, no una ópera del género que designa esta palabra expresiva —. El nuevo punto de

vista estético definiase cada vez más en el espíritu de Wágner y, correlativamente, se realizaba también cada vez mejor en sus obras. Aquel *drama*, escrito con fervor, precisamente cuando parecía que las fuerzas del maestro debían estar agotadas por los reveses, se titulaba *Lohengrin*, y debía ser representado en 1848 en el teatro de Dresde.

Empezaron los ensayos, pero tuvieron que ser suspendidos por haber estallado en Prusia una revolución que repercutió en Dresde, y en la que Wágner, como más entusiasta patriota, tomó parte muy activa. Las tropas prusianas, llamadas en su auxilio por los re-



Bulwer Lytton.

yes de Sajonia, ahogaron el grito de libertad y república, y el gran compositor, que había sido herido en la refriega, tuvo que huir de Dresde y refugiarse en Wéimar, donde halló asilo en casa del no menos famoso compositor Listz, con cuya hija casó en segundas nupcias, y que fué, desde aquel momento, el más ardiente apóstol del maestro.

El 28 de agosto de 1850, estrenóse en el teatro de Wéimar el grandioso drama *Lohengrin*. Aquella obra consolidó la fama de su autor, y con ella el *wagnerismo* ganó en Alemania una formidable batalla; el desdichado compositor comenzó a recorrer el camino de los triunfos, del que nada ni nadie había de apartarle jamás.

Refugiado en Suiza, obtuvo en Zurich la

más cariñosa acogida, y dirigió a un tiempo el Círculo Musical y la orquesta del teatro. En la misma ciudad compuso la ópera *Tristán e Isolda*, y acabó la tetralogía titulada *El anillo del Nibelungo* (compuesta de las tragedias *La Valkiria*, *Sigfrido* y *El crepúsculo de los Dioses*, y el prólogo *El Oro del Rin*).

La realización de las ideas del gran músico, relativas al teatro, exigía la construcción de un edificio original. La ejecución de *El Anillo del Nibelungo*, en la que se emplearía cuatro noches, y que, para ser completa, requería un escenario y mecanismos excepcionales, no podía verificarse en un teatro ordinario. Cuando se trató de la construcción de un teatro especial, nacional-alemán, se supuso que sería elegida la ciudad de Munich, donde, a la sazón, residía Wágner, gozando, con el levantamiento del destierro, de una pensión de 4.000 florines que le había asignado Luis II al subir al trono de Baviera. El rey hizo cuanto estuvo de su parte para que el teatro se construyera en su capital, pero la corte se opuso resueltamente, y Wágner organizó una Sociedad por acciones para levantar en Bayreuth un teatro, exclusivamente dedicado a la representación de sus obras.

Bayreuth es una pequeña ciudad de Baviera, a orillas del Mein, rodeada de montañas y de pinares, y sus habitantes se dedican especialmente a la agricultura. Allí, pues, el 22 de mayo de 1872, se puso la primera piedra del teatro de Wágner, y, en tal ocasión, una orquesta dirigida por el propio maestro ejecutó la novena sinfonía de Beethoven, la obra de arte que, según dijo el mismo Wágner, le hizo sentirse músico. Tres años después, el teatro estaba concluido y comenzaban los ensayos de *El Anillo del Nibelungo*, cuyo triunfo ofreció no pocas dudas.

A corta distancia del teatro, Wágner se hizo construir una casa, de aspecto sencillo y de estilo greco-latino, en cuyo frontispicio hay unas pinturas al fresco que representan escenas del *Nibelungo*. En el interior la vivienda, que está rodeada de árboles y plantas trepadoras, encierra una importante colección de objetos de arte, estatuas de mármol de los héroes de las óperas de Wágner y muchas vistas de Oriente.

En 1877 Ricardo Wágner escribió el poema *Parsifal*, cuya música estaba terminada en 1880, y el 26 de julio de 1882 se representaba en Bayreuth el último drama *del creador de la música del porvenir*.

El cansancio de una vida en extremo laboriosa y los achaques de la vejez, le imponían largas temporadas de descanso. Estando accidentalmente en Venecia se agravaron las enfermedades que venía padeciendo, y en el palacio Vendramino, a orillas de los canales sombríos de la trágica y muerta ciudad, se extinguió la vida del músico más original de su siglo, y que fué, al mismo tiempo, notable filósofo, crítico, erudito e inspirado poeta.

Su cadáver fué trasladado a Bayreuth, y yace sepultado en el jardín de su propia casa, cubierto por una losa de mármol casi al nivel del suelo, entre plantas silvestres.

*

* *

Un español que le visitó en los últimos años de su larga carrera, dice que Wágner «era de aspecto grave, casi duro; de fisonomía expresiva aunque poco benévola, y de ojos de extraordinaria penetración. Estaba muy canoso; la mucha obesidad entorpecía algo sus pasos, y, en conjunto, su aspecto exterior era poco agradable. Sin embargo, apenas el maestro empezaba a hablar, aquella mala impresión se desvanecía, pues su conversación encantaba por lo instructiva y amena. Conocía bien la Filosofía, la literatura, el griego y el latín. En sus conversaciones con los extranjeros se valía del francés, que hablaba con la mayor corrección y pureza. Tuvo siempre en Munich, a su disposición, un palacio, en el cual, el rey era el primer súbdito.»

Y otro escritor, también español, ha dicho con acierto:

«Wágner tiene lo que es más difícil de adquirir en el Arte: personalidad propia. Ensancho poderosamente la Armonía engran-

deció la Composición, transformó la orquesta, rompió por completo los antiguos moldes, y produjo gran número de obras originalísimas, vigorosas, llenas de vida, de grandiosi-

dad. Wágner es algo más que músico: es un verdadero artista, un literato, y ha querido traducir en notas todas sus impresiones.»

DANTE ALIGHIERI

El *Homero cristiano*, divino poeta y padre de la lengua italiana, nació en Florencia el 8 de mayo de 1265, y recibió en la pila bautismal el nombre de Durante, cambiado por abreviatura familiar en Dante.



Pertenecía a la noble y antigua familia romana de los Frangipani, y era biznieto de Cacciaguida Elizei, que casó con una señora de la casa de los Alighieri o Aldighieri de Ferrara, de la que sus hijos tomaron las armas y el apellido.

Huérfano de padre en temprana edad, su madre, Donna Bella, cuidó de la educación del futuro poeta, confióle a Brunetto Lattini, estadista, erudito y poeta afamado. Dirigido por tan buen maestro, se familiarizó Dante muy pronto con todas las nociones científicas y morales que abrazaba el círculo de los estudios de aquel tiempo: matemáticas, astronomía, filosofía y literatura. Giotto le enseñó el dibujo y Casella la música y el canto, artes por las que sentía mucha afición. La vocación poética no tardó tampoco en manifestarse: niño todavía amó y pensó profundamente, compuso versos y mantuvo correspondencia con los trovadores de más fama.

A los nueve años de edad se enamoró locamente de *Bice* (Beatriz Portinari), niña de su misma edad, a la que, viva, celebró en sus Rimas, y, muerta, inmortalizó en la *Divina Comedia*. Enviado por su familia, para que completase su instrucción, primeramente a la universidad de Bolonia y después a la de Padua, sirvió, ya terminados sus estudios, como soldado a su patria en las guerras que la República sostenía con las ciudades rivales, y, a su regreso a Florencia, realizóse la visión que durante una enfermedad le había mostrado a Beatriz muerta. Esta casó en 1288 con Simón di Bardi y murió dos años después. Dante, que en *Vita Nuova* habla del amor que sintió por la malograda joven como de una cosa ideal, inspiróse en ese amor para corregir sus costumbres, algo licenciosas, y dedicarse con más afán al estudio que había de dar por resultado la *Divina Comedia*.

En la época en que Dante llegó a la edad viril, el partido de los güelfos, o sea de los



partidarios del Papa, dominaba en Florencia, mientras que en Arezzo los gibelinos, defensores de la autoridad imperial, desterraban a los primeros, dando esto lugar a una guerra entre las dos ciudades, que terminó con la

derrota de los gibelinos en la batalla de Campaldino, donde Dante se portó como un valiente.

Poco después, cediendo a las instancias de sus parientes, casó el poeta con Gemma Donati, que pertenecía a una de las más poderosas familias güelfas, e inscribiéndose en una clase científica, la de Médicos y Boticarios, abrióse el camino de las principales magistraturas.

Inicióse en los negocios públicos, habló en los comicios y desempeñó varias misiones en las repúblicas y Estado vecinos y en la Corte pontificia, hasta que en 1300 fué nombrado *prior* o individuo del Consejo de gobierno. En el ejercicio de su autoridad procuró, con favorables resultados, pacificar los ánimos, hizo desterrar a los jefes de los dos partidos en que estaban divididos los güelfos, y como única recompensa, al terminar su magistratura, recogió odios violentos e injustificadas calumnias.

Triunfantes los desterrados, mientras el poeta se hallaba en Roma, gracias a Carlos de Valois, que entró a saco en Florencia, acusaron villanamente a Dante de haber vendido la justicia y haber recibido dinero contra las leyes, y obtuvieron contra él una sentencia de destierro por dos años, y le confiscaron sus bienes. Y no satisfecha aún la venganza de los enemigos del divino poeta, otra nueva sentencia le condenaba a ser quemado vivo en el caso de ser detenido en el territorio de la República.

Dante tuvo noticia de sus dos condenas en Roma. Había dejado en Florencia a su mujer y cinco hijos, el mayor de nueve años de edad, y el fuego y el pillaje devastaron su casa y sus propiedades; mas, afortunadamente, Gemma pudo ocultar los cofres en que había guardado algunos objetos preciosos y los papeles de su marido, entre ellos los manuscritos de los siete primeros cantos de *El Infierno*.

Comenzaron entonces para Dante las tristes peregrinaciones del destierro, y, separándose completamente de los güelfos, trató de levantar a los gibelinos contra los enemigos y opresores de su patria. Con los demás desterrados, que se habían refugiado

en Arezzo, intentó entrar por las armas en Florencia, pero fueron vencidos, y Dante perdió la esperanza de volver a su ciudad natal.

Trasladóse, pues, a Verona y Padua, y continuando su vida errabunda residió en la Lunigiana y Francia, de donde volvió a Italia, al advenimiento al trono del emperador Enrique VII, pues este soberano quería intervenir en la política de aquella península.

Dante era — dice un historiador — de los que para evitar las luchas intestinas de las Repúblicas italianas deseaban ver organizado un poder unitario superior, que fuese salvaguardia de la verdadera libertad, y veía en los emperadores de Alemania los encargados de esta misión. Para ayudar al cumplimiento de la misma dirigió, en 1310, una carta a todos los príncipes y pueblos de Italia, y redactó su tratado *De Monarchie Mundi*, donde define los deberes del Papa y del emperador en el gobierno de los pueblos, y en el que se lee este pasaje admirable:

«No son los ciudadanos para los cónsules, ni la nación para el rey, sino al contrario los cónsules para los ciudadanos y el rey para la nación. No se han establecido las ciudades para las leyes, sino las leyes para la ciudad. Así, los que viven conforme a la ley no han sido organizados para el legislador, sino éste para aquéllos, según el dictamen del filósofo. Aunque los cónsules o los reyes sean dueños para trazar el camino a los otros, son sus ministros con relación al fin, y el monarca, incontestablemente, el ministro de todos, porque se ha instituido de antemano en su fin y en sus leyes.»

El emperador llegó a Italia, tomó a Cremona, Brescia y otras plazas fuertes, pero respecto a Florencia, a pesar de las excitaciones de Dante, limitóse a ponerle sitio. El gran poeta fué objeto de nuevas persecuciones por sus ideas gibelinas, volvió a su vida errante y, por último, aceptó el asilo que Guido Novello de Polenta le ofreció en Rávena.

Aunque ausente de su patria, Dante tenía en Florencia muchos amigos, a los que enviaba mensajes poéticos, misteriosamente esparcidos entre sus adeptos; y por la intercesión de uno de éstos se le ofreció, por con-

ducido de un religioso, ocasión de regresar a su patria, mas en condiciones humillantes, como lo eran la de pagar una crecida multa y presentar él mismo una ofrenda expiatoria en la iglesia de San Juan, según la costumbre que se usaba para los criminales. Dante rehusó enérgicamente dando esta noble respuesta :

«¿Es ésta la renovación gloriosa que llama a Dante Alighieri a su patria, después de un destierro de cerca de tres lustros? ¿Es éste el precio de los sudores y de la incesante labor de mi espíritu? ¡Lejos del hombre iniciado en la filosofía la extraña bajeza de ofrecer en oblation su persona a la vergüenza! ¡Lejos del hombre que predica la justicia del pensamiento de comprar el perdón con dinero y de tratar como bienhechores a los que le han ultrajado! No, padre, no volveré a mi patria por ese camino. Si vos, o cualquier otro, hallan un medio que no sea un insulto a mi honor y a mi fama, lo acepto y no marcharé despacio; mas si para entrar en Florencia no hay otra vía, jamás volveré a Florencia. ¡Pues qué! ¿no veré en todas partes el sol y los astros? ¿Bajo qué cielos no podré contemplar la verdad? ¿Preciso es para esto que yo me envilezca y que aparezca vestido de ignominia ante el pueblo y la ciudad de Florencia? No.»

A esta noble respuesta contestó el rey de Nápoles dictando una nueva sentencia que confirmaba las anteriores, y el sublime poeta tuvo que buscar un nuevo refugio y lo halló en el palacio de Can Grande della Scala, a quien dedicó *El Paraíso*. Llamó entonces a su lado a su familia, es decir, a sus dos hijos

mayores y a su hija Beatriz, que contaba ya diez y ocho o diez y nueve años; los otros dos habían muerto, víctimas de la peste. Creía Dante que pasaría en la tranquilidad y la paz del hogar el resto de sus días, pero aun no había terminado su calvario: los odios políticos, so capa de religión, acusáronle de herejía ante el Papa y el Tribunal eclesiástico, y del peligro que semejante acusación encerraba vino a librarle la muerte, acaecida en Rávena el 14 de septiembre de 1321, a los cincuenta y seis años de edad.

Respetando su voluntad, fué amortajado con el hábito de los franciscanos y sepultado en la iglesia de los mismos, depositando sobre la losa de su sepulcro la guirnalda de laurel que debía haber ceñido sus sienes el día en que hubiese sido coronado.

Florencia, orgullosa demasiado tarde de su gran hijo, reclamó sus restos, pero Rávena no quiso entregarlos y, por consiguiente, el mausoleo que se admira en la iglesia de la Santa Cruz de Florencia con las palabras :

Onorate l'altissimo poeta

¡está vacío!

*

**



El gran poeta fué objeto de nuevas persecuciones... (Pág. 72.)

Boccaccio —dice uno de los biógrafos de Dante—, que habló con sus parientes y compañeros de destierro, ha transmitido los únicos informes tradicionales que tenemos de la persona del poeta. Era de regular estatura, ligeramente cargado de hombros en la edad madura. Su aspecto era noble, grave

y de aire benévolo. Tenía la cara larga; nariz aguileña; ojos grandes; el labio inferior algo saliente; la tez muy morena; negros, espesos y rizados la barba y los cabellos; melancólica y pensativa la fisonomía. Mostrábase cortés y reservado en todas sus relaciones. Hablaba muy poco, a menos que le interrogaran; pero, cuando lo hacía, sus palabras mostraban al punto una irresistible elocuencia. Vestía paño muy fino, comía y bebía poco y a horas determinadas, amaba con pasión las Bellas Artes, y trabó amistad, más o menos íntima, con los mejores artistas de su tiempo. Dotado de hermosa voz se complacía en cantar en sus horas alegres y tranquilas, que debieron ser muy cortas. En su destierro padeció una enfermedad de la vista ocasionada por las vigiliás. Los retratos que debemos a los pintores completan la descripción precedente. En ellos se halla esa frente espaciosa, esas cejas profundamente arqueadas que caracterizan al genio, y una cara huesosa, oscurecida por la pasiones y las desgracias. Su mascarilla, vaciada después de su muerte por los cuidados de Guido, ofrece su imagen más fiel, como que en ella parece verse escrita toda su vida.

Espíritu vasto y poderoso, cultivó en su juventud la música y el dibujo a la vez que la poesía, y en seguida las ciencias naturales y metafísicas, por lo que dice César Cantú en su *Historia Universal*:

«Colocaremos también entre los grandes hombres de ciencia a Dante Alighieri, que supo todo lo que se conocía en su tiempo y presintió algunos de los conocimientos ulteriores. Indicó claramente los antípodas y el centro de gravedad de la Tierra; hizo ingeniosísimas observaciones sobre el vuelo de las aves, el centelleo de las estrellas, el arco iris y los vapores que se forman en la combustión. Antes que New-

ton, atribuyó a la Luna la causa del flujo y reflujo del mar; antes que Galileo, explicó la madurez de los frutos por la luz que evapora el oxígeno; antes que Linneo, dijo que los vegetales nacen de simiente, que las flores abren a la luz sus pétalos, descubren sus estambres y sus pistilos para fecundar sus gérmenes y que los jugos nutritivos circulan en las plantas; antes que Leibnitz, señaló el principio de la razón suficiente; antes que Bacon, indicó la experiencia como la fuente de donde derivan nuestras Artes humanas; hasta alude a la atracción universal.»

Y otro biógrafo moderno resume en estas palabras toda la vida de Dante:

«Poeta, soldado, publicista, filósofo, hombre de Estado y simple ciudadano, fundador de un arte y de una lengua, jefe a veces de su ciudad republicana, proscrito en otras ocasiones, casi mendigo en el destierro, teólogo, individuo de una orden religiosa y ardiente apóstol de una teoría opuesta al poder temporal de los Papas, güelfo y gibelino, condenado al fuego por un tribunal revolucionario, perseguido como hereje por la Inquisición y colocado, después de su muerte, en el Vaticano entre los Doctores de la Iglesia, corresponde a todo y reúne en sí todos los extremos, todos los contrastes. Si Aristóteles fué la *enciclopedia viva* de la antigüedad, el inmortal toscano, que vivió en el período tempestuoso cuya universalidad reflejó fases diversas, ofrece por su existencia militante, tanto como por sus escritos, la personificación más completa de la Edad Media. Casi perdido para nosotros largo tiempo a través de sus tinieblas, resucitado luego por investigaciones fervientes, o, mejor, por la doble fuerza expansiva de la forma y de la idea, aparecía como la antorcha que ilumina el pasado y el porvenir.»

DON JUAN DE AUSTRIA

Este ilustre guerrero, que fué la figura más notable y sobresaliente de su época, era hijo natural de Carlos I de España y V de Alemania, quien, algunos años después de quedar viudo de la emperatriz Isabel, es decir, en 1546, lo tuvo de una joven de Ratisbona, llamada Bárbara Blomberg.

Pasó el bastardo su infancia en una humilde obscuridad, ignorante y muy ajeno de que fuera hijo de tan excelente soberano.

Quiso Carlos V — dice Lafuente — tener guardado este secreto, ya por un justo respeto a la honra de la joven que había tenido la flaqueza y la fortuna de ser madre del que después fué tan insigne príncipe, ya también porque creyera rebajarse con la revelación de su dignidad imperial, atendida la modesta alcurnia de la Blomberg... Confió, pues, con toda reserva el cuidado y crianza del tierno niño a su mayordomo Luis Quijada, señor de Villagarcía, su mayor confidente, y a quien confiaba los más delicados secretos. Acordaron después, los dos, o para encubrir más el caso, o tal vez al propio tiempo con otros ulteriores fines, traer el niño don Juan a España, donde ya andaba meditando el emperador retirarse. Púsosele primeramente, según nos informan sus biógrafos e historiadores, en la villa de Leganés, a dos leguas de Madrid, al cuidado de un clérigo llamado Bautista Vila y al cargo de una mujer, de nombre Ana de Medina, personas conocidas y de confianza del emperador y de Luis Quijada, donde se criaba haciendo la vida de aldea, y alternando en los juegos infantiles con los demás muchachos del pueblo, sin que nadie sospechara su elevado origen, aunque distinguiéndose entre todos, así por la mayor decencia de sus vestidos, como por cierto aire y maneras nobles que parece inspira el nacimiento y suelen revelarse aun en las situaciones más humildes.

Pero — prosigue el mencionado historiador — informado el emperador de que en

Leganés ni se tenía con su hijo cuidado, ni se le daba la educación conveniente, antes en lo uno y en lo otro se advertía cierto abandono perjudicial, determinó trasladarlo a Villagarcía, al lado y bajo la dirección de la esposa de Luis Quijada, doña Magdalena de Ulloa, hermana del marqués de la Mota, señora de mucha discreción, honestidad y virtud, donde recibiría otra instrucción y adquiriría otras costumbres y otra educación más fina y esmerada... Allí permaneció don Juan,

dando ya en sus inclinaciones muestras de lo que algún día había de ser, y haciéndose querer de todos por su buena índole, su amabilidad y sus prendas de alma y de cuerpo. Cuando Carlos V vino a encerrarse en el monasterio de Yuste, érale presentado muchas veces su hijo, en calidad de paje de Luis Quijada, gozando mucho en ver la gentileza que ya mostraba, aun no entrado en la pubertad. Tuvo, no obstante, el emperador la suficiente entereza para reprimir o disimular las afectuosas demostraciones de padre, y continuó guardando el secreto, bien que éste no había dejado de irse trasluciendo, y se hacían ya conjeturas y comentarios sobre el misterioso niño. La voluntad de Carlos era que se guardara el incógnito hasta la venida del rey don Felipe, y, por su parte, se despidió del mundo sin revelarlo sino a muy pocos confidentes.

Felipe II, a quien se lo había recomendado eficazísimamente su padre, apresuróse a señalar una importante renta a su hermano



Carlos I de España.

y, de regreso a España, se lo hizo presentar en Valladolid, donde se hicieron al bastardo algunas demostraciones muy significativas que el niño, sin embargo, no pudo comprender. Mas, pocos días después, determinó el rey levantar por completo el velo del misterio, y preparó una escena que hubo de conmover profundamente al joven príncipe.

Trasladóse el poderoso monarca al monasterio de la Espina, después de ordenar a Luis Quijada que fuera a encontrarle llevando consigo a don Juan vestido con el traje que ordinariamente usaba.

El rey recibió muy afablemente al supuesto paje de Luis Quijada; éste mismo, puesto de hinojos, besó la mano al niño que, aturcido y lleno de æstupor, miraba en torno suyo al ver que los grandes y los cortesanos le hacían homenaje; Felipe II ciñóle por su mano la espada, y, por último, colgándole al cuello el Toisón de Oro, le dijo:

—Buen ánimo, niño mío, que sois hijo de un nobilísimo varón. El emperador Carlos V, que en el cielo vive, es mi padre y el vuestro.

Verificada esta solemne transformación, y, hecho por los grandes de la Corte el correspondiente acatamiento al sobrecogido joven, como a hijo del emperador y hermano natural del rey, volvieron todos juntos a Valladolid, donde se celebraron grandes fiestas; Felipe II instaló en la corte a don Juan con casa y estados propios, dándole el título de *Excelencia*, sin poder evitar, empero, que el pueblo, por costumbre y por respeto, le tratara de *Alteza*.

Carlos, como Felipe, habían proyectado dedicarlo a la Iglesia, y el Papa Pío IV estaba decidido a concederle el capelo car-

denalicio; pero don Juan mostró resuelta inclinación a las armas y disposiciones por demás belicosas, tanto, que en 1565, sin consultar con el rey, su hermano, estimulado por el fuego de la juventud, avivado por el deseo de ganar gloria militar, porque sentía hervir en sus venas la sangre de Carlos V, tomó el camino de Barcelona, determinado a embarcarse para acudir como aventurero, ya que como jefe no le era permitido, en auxilio de los caballeros de Malta, que estaban sitiados por los turcos. Felipe II, tan luego como supo la determinación de su hermano, despachó correos y emisarios que alcanzaron al príncipe en Montserrat, donde le entregaron cartas del rey, en que éste le mandaba volver, so pena de incurrir en su desgracia y real desagrado.

Con el sentimiento de renunciar a una empresa en que deseaba darse a conocer y empezar a acreditar que era digno hijo de tan esclarecido padre, regresó don Juan a la corte. Mas Felipe II, lejos de contrariar las aficiones de su hermano, procuró aprovecharlas, concediéndole cargos militares de confianza.

En 1568 le nombró capitán general del Mar Mediterráneo y del Adriático, y durante ocho meses combatió don Juan victoriosamente contra turcos y berberiscos, acreditando en aquel primer ensayo su capacidad para mayores y más arduas empresas.

Poco tiempo después alzaron bandera de rebelión los moriscos de las Alpujarras, y el joven príncipe pidió al rey, su hermano, que le permitiera ir a pelear contra la gente rebelada; pero Felipe II, considerando, quizá, que no era empresa digna de un príncipe, o acaso porque, siendo aún tan joven don Juan,



desconfiaba de su prudencia, no creyó conveniente aceptar tan generoso ofrecimiento. Mas los moriscos eran indomables, la rebelión aumentaba, alentábanla la rivalidad de los principales caudillos españoles, el reino granadino iba a ser nuevamente inundado de sangre, y, con aplauso general, fué enviado don Juan de Austria a ponerse al frente de las tropas que debían combatir a los revoltosos. El joven príncipe entró en Granada, captándose con su gentileza, afabilidad y cortesía las voluntades y los corazones, y aquel general de veintitrés años apagó el fuego de la insurrección.

Al año siguiente se pactó la famosa Liga contra los turcos entre España, Venecia y el Pontífice, y don Juan recibió el mando en jefe de la flota cristiana.

El domingo 7 de octubre de 1571, a la salida del sol, la armada de la Liga, que se componía, entre naves grandes y pequeñas, de 319 velas, españolas la mayor parte, y de 80.000 hombres, entre gente de pelea y de servicio, hallóse a la altura de las islas Curzolas, con la escuadra enemiga, formada de 250 galeras reales, la mayor parte enormes, y un considerable número de galeotas, fustas y buques de diversos portes, llevando 120.000 hombres entre soldados y marineros.

A la vista de tan poderosa flota, los jefes cristianos se mostraron temerosos de entrar en la lid, y algunos, calificando de temeraria la acción, indicaron a don Juan que convendría retirarse.

—Señores — les dijo entonces el hijo de Carlos V—, ya no es hora de aconsejar, sino de combatir.

Y sin aguardar más, mandó enarbolar el estandarte de la Liga.

Corría don Juan de una nave a otra alentando a los cristianos.

—Hijos — les decía a los españoles—, a vencer hemos venido o a morir, si Dios lo quiere. No deis lugar a que vuestro arrogante enemigo os pregunte con soberbia impía: «¿Dónde está vuestro Dios?» Pelead con fe en su santo nombre, que, muertos o victoriosos, gozaréis la inmortalidad.

Y a los venecianos:

—Hoy es día de vengar afrentas: en las

manos tenéis el remedio de vuestros males; manejad con brío las espadas.

El fuego de sus palabras inflamó de ardor bélico los corazones de todos los combatientes, mucho más al ver que su joven almirante les daba ejemplo, manejando incansablemente y sin cesar su acero, siempre en continuo peligro su persona.

Blanqueaba el mar — dice Lafuente — con la espuma que formaba el hervor de las olas: el humo que brotaba de los cañones y arcabuces obscureció el horizonte, haciendo noche en medio del día, y las chispas que en su choque despedían las espadas y escudos parecían relámpagos que salían de entre negras nubes; cruzábanse en el aire las balas y las flechas. Tragábase el mar los leños, cayendo revueltos turcos y cristianos, abrazados como hermanos con el odio de enemigos. Al lado de una nave que engullían las olas, devoraba otras el voraz incendio. Sobre un bajel turco se veía enarbolada una bandera cristiana, y encontrábase una galera de Castilla guiada por un comandante turco. Peleábase cuerpo a cuerpo después de rotas las espadas; todo era estrago y muerte; la sangre llegó a enrojecer el mar.

Perdieron los turcos en la memorable batalla de Lepanto 224 bajeles; murieron en el combate 25.000 turcos; quedaron cautivos 5.000; tomáronles los coligados 117 cañones gruesos y 250 de menor calibre; y, más de 12.000 cristianos que llevaban cautivos y como remeros los musulmanes, vieron rotas sus cadenas y recobrada su preciosa libertad.

Don Juan de Austria, que en aquel célebre combate naval ganó fama imperecedera, intentó aprovecharse del triunfo de sus armas y la derrota de la escuadra musulmana para llevar la ruina al corazón de Turquía; pero Felipe II no pudo, por razones políticas, acceder a los deseos de su hermano de atacar a Constantinopla, y hubo de contentarse con la toma de Túnez y de Biserta, realizadas por don Juan en 1573.

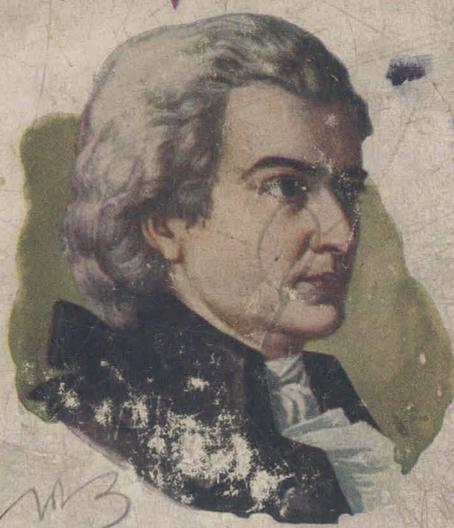
En 1575 nuestro héroe fué enviado a Italia con el título de lugarteniente del rey, y al año siguiente pasó a los Países Bajos como gobernador y encargado de someter a los rebeldes flamencos. Su gobierno y su cam-

pañá fueron breves, pues atacado de tabardillo en el sitio de Bourges, cerca de Namur, falleció el 1.º de octubre de 1578, a los treinta y tres años de edad, en un miserable palomar que se limpió precipitadamente para ponerle la cama. Su cadáver fué paseado por delante de todo el ejército en hombros de los maestros de campo, arrastrando los soldados picas y banderas negras; embalsamado, se depositó en Namur, y luego fué llevado al Escorial, donde entró el 24 de mayo del año siguiente.

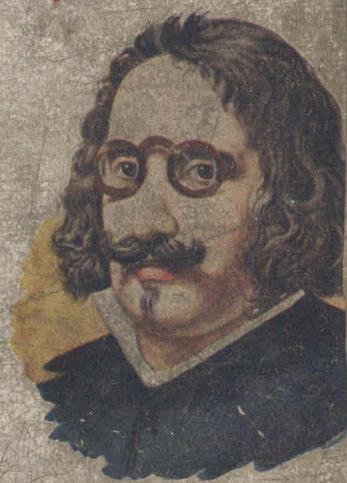
«Ilustró su nombre — dice Bentivoglio — en la profesión militar con tres nobles empresas. En la primera enfrenó el atrevimiento morisco; en la segunda el orgullo mahometano; en la tercera el furor flamenco. En cada una con los sucesos sobrepujó con grandes ventajas la edad. Porque venció a los moros apenas salido de la infancia; humilló a los turcos apenas entrado en la flor de la juventud, y reprimió a los belgas con tal maestría de guerra, que un viejo y consumado capitán no la podía mostrar mayor.»

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



ORATIN Lope de Vega QUEVEDO



RANKLIN

Wagner

CISNERO

